

# EL MANCO DE TIKUN

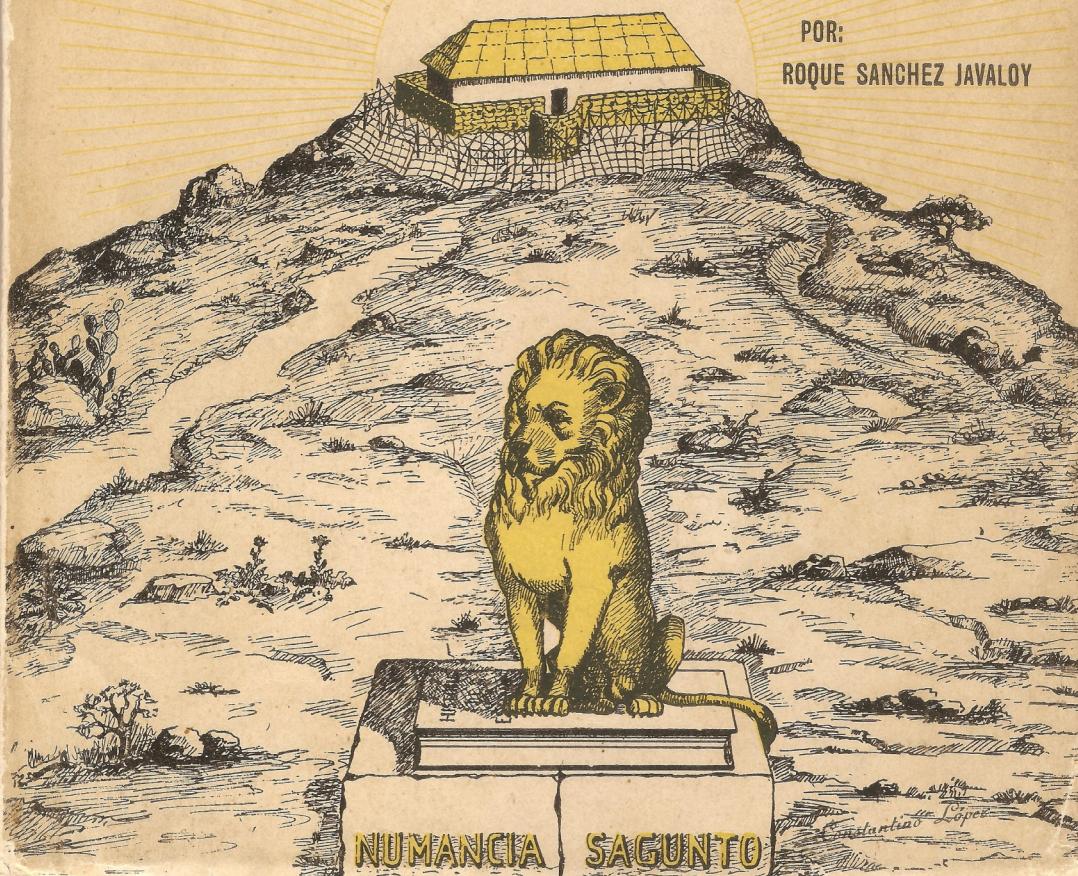
EPISODIO

DE LA GUERRA DE  
AFRICA



TIKUN

POR:  
ROQUE SANCHEZ JAVALOY



TIPOGRAFÍA  
SUCESORES DE NOGUÉS  
PLATERÍA, 53 — MURCIA



"Autorización de herederos para la reproducción, distribución y  
comunicación pública".

PRECIO 5 PTAS.

15395936

P. 2189

# EL MANCO DE TIKUN

EPISODIO DE LA GUERRA DE MARRUECOS

POR

ROQUE SANCHEZ JAVALOY

PRÓLOGO DE

OSCAR NEVADO

MURCIA

IMPRENTA SUCESORES DE NOGUÉS

1935

## A MI HIJO MANUEL

*A tí, mejor que a nadie, dedico este libro. Tú lo has vivido y escrito sus páginas con la gloriosa hazaña de Tikun, y los demás atestiguan el hecho en sus declaraciones; mi parte, pues, pequeña e insignificante, se reduce sólo a la recopilación de datos y a poner todo el sentir de mi alma como en los días que derramaste tu sangre joven y generosa por la Patria. Sea para tí el honor de este homenaje, y para el Ejército ejemplo de heroísmo y orientación hacia una España grande, hidalga y noble: la España de Cervantes, de Churruca y de Gonzalo de Córdoba.*

*EL AUTOR*

— AL —

# MANCO DE TIKUN

CON MOTIVO DE HABERLE SIDO CONCEDIDA

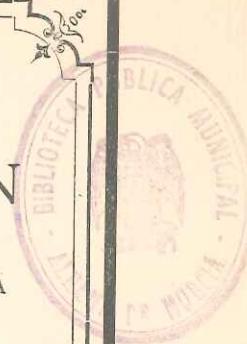
LA

CRUZ LAUREADA DE SAN FERNANDO

SU PUEBLO NATAL

ALHAMA DE MURCIA

LE OFRENDA, COMO HOMENAJE DE ADMIRACION Y AFECTO, LA EDICION DE ESTE LIBRO COSTEADA POR SUSCRIPCION POPULAR QUE PERPETUE SU GLORIOSA HAZAÑA, Y QUE, DISTRIBUIDA ENTRE LAS UNIDADES DEL EJERCITO, SIRVA DE EJEMPLO Y ESTIMULO AL SOLDADO ESPAÑOL



## PRÓLOGO

---

*No es este un prólogo, no; ni lo esperes de mí, lector.*

*Para prologar un libro, o ensalzar como es debido una obra, se requiere, a mi juicio, tener una capacidad superior o por lo menos igual a la del objeto de dicho trabajo, y ast sería tan enormemente desproporcionado, que un pigmeo tratase de juzgar lo que ha constituido el hecho de un gigante, como el que al hablar de un excelso artista lo hiciese uno lego en absoluto en la materia.*

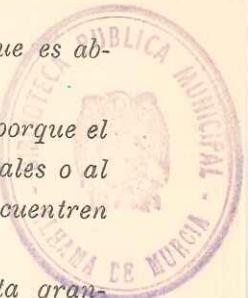
*Yo sé que la osadía de algunos no tiene límites, y que hay quienes se «atreven» a presentar al público a seres conspicuos, cuando son ellos los que necesitan ser presentados. Y aunque yo no quisiera incurrir en el mismo defecto que critico, he de escribir unas líneas a esta obra grande, grandiosa—por los heroicos hechos que relata—no más que por no saber negarme al requerimiento de la amistad, sin otro motivo que mi cariño y mi admiración al héroe, a Manuel Sánchez Vivancos.*

*Pero lo hago con el temblor natural de aquel al que la tarea abruma por su falla de condiciones, si, pero también por la emoción intensa que producen en los espíritus normales que vibran al choque patriótico de las grandes haza-*

ñas, la contemplación frente a frente de las gestas de heroísmo que se alzan hacia lo sublime iluminando—como flamígera antorcha—el camino de los humanos.

Cuando te adentres, lector, por las páginas de este libro, has de saborear las bellezas que encierra, has de sentir latir violentamente de entusiasmo el corazón, y has de ver cómo las lágrimas se asoman a tus ojos mientras del labio brota el grito del patriotismo exacerbado por el magno ejemplo de un soldado; y si esto no te ocurre es que no eres —como yo creía—el español puro, lleno de amor a esta Patria, tan grande otrora tan caída hoy de su pasada grandeza por culpa de muchos de sus hijos, que, egoístamente, la desgarran con sus odios o sus indiferencias, y que volviera a su pristino poderío si contase con muchos Sánchez Vivancos.

Porque éste es el héroe, pero es el héroe español cien por cien, humilde en su trabajo, inmenso de grandeza en su sacrificio y que después de ejecutada la asombrosa proeza que le hace ser el «Manco de Tikun»—y en cuyo relato debemos todos empapar nuestro espíritu para acercarnos siquiera a lo que es amor a España—vuelve a la modestia de su vida, sin envanecimientos ni soberbias—esas soberbias y envanecimientos que son las características de tantos que valen menos, muchísimos menos que él—como si nada hubiese hecho; en plena juventud con una mano menos, que ofrendó serenamente a la Patria, en el alborear de su vida, ostentando sobre su noble pecho esforzado la ambicionada cruz de los héroes, la Laureada de San Fernando, y ungido todo él por ese amor patriótico a la España unida, única e



indivisible, a la que dió el sacrificio de su sangre generosa como óleo santo para crisma de patriotas.

Pasa, lector, estas páginas y lee en ellas lo que es abnegación, lo que es valor, lo que es patriotismo.

Yo no puedo ser tu mentor en este trance porque el discutir al coloso debe estar reservado a sus iguales o al sentimiento de los que con admiración se encuentren ante él.

Yo solo puedo ser el Heraldo humilde de tanta grandeza, que con reverente emoción alza el tapiz que obstruye tu paso y dice «avanza quedo y reverente a tu vez, porque vas a enterarte de lo que es y lo que hizo en África, Manuel Sánchez Vivancos, un héroe de España».

OSCAR NEVADO

## NUESTRO PROPÓSITO

---

No nos proponemos, y aunque lo intentásemos sería empresa vana, escribir un libro entretenido y ameno que sirva de agradable pasatiempo al lector. Nuestro objeto no es ese, nuestro pensamiento va más allá y con miras muy diferentes puesto que la idea no es forjar una novela alrededor de un hecho saliente para desfigurarlo atendiendo a la forma y galanura del lenguaje antes que al fondo y veracidad del relato.

Seguramente no reunimos ni méritos ni condiciones para tal empresa; pero, si bien es cierto esto, no lo es menos que pudimos salir airosos entregando los datos recogidos a un profesional y lo hubiese adornado con el atractivo necesario para asegurar el éxito. No obstante, preferimos lo primero, aun a trueque de quedar obscurcidos protagonista y autor, antes que alterar en un ápice los hechos realizados por el sargento don Manuel Sánchez Vivancos.

Por eso será este libro escabroso, árido y pesado como los de texto. Desprovisto de galas literarias y escenas amorosas; mas con enjundia suficiente para los padres que saben educar a sus hijos en el cumplimiento de los deberes de buenos ciudadanos y excelentes patriotas.

Así pues, ni hay méritos para el autor que no pone nada de su intelecto, ni para el interesado, aparte del hecho en sí, porque ni nosotros ni nadie, ha podido conseguir

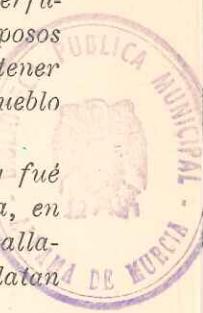
de él declaración alguna que sirva de apoyo para el más insignificante elogio hacia su persona, sino el relato es-  
cueto y sencillo.

Tampoco pretendemos, con la publicación del libro, otros estímulos que el de la noble propaganda para imita-  
ción del abnegado heroísmo de que dió tan relevantes prue-  
bas el Sr. Sánchez Vivancos en los momentos difíciles del  
repliegue y rectificación de la nueva línea base de la total  
victoria de nuestro valeroso y sufrido Ejército, en tierras  
africanas.

Aclarado este importantísimo punto, comenzaremos  
nuestro relato, diciendo, que «El Manco de Tikun» como le  
llaman desde la memorable fecha de su liberación, nació  
en Alhama de Murcia. Alhama es la predilecta de las ro-  
sas, de los jazmines y de las mujeres. Sus huertos de na-  
ranjos siempre verdes, los altos y alambrados parrales cuyo  
amarillos frutos se transportan a Francia, Suiza, Alema-  
nia, Inglaterra, Centro de Europa, Polonia y parte de Ru-  
sia, su hermosa vega que no envidia a las de Murcia y  
Valencia en fertilidad y abundancia, ya que no en exten-  
sión, su cielo límpido y su clima cálido y suave, la hacen  
superar a toda ponderación.

Desde la estación férrea se ven las primeras casas y  
parte de la vetusta torre de la iglesia al pie del castillo,  
gigantesco peñasco coronado por las defensas que constru-  
yeron los árabes sobre las que tenían los romanos y que,  
resistiendo el choque de los siglos, todavía se yerguen pre-  
gonando su pasada grandeza. Al fondo, una pequeña cor-  
dillera, y allá lejos a la izquierda, la sierra de Espuña  
que se pierde en la lejanía.

La primera calle situada de Norte a Sur, la adornan  
en su comienzo, dos filas de acacias que dan sombra y poé-  
tico visión de pueblo fantástico de leyenda, y muy cerca los  
naranjos en flor o con sus hermosos frutos, las rosas, los



claveles, los jazmines de todos los patios y ventanas, perfu-  
man el templado ambiente, y los altos olmos y pomposos  
álamos donde pian y alborozan los pajarillos, hacen detener  
al viajero para contemplar la hermosura de este pueblo  
ideal y bello.

Su fundación es antiquísima. Alhama existió y fué  
muy importante por su posición entre Murcia y Lorca, en  
poder de los romanos, advirtiéndose en los vestigios halla-  
dos, sepulcros de personalidades y monedas, que delatan  
su época romana y su grandeza ya extinguida.

En las constantes luchas, fué conquistada por los mo-  
ros y sobre las defensas que tenían los romanos, hicieron  
sólidas fortificaciones, hasta que, reconquistada por Jaime  
I, la cedió a Castilla y ésta a los marqueses de Villa-  
franca.

Desde 1586 tuvo el privilegio de sostener gente arma-  
da y que sus jefes los eligiera el Ayuntamiento. Y de tanta  
consideración era su fama, que hubo de prestar sus hom-  
bres, en ocasiones precisas, para auxiliar a Orán y Carta-  
gena. Después, nada; la decadencia de la raza, la desapari-  
ción, quizás, de aquellos hombres que, vencidos por los  
árabes, mezclaron su sangre para ser débiles y sin voluntad  
y que los entregaran como regalo a un título castellano.

Poco a poco fué desapareciendo su grandeza quedán-  
dole, sí, el extenso término municipal y la gloria efíme-  
ra de su pasado, hasta que ahora y cuando menos podía su-  
ponerse, el heroico sargento D. Manuel Sánchez Vivancos,  
ha venido a resucitar la templaza y valor de los antepasa-  
dos resistiendo con un puñado de valientes, el tenaz asedio  
de la morisma durante ciento cinco días en la posición de  
Tikun, de la zona de Larache, apesar de la grave herida  
que le ocasionó la pérdida de la mano derecha,—y que, sin  
resignar el mando, hiciese la defensa más brillante que se  
conoce en las gloriosas páginas escritas por nuestro sufrido

Ejército en las inhóspitas tierras africanas, dirigido por un valeroso e insigne caudillo, por el general D. Miguel Primo de Rivera, surgido milagrosamente para salvar el honor nacional cuando se derrumbaba al empuje de las ideas que asolan más de la mitad del mundo civilizado.

Como consecuencia de la mala dirección que existía anteriormente, se hallaba la posición de Tikun en un alto cerro donde no podía ser auxiliada sino por fuertes columnas y a costa de muchas bajas. La aguada, más necesaria que los víveres, la tenían a unos seiscientos metros, y por esta circunstancia, tan pronto fué cercada por el enemigo, pasaron hambre y sed hasta beberse sus propios orines.

Sin embargo, no desmayaron un momento. Su jefe, el joven sargento, mientras se desangraba por no tener gasas ni yodo para hacerse la más insignificante cura, animábales con promesas ideadas por su calenturienta imaginación haciendoles creer el pronto auxilio y el abastecimiento por la Aviación. Pero transcurrian los días y el auxilio no llegaba ni aparecían en el espacio los ansiados aeroplanos. Los soldados caían desmayados junto al parapeto y los moros enviaban emisarios para que se entregasen. Entre tanto, el sargento Sánchez Vivancos, viendo el incremento de la herida, observando ya las señales evidentes de la gangrena, se cortaba con un instrumento de cocina los trozos putrefactos y daba el parte diario «Sin novedad en la posición».

Sólo contaba entonces nuestro héroe veintitres años. Su nacimiento tuvo lugar el dia 10 de Abril del año 1901 y lo relatado fué en el mes de Octubre de 1924. Pero ya llevaba siete años de soldado. Joven, muy joven ingresó en el Regimiento de Sevilla de guarnición en Cartagena, porque los hijos de militares pobres no tienen otro porvenir más apropiado que el que se pueden proporcionar en el Ejército; y Sánchez Vivancos, hijo de otro militar hu-

milde, de un oficial ascendido por méritos de guerra en los maniguales cubanos, no podía hacer otra cosa que ingresar como soldado.

Ascendió a sargento en la reconquista del año 21 donde tomó parte en todos los combates en que su Regimiento conquistaba el renombre de «El tercio Chico». Mas cómo nosotros no hemos de referirnos, en el presente libro a otra cosa que a publicar en él, ordenadamente, todo cuanto se ha escrito sobre este caso ejemplar de heroísmo, no mencionaremos otra cosa que lo referente al periodo de la guerra en que se desarrollaron estos sucesos, y a su actuación en el blocao.





## Operaciones de las columnas en la Zona de Larache

A la postura de sol, una muralla de rojizas nubes enturbia algo, no mucho, los dorados rayos del astro rey que durante el día hizo sudar a los soldados. El calor no es excesivo; unos truenos lejanos obligan a soltar las mantas, liadas precipitadamente, y un fuerte viento a atarlas otra vez sin que caiga una gota de agua sobre la tierra amarilla y seca.

La columna que valientemente ha combatido, arrojando la morisma de sus disimuladas trincheras, acampa junto al arroyuelo, a la vista del blocao que, durante días y noches sin fin, rechazó los asaltos, soportó las torturas de la sed y sufrió las angustias del tardío e ineficaz auxilio.

Oscurece. Rendidos los soldados buscan el descanso en el dulce sueño, confiados en la fidelidad de sus compañeros que vigilan incesantes. El silencio es absoluto. Los centinelas no cantan, como en la plaza, el rítmico ¡alerta! que previene al enemigo: fijos sus ojos en el campo, preparan el fusil para no errar y tirar sobre seguro. El miedo no se conoce. El valor sobra donde hay un soldado español.

Entretanto, la guarnición del blocao que allá arriba recorta su silueta en el liso azul del estrellado cielo, espera ansiosa la llegada del nuevo día para abrazar a sus hermanos. Son quince hombres; quince jóvenes casi imberbes al mando de un sargento tan imberbe como ellos.

Llevan muchas noches de insomnio. Para vigilar por los cuatro costados, ninguno puede dormir tres horas seguidas. Los «pacos» tampoco les dejan descansar; pero ellos no les tiran a los «pacos». Hay que economizar las municiones como hay que conservar el agua. Sin alimento se puede aguantar varios días; sin municiones y sin agua, no se puede resistir una hora.

La noche avanza con frío de muerte. Una brisa pegajosa y húmeda penetra en los huesos de los centinelas que junto al parapeto avizoran, con extravíados ojos, todo el frente encomendado a su custodia. La luna, serena y plácida, inunda de amarilla luz valles y montañas, cerros y barrancos, proyectando sombras de gigantes, figuras de dragones y espejeos de lagunas que invitan a beber el agua cristalina y fresca de una fuente imaginaria.

Por el estrecho espacio de la aspillera, todo adquiere movimiento. Se agrandan los objetos. Se alejan, se aproximan, parece que van a caer sobre el observador, e instintivamente cierra los ojos en espasmo de muerte; pero no pide auxilio. Con el fusil en las crispadas manos, espera un momento oportuno para hacer fuego sin errar el tiro.

La luna palidece poco a poco, disminuida su tibia luz por la blanca de la aurora que va detallando lentamente las alarmantes figuras mitológicas. Los gi-

gantes son altos peñascos, los dragones, lejanos cerros de hondos e inaccesibles collados y la laguna de ilusoria fuente, llanura extensa de pulida piedra donde no tiene vida ninguna planta.

Oyense allá abajo los agudos toques de la alegre diana lanzados al viento por las cornetas de las tropas de socorro a los sitiados. Suena el estruendo del cañón y el estampido de las bombas arrojadas por los aeroplanos, y a poco, los entusiastas vivas de los soldados que, en estrecho abrazo juran venganza terrible contra la morisma y odio mortal a los enemigos de la Patria.

Pero, si en las noches claras de luna llena, se padecen esos espejismos o delirios imaginarios, por el contrario, en las noches oscuras cuando los soldados andan cara al viento y menuda lluvia azota sus juveniles rostros tostados por el sol y amarillos por la fatiga, la columna sigue penosa marcha, ladera arriba, desplegándose en guerrilla a la vista de empinadas y sospechosas cuestas, bombardeadas por la escuadrilla de aeroplanos.

Va mediada la tarde y hay que ocupar las mesetas próximas. Lanzan al aire sus toques bélicos las cornetas de la tropa y, a paso de ataque, se consigue el objetivo haciendo huir al enemigo que va a ocultarse en las barrancadas batido por la Artillería y seguido muy de cerca por la Aviación.

Ha sido dura la jornada; pero el más brillante éxito coronó la acción. ¡Loor a los heroicos soldados que siempre saben triunfar!

\* \* \*

Acércase la noche oscura y fría llena de ocultos peligros. Calados hasta los huesos buscan el sitio me-

nos húmedo, aunque húmedo está todo, y agrupados como niños hermanos, se acuestan al amparo del pequeño muro levantado provisional y rápidamente para resguardarse de los «pacos».

Antes de conciliar el sueño, piensan en la madre, en la novia que en el rincón lejano lloran su ausencia. Piensan, por último, en los incidentes del combate, y musitando una oración, quedan dormidos.

Allá arriba, en la pequeña posición donde una docena de hombres lucha denodadamente noche y dia contra numeroso enemigo que les cerca más de un mes, no duermen. Colocados en las aspilleras continuamente, disparan sobre la morisma que se acerca, sin ruido, tratando de cortar las alambradas. Ya cayeron muchos y hasta ellos llega el hedor de los cadáveres; mas acostumbrados a todo, no les espanta nada, ni aún los muertos que enterraron poco antes bajo sus pies.

Cierra la noche oscura, más oscura todavía con la nube que abraza todo el pico donde se halla construido el blocao que, en realidad, no guarda nada, ni siquiera el camino que sirve de guia a los soldados libertadores.

Una brisa helada susurra en el bosque como largo quejido. El buho, ave de siniestros augurios, que vuela de noche para devorar los confiados conejos y aún las astutas perdices, lanza su agorero canto, haciendo temblar a los soldados, valientes frente al enemigo visible, y medrosos y cobardes ante las sombras de lo desconocido.

No se oye nada. Un soldado sisea débilmente y el sargento acude presuroso. La orden de no hablar, es terminante. Saben que es la última noche de asedio, y los moros han de intentar el asalto definitivo antes que la claridad del nuevo día descubra a la Aviación y

a la artillería los sitios de sus intrincadas trincheras. El soldado señala con el dedo un punto, y el sargento dispara, apuntando cuidadosamente. Un gemido gáutral, como de fiera, indica el certero blanco. A poco, descargas cerradas de fuera y de dentro, atruenan la montaña, quedando escrita otra página gloriosa más en la Historia de la Patria...

Han estallado bombas de mano arrojadas por la morisma, y han destrozado cuerpos humanos fuera de las alambradas las bombas que conservaban nuestros soldados para el último momento. Los espinosos alambres arrollados en montón informe, envuelven cadáveres de trágico recuerdo. No se oye sino el respirar jadeante de los soldados, débiles por la vigilia y el insomnio, pero dispuestos todavía para seguir la lucha. Frótanse los ojos calenturientos y de mirar extraviado, escudriñando en la oscuridad el leve movimiento de cualquier bulto para disparar sin perder un segundo.....

Comienza la venida del dia. Una brisa suave y blanda, arroja las nubes que sirven de cabellera al pequeño blocao, en dirección de Poniente, desgarrando, a trozos, la bóveda plomiza del cielo. Hacia Levante, se ven largas franjas sonrosadas disminuidas por momentos para dar paso a la blanca luz de la aurora que dora los picos más altos, primero, y las inaccesibles laderas después. Un bando de perdices cruza en rápido vuelo la diminuta posición, haciendo correr a los soldados sin saber donde acudir, y más lejos otro pájaro de enormes proporciones, saluda con el ruido de su potente motor, mientras que la columna se pone en movimiento para llegar cuanto antes a abrazar a sus hermanos.....

Aparece el sol, espléndido y bello como nunca, acariciando amorosamente a los soldados, y un grito de ¡Viva España! que repercutió en las concabidades, en los barrancos y en las hondadas, acusa el feliz término de la operación.

\* \* \*

No registra la Historia, no, desde las remotas épocas de Cartago, Sagunto, Numancia... casos de heroísmo y sacrificio como registró la guerra de Marruecos en cada posición cercada y atacada por los moros o en cada soldado aislado o separado por cualquier accidente, de la unidad con quien combatía.

Seguramente que en aquellos tiempos en que guerreros, mujeres y niños se arrojaban a las hogueras levantadas con los ornamentos y joyas que adornaban los palacios, no se conocieron resistencias tan tenaces y sublimes como Solano, Centafa, Rala, Rabta, y cien más cuyos soldados consumieron día tras día las municiones, pasaron hambre y sed hasta producirle accesos de locura y prefirieron la muerte, por cualquier medio, también como aquellos: en el fuego antes que caer en poder del enemigo.

Cuando en el año 1921, por sino fatal, se dió la orden de retirada, vino el desconcierto, las dudas e incertidumbres, el engaño, las falsas promesas de los moros, y últimamente y como consecuencia natural, la desbandada del Ejército, igual que las tropas napoleónicas en Waterloo, contagiadas del más terrible pánico al confundir la división de Blucher con las de Grouchy, que con tanto afán esperaban, ocasionando el error, la total y definitiva derrota del gran caudillo francés.

No fueron, pues, los ingleses los que vencieron entonces, como en 1921 tampoco han sido los moros;

fué la fatalidad, un momento de alucinación transmitido de uno en otro soldado hasta hacerles huir sin saber por qué ni adonde. Pero nosotros sacamos una gran lección que sirvió para no pactar rendiciones ni fiarse para nada de un enemigo falto de todo sentimiento humano, que mata por el placer de matar y se rebela contra la nación amiga que gasta sus millones en vías férreas, carreteras y fortalezas defensoras de sus mismos intereses.

Por eso, como resultado de las traiciones anteriores, no hubo una sola posición militar que no obrara por su cuenta incluso para abandonarla después de consumidas las municiones y en lucha fiera por la barra de hielo a campo raso, y a presencia del aeroplano que la arrojó, peleando hasta morir atravesados por las balas.

Al avance de nuestros soldados, hacia la morisma gran resistencia aprovechando las ventajas del terreno; pero al ver la decisión y el empuje de las columnas arrollando los obstáculos para llegar, no sólo a sus aduanas, sino a las mismas crestas de las inaccesibles montañas donde se creían seguros, huyeron envueltos entre las granadas, las temibles bombas de la Aviación y el fuego de la fusilería.

No obstante, todavía existían unas cuantas posiciones de tal modo situadas y a tal altura, que solo los aeroplanos podían abastecerlas de lo más preciso en espera de las columnas libertadoras que llevaron a efecto la evacuación de los blocaos llamados de la muerte.

Y por eso precisamente, porque en el duelo entablado no se rendían las pequeñas posiciones ni retrocedían las tropas, llegó el número de héroes al de los

hechos de armas sirviendo de ejemplo todos los blocaos de Marruecos.

Por eso también no se sabía cuanto tiempo llevaba, cercada por los moros, aquella insignificante posición cuyas esbeltas líneas se recortaban en el lejano horizonte como vigilante águila posada en el pico más alto de la escarpada sierra marroquí. Nadie lo sabía. Ni se había fijado en ello la guarnición, compuesta de quince bravos muchachos mandados por un sargento joven y tan bravo como ellos, ni el Alto Mando, que atendía otras posiciones más importantes que aquellas y probablemente en más inminente peligro de caer en manos del terrible enemigo.

Quizá habrían transcurrido veinticinco días, treinta o quien sabe, si cuarenta o cincuenta, porque el repuesto de raciones se había terminado a pesar del cuidadoso reparto del jefe, y el agua tocaba a sorbo. Era en verdad, una situación bastante crítica, cuando, he aquí que un aeroplano en el momento de salir los soldados a disputar a los moros, cara a cara, pecho a pecho, pan y agua para poder esperar la llegada de las columnas salvadoras, cernió sus alas sobre el blocao dejando caer sobre las alambradas, un bulto informe, un paquete, un cuerpo que de momento no se sabe lo que es y que todos intentan recoger, impulsados por la misma idea.

— Eh, muchachos, — — gritó el sargento al verlos correr hacia la puerta — — ¿dónde vais todos juntos? Solamente saldrá uno, el que quiera, y los demás a las aspilleras con los fusiles. Los moros habrán visto, igual que nosotros, el aeroplano y lo que ha dejado caer, y no es cosa de que nos maten tan cándidamente.

— Yo saldré — dice uno, barbilampiño, voluntario,

sin duda, puesto que no habría cumplido los veinte años.

Sale en efecto, el decidido joven, y una descarga le hace caer a tierra herido: El mismo movimiento impulsivo de antes se produce instantáneo entre todos; pero por orden del sargento, solamente salen dos soldados pegados materialmente al suelo, y mientras el resto de la guarnición hace fuego sobre la ladera de enfrente, recogen al herido y el preciado paquete que no es otra cosa que hielo y chorizos.

Entre tanto, acercábanse las columnas arrollando a la morisma que oponía gran resistencia desde los repliegues, desde los peñascales, desde las crestas de los cerros que bordean el camino de la posición.

Bien claros se oian los cañonazos y las descargas de fusilería desde el blocao. Toda la guarnición se hallaba en las aspilleras esperando ver aparecer, de un momento a otro, los legionarios o los regulares por lo hondo del pequeño valle que se extendía al pie. Pero llega la noche y amanece el siguiente día sin poderlos columbrar.

Por los aeroplanos, sabían el sitio de combate. De buena gana hubieran hecho una salida para «atacar» desde lo alto. Mas no fué menester. Corriéronse los moros, y a poco vieron también correr, desplegándose en guerrilla, un número considerable de nuestros soldados. Dieron una carga a la bayoneta y en otra desenfrenada carrera, estuvieron cerca del blocao.

— Adelante — — se oia gritar a uno de los que subían — — Adelante, que arriba está mi hermano.

Y entre el estruendo de los tiros, los gritos de los soldados y el aullido de los moros, llegan las tropas españolas a la pequeña posición y se abrazan dos soldados que, en efecto, eran hermanos...

\* \* \*

Pero, para que el lector pueda apreciar en su justo valor, la importancia del asedio de la posición de Tikun, de la cual era jefe el señor Sánchez Vivancos, copiaremos lo más saliente de su diario de operaciones para no restar veracidad a los hechos.



*Del diario de operaciones del Sargento  
Don Manuel Sánchez Vivancos.*

### Primer mes de asedio

**E**l 3 de Octubre de 1924 quedaron cercadas, por el enemigo, todas las posiciones del macizo de Beni-Gorfet. De ellas, Tikun fué la primera en ser atacada y el ruido de las descargas sirvió para prevenir a las restantes.

Por orden superior había sido revelado el sargento Sánchez Vivancos del blacao Demna número 1, para ir a hacerse cargo del de Tikun, como jefe, cuya guarnición se componía de un cabo, un soldado de primera, quince de segunda y un soldado de intendencia. Era el 2 de Agosto, y aunque no había sospechas de que se levantaran las cábilas en armas contra España procedió al arreglo del blocao, construyendo un tambor en la puerta y nuevas aspilleras en los puntos en que no existían, modificando algo las de los sitios peligrosos y levantando el parapeto.

Del mismo modo comenzó el jefe de la pequeña posición, al darse cuenta de las circunstancias que podían intervenir seguidamente de la sublevación de las cábilas vecinas, bien armadas y guerreras, y del peligro inminente de ser asediadas por el enemigo, a ins-

truir a sus soldados para cuando llegase el momento preciso a la defensa, que no titubeasen en el cumplimiento del deber y que sus disparos fuesen seguros y aprovechados.

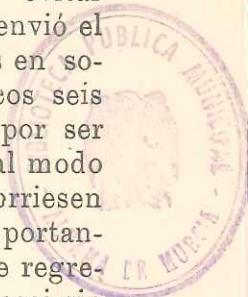
Para ello los ponía en las aspilleras, los cambiaba de sitio y les hablaba de patriotismo haciéndoles comprender la serenidad que habían de demostrar para defender la posición que a ellos estaba encomendada.

Hasta el 3 de octubre, se hicieron los servicios con completa normalidad, aunque siempre con el mayor número de precauciones, y tratando de evitar una sorpresa, se hacía la aguada cada vez a distinta hora, y, precisamente en este día, salieron a las doce próximamente el cabo con cuatro soldados y el acemilero con las cubas, quedando el resto de la fuerza dentro del blocao preparados para atender a la defensa del pequeño grupo.

La posición de Tikun, estaba situada en un pequeño espolón de los salientes del macizo dominado por unas rocas que se hallan más altas y a unos ochenta o cien metros del blocao, y la aguada, en un hondo del barranco, a lo largo del macizo, y como o seiscientos metros de él.

Todos los días llenaban las cubas, esperando de un momento a otro, la presencia del enemigo, y en esta ocasión, llegaron con las precauciones de siempre; pero en el momento de empezar a llenar las cubas, fueron agredidos por una descarga cerrada de los moros que estaban perfectamente ocultos entre la maleza, seguramente desde la noche anterior. Repelieron el inesperado ataque, y se estableció reñida lucha que duró más de una hora.

Al mismo tiempo, otro grupo numerosísimo del



enemigo, abría fuego contra la posición para evitar el auxilio a los de la aguada. Rápidamente envió el sargento al soldado de primera con cuatro más en socorro de aquellos quedándose él con los únicos seis que había sin poder mandar uno más, no sólo por ser tan pocos sino porque desde allí protegía de tal modo la retirada, que con sus fuegos impedía se corriesen los moros hacia la derecha, occasionándoles importante número de bajas y pudiendo conseguir que regresara el valeroso grupo de soldados, cuando ya, casi sin municiones, quedaba imposibilitado para la defensa, y cuando también los moros se multiplicaban acudiendo de todos aquellos parajes como vomitados de las piedras.

Al fin llegaron a la posición los heroicos muchachos, sin darles tiempo a cerrar la puerta de la alambrada. Llegaron, si, pero no todos, el cabo y dos soldados quedaban muertos en el campo sin que sus cuerpos pudieran ser recuperados. Los momentos eran difíciles y, tras breve consulta, acuerdan esperar la noche para recogerlos; idea irrealizable porque desde ese momento quedan cercados, por el enemigo, con una guardia que de día se compone de unos sesenta a setenta hombres y de noche más de doscientos, según podía deducirse por los disparos, encargada de no dejar entrar en el blocao víveres ni agua.

Oscurece y el fuego continúa sin descanso, no pudiendo salir, a pesar de la oscuridad, a cerrar la puerta, que, como se ha dicho, había quedado abierta hasta que ya casi de día, en un momento de tregua, se ofrece voluntario un soldado para ir a cerrarla.

Amanece el día 4 y pronto se dan cuenta de que el cerco y asedio del blocao es un hecho consumado. Para comprobarlo más eficazmente, colocan un gorro

en el extremo de una caña y al verlo los moros le hacen dos disparos que dan en el blanco. Los tiros habían partido del macizo rocoso y sobre él enfila el jefe de la posición los fusiles de sus mejores tiradores en espera de que algún moro asome la cabeza.

Nadie había pegado un ojo en el blocao. La defensa era constante y el sargento no hace otra cosa que acudir a todos lados dando órdenes para alentar a los muchachos, comprendiendo que, por ser la primera vez que entran en fuego, puede alguno desmayar y al notarlo el enemigo, asaltar la posición por aquella parte. En el tambor situado frente a la puerta de la alambrada, tenía los dos de más confianza, hasta que, por fin, viendo que a pesar de sus voces no disparan ni dan la cara, deja cuatro soldados en aquel frente y reuniendo los demás, les habla de esta manera:

—No es necesario que os diga lo que estais viendo. Ha llegado la hora de demostrar todo aquello que cada uno de nosotros es capaz de hacer para defendernos del enemigo, de ese enemigo sanguinario que no tiene humanidad ni honor ni caridad para nadie. Estamos completamente aislados, sin comunicación con la plaza. No sabemos el tiempo que esto puede durar y por si acaso se prolonga más de lo que permitan las circunstancias, y nosotros supongamos, desde este momento estaremos a media ración tanto de víveres como de agua. No puedo consentir que ninguno titubee en el cumplimiento de su deber y mucho menos cualquier cosa que signifique cobardía, lo cual estoy dispuesto a castigar aquí mismo sea como sea. Y para que os deis cuenta de mis pensamientos y de lo, que he de sostener a todo trance sabed que este blocao no se entregará mientras yo esté con vida.

No le dejaron terminar. A grandes gritos de-

muestran todos su conformidad. De tal manera alborotan dando vivas, que los moros sin darse cuenta de lo que pasa en el blocao, comienzan a disparar, contestándoles los soldados. Pero por encima del ruido de los tiros, se oye la voz del sargento que ordena cesar el fuego.

—Nada de tirar a tontas y a locas,—les dice—de este modo pronto nos quedaríamos sin municiones. Hemos de hacer fuego sobre seguro, cuando veamos al enemigo, cuando salga de entre esas piedras. Ahí no le haremos bajas, sino gastar inutilmente las municiones favoreciendo así sus proyectos. Dejadles, que ellos se cansen y vengan a buscarnos al notar nuestro silencio.

En efecto, al ver que del blocao no se les tira y transcurren las horas sin contestar a los disparos, tratan de aproximarse corriendo de piedra en piedra. Mas como no habían dejado de acecharles, hacen blanco sobre algunos, irritándoles de tal manera esta determinación, que, apenas oscurecido, se deciden a atacarles y a las diez aproximadamente y tras de un continuado fuego al que, responden con nutridas descargas, llegan a las alambradas intentando el asalto que ya preveía el sargento.

No se oía una voz dentro del blocao. Fuera, en cambio, constituyan una verdadera algarabía los gritos para animarse en el combate y los ayes de los que caen heridos o muertos, sin conseguir arrancar los espinosos y salvadores alambres. A cada intento, el fuego de la posición barria el frente. Pero no cejaban en su empeño y entonces el sargento, sin decir nada a los soldados, prende fuego a la mecha de una granada y la arroja, y seguidamente otra y otra hasta tres, con tanto acierto, que obliga a retirarse al enemigo para

ir a esconderse a unos metros de las alambradas tras de las rocas y ondulaciones del terreno. Pero, por poco tiempo. En cuanto es de día se marchan todos al macizo rocoso, porque en él tienen seguro abrigo y no alcanzan las granadas y las balas rebotan en las peñas.

Con esta brillante defensa, llevan los moros dura lección y sin salir de sus escondrijos, hacen fuego incesante para no dejar descansar a los bravos muchachos.

Mal se presentaban las cosas, según podía deducirse por el número de centinelas que rodeaban el blocao. A cada momento disparan tiros sueltos o descargas que duran horas y horas. Sobre todo por la noche. En cuanto oscurece se aproximan a las rocas cercanas a la alambrada. No les dejan conciliar el sueño. Como son quince con el sargento y tres frentes los que hay que cubrir, distribuye la fuerza aumentándola en aquellos sitios que el ataque es más intenso y dejando solamente dos en el frente Sur que es desfavorable para el enemigo.

Así habían transcurrido ya diez días sin descansar un instante. Sólo en las primeras horas de la mañana, queda el campo un poco tranquilo; pero sin atreverse ninguno a dormir por temor a ser asaltados al primer descuido.

Mucho había reflexionado Sánchez Vivancos acerca de la angustiosa situación en que se hallaban. Las provisiones disminuían considerablemente. Como el último convoy había sido llevado el 10 de Septiembre, no quedaba otra cosa que garbanzos y judías y muy poca agua, acordando, desde aquél momento, ponerse todos a cuarto de ración que habían de comer sin utilizar el agua, tostándolos a la lumbre, si es que alguna vez la encendían, y bebiendo solamente por la mañana y al oscurecer.

El dia 13 notan mayor número de moros entre los peñascales del macizo rocoso, que como se ha dicho, no dista más de ochenta o cien metros del blocao. El movimiento inusitado del enemigo tiene preocupado al sargento que pronto comprende la idea de que ha de ser atacado con mayor intensidad.

¡Ea muchachos! —dice a los soldados en tono jocoso— hoy vamos a tener más distracción que otros días. Hoy me parece que los moros quieren entrar en el blocao y es necesario prepararles buen alojamiento; pero hay que tener en cuenta, que si entran será por que todos habremos muerto. Con que ¿qué os parece?

—Bravo. Bien, muy bien, mientras quedemos uno, no entrarán los moros; puede usted asegurarlo— gritan llenos de entusiasmo.

No se hacen esperar mucho los primeros tiros. A poco comienza el ataque sin salir el enemigo de las rocas; pero con tal constancia, que no les dejan retirarse en todo el dia, de las aspilleras.

Al llegar la noche, cesan por unos instantes, las descargas; dejan también de disparar los soldados y a poco, un grito y unas voces que ellos no entienden, es la señal del asalto.

Como en la vez anterior, no se oye nada dentro del blocao. Las descargas se suceden con perfecta regularidad. Al ver Sánchez Vivancos los cercanos fogonazos dentro de las alambradas no se inmuta; con tranquilidad absoluta, prende fuego a una granada, y la arroja al grupo amparado en la roca que, en mala hora dejaron los constructores del blocao, y al explotar oye perfectamente los gritos de angustia de los que han sido heridos. Toma otras y con la misma seguridad y acierto, las va arrojando hasta apagar los fuegos enemigos. Se aproxima al tambor de la puerta, obser-

va la serenidad de los tres defensores que en él hay, y recorriendo uno por uno todos los puestos, se asoma por las aspilleras para mirar al exterior, y con ello infunde valor y confianza a los soldados.

Por fin comienza a amanecer. Antes que puedan verles, para hacer blanco seguro sobre ellos se retiran los moros, llevándose sus muertos, que indudablemente son muchos.

—Muy bien,—queridos compañeros—decía aquella mañana Sánchez Vivancos al amparo del parapeto, agrupado con los muchachos a los templados rayos del sol que se proyectan en el lado Oeste del blocao—muy bien por la brillante defensa que habeis hecho. Ahora es cuando estoy seguro de que si seguís con el mismo entusiasmo soportando la fatiga, el hambre y la sed, hasta la llegada de las columnas que deben estar hacia la parte Sur del Sector, según podemos comprobar por el cañoneo constante; si continuais así, digo, rechazando con el mismo valor al enemigo que no se conformará con la derrota de la pasada noche, daréis una nota ejemplar de abnegación y disciplina que la Patria os pagará, porque la Patria es nuestra madre y las madres pagan excesiva y prodigamente el cariño de sus hijos.

Con gran complacencia oyeron los soldados la sencilla arenga, y razón tenía el sargento al decir que los moros no quedarían tranquilos con la derrota sufrida. Antes de las nueve ya estaban disparando sobre el blocao; pero no les hacían caso apesar de aumentar progresivamente el número de disparos, porque querían aprovechar las municiones, y a las cuatro de la tarde comienzan a llegar más moros. Óyese gran algaraza en el campo enemigo y a poco, rompen el fuego acercándose como nunca, a la posición.

El combate arrecia por momentos. Todos los soldados están en las aspilleras defendiendo, con ahínco, sus puestos. A las once de la noche, dan un furioso y decidido ataque que difícilmente pueden contener, y, como esperaba el sargento, llegan los moros a las alambradas e intentan cortar los alambres; pero Sánchez Vivancos, que no pierde de vista sus movimientos, consigue tenerlos a raya con las granadas de mano.

Son momentos de duda, momentos en que la más leve e insignificante cosa cambia la victoria en derrota o la derrota en victoria. Y precisamente en esos momentos críticos; la imperfección de una mecha, provoca prematura explosión de la granada que va a arrojar, y convierte en despojos sangrientos la mano gloriosa que antes enviaba, certera, la muerte al enemigo.

Pero no exhala un grito que pueda descubrir lo que ocurre dentro del recinto donde, con tanta bravura, lucha el puñado de valientes. Ni aun los mismos soldados se enteran de lo que sucede y la defensa sigue serena, sin voces ni atolondramientos que impida la buena puntería. Un soldado solamente ha visto la llamarada de la explosión, y le pregunta alarmado.

—¿Qué le ha sucedido?

—No es nada—le responde haciéndole seña para que le siga al interior del blocao. Y el muchacho le sigue sin ninguna sospecha.

—No grites,—le dice mostrándole aquella masa informe;—no pronuncies una palabra y córtame pronto, con el hacha, estas piltrafas que cuelgan ya inútiles.

Y el pobre soldado, al ver la horrible herida por la que mana abundante sangre, cae desmayado, aumentando el conflicto en tan difícil situación. No obstante, se lia la muñeca con una toalla, y sale al pa-

rapeto dando órdenes, en voz baja para que apunten bien. El soldado que ha quedado dentro, repuesto de la impresión, también vuelve a ocupar su puesto; pero antes que pueda decir algo a sus compañeros, le advierte que calle lo ocurrido.

Llama a otro que cree más animoso, y con las mismas advertencias, le manda cortar la mano destrozada, y también se niega; mas sacando del botiquín un frasco de yodo, lo vacía en la herida con tan mala fortuna, que cae al suelo y se rompe para no aprovechar nada del líquido.

A todo esto, que sucede más pronto que se cuenta, hay que seguir arrojando bombas, porque el enemigo no ceja en su ilusorio empeño de tomar, en esa noche, el blocao. Coge el sargento cien veces heroico, otra granada, y manda a un soldado que encienda la mecha; pero el soldado admirado ante el valor sereno de su jefe, se la arrebata, rápidamente y la arroja después de prenderle fuego.

Nota Sánchez Vivancos que se desangra. Por sus venas siente correr la sangre que afluye a la herida para salir, regando el suelo, y teme caer desvanecido. Otra vez llama al mismo soldado y le liga fuertemente la muñeca. De este modo disminuye la hemorragia, y de nuevo sale para seguir dirigiendo la defensa.

Si los moros hubiesen presenciado semejante acto de heroísmo, quizá se hubiesen retirado antes, persuadidos de que, a soldados del temple de Sánchez Vivancos, no se les puede vencer.

Al día siguiente, y como de costumbre, preguntan de Harcha, única posición con quien pueden entenderse a viva voz cuando la calma del viento lo permite, y da el parte redactado con el laconismo espartano de siempre: «Sin novedad en la posición»

Dentro del blocao, ni se discute siquiera el no haber hecho mención de la grave herida ni de la defensa heroica, en el parte cursado a la superioridad. Sin concederle gran importancia a lo ocurrido, piensan en los proyectos que pueda tener el enemigo y en economizar las municiones para no disparar un cartucho si no es ocasionando una baja, y sigue la tenaz defensa.

Los días transcurren tiroteando los moros sin cesar, esperanzados en que se terminen pronto los víveres y el agua, y se entreguen por la fuerza. De municiones están bien provistos pero los víveres escasean de tal modo, que no comen más que unas pocas judías tostadas y beben un sorbo de agua por individuo. Además, y esto es lo verdaderamente grave, la herida del sargento se ha empeorado hasta el extremo de tener que permanecer en la cama a todas horas. No tienen medios de curación y lavan las heridas con orines hervidos. Los algodones y gasas también se acabaron y la constante hemorragia es contenida con trozos de sábana, sucios y pringosos. La situación pues, es muy apurada. Hasta aquí había conseguido disimular los acerbos dolores y los progresos de la herida; mas ahora, su permanencia en la cama, tiene alarmados a los soldados.

En esta situación llega la noche del día 20, y entre los gritos de los moros y los tiros sueltos disparados desde las rocas, se oye una voz en castellano que llama al jefe de la posición. No puede el sargento moverse de la cama y entre dos soldados le llevan al parapeto.

—¿Quéquieres?—le interroga en un esfuerzo.

—Soy cabo de las Navas—contesta—con orden del jefe del Sector para entrar en el blocao y como no tienen clave, hablar con el cabo de Harcha, que es

valenciano, para recibir los partes y que los moros no se enteren de ellos. No dispare y déjeme entrar, que ya le daré más explicaciones.

Todo lo expuesto por el que decía ser cabo, hubiera estado muy bien de no oírse perfectamente las voces de los moros que, probablemente le obligaban o cuando menos apuntaban, lo que debía de decir. Por casualidad la noche no era muy obscura y podían distinguirse los bultos a unos metros más allá de las alambradas y el sargento, pensando lo más cuerdo en tales casos, le invita a que adelante sólo hasta la puerta, en la seguridad de que si viene alguno con él le hará fuego.

—Es que me acompañan dos o tres moros amigos—dice—después de unos minutos de vacilaciones.

—Pues entonces vete pronto, porque aquí no has de entrar ni tú ni los moros.

Todavía no había acabado de hablar el sargento, y una descarga atronaba aquellas soledades. Pero estaban muy acostumbrados a ellas los heroicos defensores de Tikun, para no alarmarse, y como tenían preparados los mejores tiradores desde el momento de oír la voz del cabo, si es que lo era, el español que había hablado, contestan al fuego, también con descargas, mientras Sánchez Vivancos, procurando sostenerse entre los dos soldados que le transportan al interior del blocao, pensaba en su fin próximo, y que no tardarían muchos días, horas quizás, en morir él y que los soldados abandonasen el blocao, a la ventura, si es que podían burlar la vigilancia enemiga, o para caer en manos de los sanguinarios moros que, contrariados por la tenaz defensa y por las muchas bajas sufridas, les harían objeto de su saña y fiera venganza; y esto le entristecía todavía más que sus propios males.

## Segundo mes de asedio

**E**S verdaderamente triste y desolador el aspecto de aquellos valientes muchachos, cuyas caras no parecen de seres vivos, sino de espectros que se mueven a impulsos del último esfuerzo. Se hallan en extremo agotados. Las privaciones y el insomnio les debilitan por momentos. Ocho días están sin probar bocado y cuatro bebiendo orines. El sargento, por milagro inconcebible, no ha expirado. Tendido en la cama como un muerto, mira a sus pobres soldados para hablarles, y cuando parece va a decirles algo: que le abandonen, que se salven aun entregándose al enemigo, se paralizan sus labios y les sonríe, con sonrisa que más bien es una mueca de la muerte.

De vez en cuando se oyen las descargas de los moros y también de vez en vez, el ruido inconfundible al caer uno de los heróicos defensores, desmayado, junto al parapeto.

—¿Qué es eso? —pregunta con apagada voz.

—Nada, —le contestan invariablemente—no es nada.

La situación es apuradísima; el periodo de mayor gravedad, desde el primer día de asedio. Sin comer podían pasar; sin agua, era imposible resistir.

De madrugada, a la venida del día, único momento en que estaban algo tranquilos, preocupados los muchachos con la gravedad de su jefe, hablan junto al parapeto mientras dirigen miradas al interior del blocao, comentando el proximo fin del sargento.

Entre los que allí se hallan reunidos, había uno que opinaba que aquella misma noche expiraba irremisiblemente y que antes de llegar ese momento, era preciso salir del blocao, fuese como fuese, para intentar el aprovisionamiento de recursos de la vecina posición de Harcha, donde los había.

Pero Sánchez Vivancos, que oía y más adivinaba con el pensamiento algo de lo que trataban, les llamó junto a su cama hablándole de esta manera:

—Decidme con toda franqueza —les interroga— vuestro parecer acerca del estado en que os encontráis y del tiempo que puede durar la defensa. Habladme con toda claridad y no me ocultéis vuestros más íntimos pensamientos para que yo determine en tan solemne instante. De mi no os preocupeis; mi estado, ya lo estais viendo y supondreis el desenlace. De vosotros, pues, hemos de ocuparnos.

Grandes esfuerzos hacían aquellos muchachos para ocultar las lágrimas al oír expresarse en tales términos a su jefe. Pero Sánchez Vivancos disponía de dos soldados que eran los puntales más sólidos de la guarnición, el soldado de primera Gabriel González y el de segunda Juan Martínez García. El primero, representaba el valor temerario, el arrojo lleno de coraje que arrebataba contagiando a sus compañeros del mismo ardor bélico. El segundo era el valor sereno, frío, calculado, comprensivo, sin arrebatos ni precipitaciones que obraba con entera cordura en los momentos de mayor peligro.

Y el caso es que pertenecían ambos muchachos a las clases más humildes de la sociedad. El Gabriel González, era obrero agrícola, y el Juan Martínez, pastor de ovejas que toda su vida de muchacho la había pasado en el campo pastoreando ganado lanar.

Por eso, gracias a ellos, cuándo alguno titubeaba un poco al ver al sargento morirse y creer que al faltarles caerían en poder de los moros, el González les increpaba indignado y el Martínez García conseguía de ellos, con atinadas reflexiones, atraerlos a las realidades del momento despertándoles el espíritu patriótico y el egoísmo para defender la vida.

Por eso en tales momentos, contestó así a las observaciones del sargento:

—Mi sargento, se han terminado los víveres y el agua. Llevamos varios días sin comer ni beber una gota; creo que sin comer hubiésemos resistido diez días, quince, ¿qué sé yo?; pero sin agua es imposible continuar. Yo he pensado que debemos salir tres de los compañeros e intentar ir a Harcha para traer medicinas, víveres y agua, si es que tenemos la suerte de llegar. Si no nos arriesgamos a algo, pereceremos todos aquí, usted el primero, y por usted daremos gustosos la vida y algo más si posible fuese. Porque el tiempo que ha transcurrido sin recibir provisiones, demuestra los grandes inconvenientes que para ello hay, y no debemos confiar en ninguna clase de auxilios que no sean los que nosotros mismos nos proporcionemos.

No pareció mal a los demás soldados lo expuesto por su compañero y en aquel mismo momento acuerdan la salida; pero una circunstancia inesperada, impide la realización del plan. A las tres de la tarde oyen voces, en castellano, llamando al jefe de la po-

sición, por su nombre y apellidos. Sánchez Vivancos que se encuentra postrado en el lecho, no puede salir al parapeto, y manda al soldado de primera, para que se entere de lo que ocurre, resultando ser el que llamaba, un cabo del mismo batallón que los del blocao, al que todos conocen. Se halla a unos cincuenta metros y pide acercarse y que no disparen, pues ya le han atravesado el pantalón de un balazo. Le dejan aproximar, y al llegar junto a la alambrada, le invitan a que pase dentro del blocao; pero no accede sino es a condición de volver a salir, a lo que se niega el sargento, a quien van comunicando los sucesos.

En vista de la negativa, dice que le envían los moros para que se entregue la guarnición, la cual será respetada, y que inmediatamente, les darán agua y víveres. Que responde de que les tratarán muy bien, pues él está prisionero con ochenta más, y les tienen toda clase de consideraciones. Y expone, por último, que se aproximará el jefe de la cábila que está con los demás moros, esperando entre las rocas, y concertarán las condiciones de rendición.

No deja Sánchez Vivancos, al soldado emisario, que termine de comunicarle tales noticias, indignado, le interrumpe con gesto amenazador:

—Ve pronto y dile al cabo, que ponga en conocimiento de los moros, nuestra última decisión. Dile que este blocao no se entregará nunca. Que tenemos agua y víveres en abundancia, pero aunque nos faltasen, moriríamos todos de hambre y de sed antes que recibir auxilio de ellos.

Asombrados quedan los moros al conocer la enérgica contestación del sargento y, contrariados por no conseguir sus propósitos, atacan con mayor intensidad la posición.

El agotamiento físico de los bravos soldados, tocaba a su fin. La sed les producía accesos de locura; el hambre, constantes desvanecimientos que ponían en peligro la defensa; más la Providencia que velaba por ellos, les envía un pequeño aguacero para aplacar la sed, y con él una densa niebla que cubre valles y montañas, impidiendo ver a más de dos metros de distancia. Era el momento oportuno, y acuerdan salir el soldado de primera Gabriel González y dos más.

No disponían de clave y para saber, de algún modo, la llegada, si es que no le era adversa la suerte, convienen en que al entrar en la posición, llame el sargento de Harcha como tenía costumbre de hacerlo cuando comunicaba algo a la posición, pronunciando la palabra «Gabriel» que era el nombre de uno de los expedicionarios.

Para que en Harcha tengan conocimiento de la salida, les gritan que escriban las sílabas sueltas de cada una de las palabras que quieren comunicar, y se despiden del sargento en la creencia de que morirán en el camino. Pero, nadie se inmuta ni pronuncia palabra que demuestre debilidad ni temor alguno. Prometen volver todos o morir todos en la demanda, y aún tiene Sánchez Vivancos aientos para disuadirlos y que esperen unos días más aunque él no alcance a vivir hasta ese momento.

No le contestan porque no aciertan a articular palabra, y antes que les vea su jefe llorar, salen silenciosos del blocao por un agujero abierto junto al suelo, en el parapeto de la parte Sur que era la contraria a la que estaban los centinelas enemigos. Dan la vuelta para orientarse hacia el Norte y como han de pasar forzosamente por las inmediaciones del macizo rocoso, refugio de los moros cercadores del blocao, marchan

sin ruido, con el machete calado y agachados a pesar de la negra y densa niebla que les envuelve como amorosa madre.

Pero sólo han contado con su férrea voluntad, sin tener en cuenta su aniquilamiento, y sobre todo, el entumecimiento de sus músculos paralizados por las diarias e inacabables defensas tras el parapeto, de pie, sin movimiento alguno, disparando o en acecho por las noches para impedir el asalto. No tienen esto en cuenta, decimos, y cuando llevan escasamente recorridos unos trescientos metros, se desmaya uno de ellos, que es auxiliado inmediatamente por sus compañeros.

Siguen y a poco, cae otro de aquellos bravos soldados. Mas no por eso sienten arrepentimiento de su heroica decisión; a pesar de repetirse en los tres constantemente los desvanecimientos, no se separan ni pronuncian palabra, temerosos de ser descubiertos por el enemigo.

De este modo llegan a la posición de Harcha y cuando creen haber terminado su penoso camino, oyen junto a ellos voces quedas, inconfundibles, que no entienden, pero que no les deja lugar a dudas: son los moros que cercan a Harcha. Sin hablar, más bien por instinto que pensando lo que hacen, retroceden cogidos de las manos, y dando un pequeño rodeo, se acercan por la izquierda a la posición.

—Sargento Tours —llama en voz baja junto a la alambrada.

—Ya están aquí,—se oye decir a un centinela—ya están aquí los de Tikun.

Y entran abrazados a sus compañeros, los también heroicos defensores de Harcha.

—¿Y Sánchez Vivancos?—Pregunta afanoso el sargento Tours.—¿Cómo tiene la herida?

—Se nos muere, mi sargento, se nos muere muy pronto.—Contesta el soldado de primera Gabriel González, jefe de la expedición. Creo que si podemos regresar no le encontraremos vivo. La herida le apesta. No tenemos con qué curarle ni nada para darle alimento, el pus que hemos observado en el brazo, debe ser de la gangrena. Por eso hemos venido, arriesgando nuestras vidas, para ver si conseguimos medicinas y un poco de alimento. Hasta aquí, le vendamos con trozos de sábana, sucios y mugrientos, y queremos llevarle lo que haya para ver el modo de salvarle aunque nos expongamos una y mil veces.

—Pues manos a la obra. Lo primero, es que vosotros, comais,—dice el sargento Tours mientras prepara chorizos, quesos y galletas, porque en Harcha podía arrojar víveres la Aviación.

\* \* \*

Más de hora y media habían tardado en llegar a Harcha los tres valerosos soldados. La impaciencia de Sánchez Vivancos no tenía límites; constantemente preguntaba si decían algo de la posición inmediata, y el ansiado aviso no se recibía nunca. Por fin se oye la voz del sargento Tours pronunciar clara y distintamente «Gabriel», que era la señal convenida.

—Gracias, Dios mío,—exclama el sargento; y aunque una lágrima quiere delatar su excitadísimo estado, mira a los soldados, alborozados, que le hablan con la esperanza de tener pronto medicinas y alimento para su querido jefe en el que piensan más que en ellos mismos, y haciendo un poderoso esfuerzo, la contiene cuando, ya temblorosa y titilante, asoma a sus vidriosos y debilitados ojos.

¡Cuanta abnegación la de aquellos soldados.

Cuanto valor y heroismo, cuanto sacrificio y cuanto patriotismo la de aquél puñado de valientes, que, casi sin cultura, criados la mayor parte en el campo, tienen tan elevado concepto del honor con sólo ver el brillante ejemplo de su joven jefe, también de la clase humilde, pero de tan noble y arraigado patriotismo, que, sin comunicación con la plaza, abandonado a su propio esfuerzo, herido gravísimo, sin medicinas ni alimentos aún sabía sostener el espíritu de sus soldados que, ni en los momentos más difíciles, habían pensado en entregarse!

Pero, todo lo consideraba inútil si él moría; y queriendo que conservaran esperanzas salvadoras, aplazaba para el último momento, darles sus postreros consejos antes de entregar su alma a Dios. Hasta entonces, habían sido respetadas sus órdenes porque tenían en él fe ciega; al quedarse solos, temía por lo que pudiese suceder.

Constantemente preguntaba, desde la cama, por el detalle más insignificante y aquél día estaba preocupadísimo con la salida de los tres soldados. Las horas transcurrían y el regreso se retrasaba porque la niebla, arrastrada por el viento, dejaba el campo al descubierto, y el sol que otras veces tanto deseaban, frustraba los planes, con tanta fe realizados en su mitad.

Llegó la entrada de la noche y la ansiedad y la incertidumbre le mortificaban horriblemente. A cada momento llamaba para saber si algún ruido anunciaba la proximidad de los pobres muchachos; y no se oía nada. Tampoco se atrevía a preguntar a la otra posición, por no despertar sospechas en el enemigo, que incesantemente acechaba.

Pero, cuando mayor era su angustia, cuando la noche había cerrado y su desesperación no le dejaba

quietud alguna, la voz de los de Harcha paralizó, por un momento, los latidos de su corazón. No decían nada porque en su atolondramiento para salir, olvidaron este detalle. Sin embargo suponían que aquellas voces que no decían nada concreto, eran la señal del regreso hacia el blocao, y temblaba como un niño.

¡Qué cruel ansiedad la de los que esperan! El sargento sufre un pequeño desvanecimiento que los soldados creen el último, y acuden solícitos, en su ayuda; pero se rehace pronto, y manda que estén todos en el parapeto para proteger la llegada de los compañeros.

Son momentos de incertidumbre, momentos de terror como nunca habían sentido, y se mueven de un lado a otro sin saber lo que hacen. Se asoman por encima del parapeto y no ven sino las sombras de la noche. Preparan los fusiles y las granadas de mano y no tienen a qué tirar. Pero rompe el espantoso silencio un grito, y se oye un tiro y después una descarga; y este tiro y esta descarga no es a la posición. Han sido descubiertos. Todos hablan y corren. No saben lo que hacer. El sargento llama y no lo atienden. Se incorpora en la cama y tampoco consigue que entre ninguno. En un supremo esfuerzo se levanta y sale tambaleándose; al verle los soldados, pálido y agitado, acercarse a ellos, acuden presurosos a sostenerlo.

—Desgraciados,—les dice—vosotros mismos vais a perderles. Haced fuego hacia la puerta de la alambrada para que ellos entren por el agujero del lado contrario.

Y de nuevo le cojen en brazos para llevarle a la cama.

El fuego arrecia. Los tiros suenan junto a la posición, y en unos instantes de angustia en que sólo se oyen los disparos de los moros, entran los tres subli-

mes muchachos, llorando de alegría, con tres gallinas, latas de leche, chorizos, queso y galletas; y a más de todo esto, una botella con yodo y paquetes de algodones y gasas.

El momento es emocionante y solemne. Uno a uno van llegando y de rodillas besan la mano, la única pero gloriosa mano del sargento. Este no habla, no puede hablar porque un apretado nudo le opriime la garganta y de sus ojos brillantes por la calentura, salen abundantes lágrimas que por las ardorosas mejillas van rodando a la almohada sucia, negra y pestosa.

Se hace el reparto de provisiones y no espera Sánchez Vivancos, otra cosa, que tener a su alcance las medicinas, con tanto sacrificio llevadas. Se quita el vendaje y al observar la materia purulenta que ya le había llenado de alarma supone, quizá con acierto, que son los primeros síntomas de la gangrena y manda a un soldado le lleve el hacha de la cocina, y apoyando la muñeca sobre una de las tablas de la cama, le ordena cortar de un sólo golpe, los tendones y trozos de carne en estado de putrefacción.

No le obedece, asustado ante tal medida, y entonces el sargento, pálido, demacrado, tembloroso por la larga vigilia y la pérdida de sangre, le quita el hacha, y de un sólo tajo, se separa la masa informe cuyo hedor insoportable no pueden resistir los soldados, y se vacía una buena parte de la botella de yodo sobre la sangrante herida...

A la mañana siguiente, da el parte a Harcha para que esta trasmita a Larache; parte que no varía nada del de los días anteriores: «Sin novedad en la posición».

\* \* \*

Repuestos los muchachos con las provisiones ad-

quiridas a tan alto precio, piensan poco en el enemigo que cada vez es rechazado con más serenidad e indiferencia, llegando a hacer la defensa con la costumbre del relevo de un guardia; pero los víveres son tan escasos, que tras la primera comida, se ponen de nuevo a cuarto de ración.

El día 8 por la tarde, aparece como a unos sesenta metros, un individuo con traje de soldado que llama a Sánchez Vivancos por su nombre. Se le previene que no puede acercarse, a pesar del uniforme, y dice es un sargento que está prisionero de los moros, que quiere hablar con el jefe de la posición, y que para ello desea pasar dentro del blocao.

Sale al parapeto Sánchez Vivancos que apenas puede tenerse en pie, y en efecto, le conoce como también le conocen todos los soldados de la guarnición. Le dice que se acerque y llega hasta unos quince metros de las alambradas; pero él insiste en pasar al blocao para hablar sólo con él. No lo consiente Sánchez Vivancos si no es a condición de no salir, y en vista de la negativa dice que le esperan los moros entre las rocas del macizo y que de no volver asesinarán a sus compañeros de cautiverio. Le advierte Sánchez Vivancos que explique pronto lo que quiere o que se vaya; y cuando comienza a hacerle las mismas proposiciones que el cabo, le manda retirar y agarrándose con la escuálida mano al parapeto, le escupe más que dice las siguientes y últimas palabras:

—Anda pronto y dí a los moros que he dicho yo que son unos cobardes; que mientras haya un soldado vivo, no se entrega este blocao, y que si envian otro emisario, aunque sea de los nuestros, mandaré hacer fuego sobre él.

Quiere hablar nuevamente aquel desdichado,

pero el jefe de la guarnición no le deja y cree prudente dar por terminada la conversación, porque no abrigen esperanza sus soldados de recobrar la libertad, aunque relativa, al ver uno de sus superiores con el enemigo, diciendo que está muy bien tratado.

Se marcha el sargento emisario, y allí mismo habla el jefe a los suyos.

—No creais lo que dicen esos desgraciados. Los prisioneros son constantemente humillados por los moros haciendoles trabajar a pan y agua para que, malamente puedan vivir. Además, es una vergüenza mostrar debilidad. Muchas privaciones estamos pasando, es cierto, pero ya me veis a mí que me alegra ser el más infeliz de todos por mi herida y haber perdido la mano derecha; pero habeis de saber, que si posible fuera y me la ofrecieran los moros a cambio del blocao, no la aceptaría y aún perdería la otra, gustoso, antes que entregarme. ¿Hay alguno que piense lo contrario?

Todos contestan que están dispuestos a morir con él. Pero es que veían a su jefe tan inflamado de entusiasmo patriótico, que, como siempre, quedaban subyugados y contagiados de él.

Llegó la noche y con ella la venganza de los contrariados moros. A las ocho, hora que siempre escogían, quizá porque era cuando llegaban los refuerzos, comienza el ataque, seguramente el más importante e intenso de todos. A los primeros disparos, corren a las alambradas cortando los alambres y arrancando los palos de la puerta decididos a asaltar de una vez el blocao. Más como ya lo suponía, esperaban todos preparados en las aspilleras, y con descargas cerradas y bombas de mano que arroja el soldado de primera y el de Intendencia que por haber sido pastor lo hacía con

gran acierto, sigue el fuego hasta la madrugada, quedando el campo lleno de cadáveres.

El día 10 es de gran alegría para la heroica guarnición. A las diez de la mañana se recibe el siguiente parte del jefe del batallón de Chiclana al cual pertenecían los bravos soldados:

«Jefe fuerzas Chiclana a jefe posición».

«Reciba, en nombre jefe accidental y en el mío, la más entusiasta felicitación por excelente espíritu demostrado por esa guarnición defensa que hace ese blocao, confiando que será relevada en breve. La Aviación arrojará víveres y agua».

Y con gran alegría ven llegar dos aeroplanos que dejan caer sacos, pero a tal distancia, que no pueden recojer por no exponerse a una temeraria salida. En vista del numeroso enemigo que acecha, esperan la noche sin conseguir llevar uno tan solo al blocao.

Pero, a pesar de tener a la vista los sacos y el estómago vacío, no desmayan un momento esperanzados con las noticias del telegrama. Ya no están desamparados; saben en la plaza que existen y es de suponer que no tarden mucho en intentar su liberación o cuando menos el abastecimiento con más fortuna.

Los días transcurren sin que vuelvan los aeroplanos. Se han terminado los víveres y en vista de la angustiosa situación y el éxito obtenido con la salida a Harcha, vuelven a ir tres de los más decididos; pero por la noche, avisando de la misma manera que la vez anterior, y arrastrándose junto a los centinelas enemigos, consiguen llevar algunas raciones para sus compañeros después de hartarse ellos antes de salir de la posición vecina.

El sargento ha mejorado notablemente con la alimentación y cura hecha tan pronta y rápidamente,

Por las mañanas y algunas tardes sale al parapeto descansando a los centinelas, con el fusil metido en la aspillera y en acecho como cuando cazaba en las sierrillas de su pueblo, las perdices en el puesto. Para él era una distracción esperar que algún moro pasase, confiado, de una roca a otra y disparar haciendo blanco. Más de uno había visto rodar muerto o herido. Cuando caía alguno, llamaba al soldado más próximo, y apuntando con el fusil decíale sonriente.

—Mira, aquél moro ya no nos molestará. Mírale tendido, le acabo de matar.

El dia 16 aparecen tres aeroplanos que causan gran alegría en la guarnición. Se aproximan, y mientras uno arroja bombas dando vueltas en semicírculos que cierra cada vez más, los otros dos echan sacos con abundantes provisiones. Mas como la vez anterior habían esperado la noche sin conseguir nada, ahora dispone la salida de dos soldados y la colocación de todos los demás en el parapeto abriendo fuego contra los moros que les disputan los sacos, para evitar la puntería fija sobre los valientes soldados que salen a recogerlos.

Es un momento emocionante por el júbilo que despierta en todos los muchachos las carreras de los que van y vienen con el saco arrastrando por el suelo dando vivas a la Aviación y a España mientras los meten dentro del blocao.

Todos los días y todas las noches hacen fuego contra la posición. No les dejan descansar. El enemigo cree que, al fin habrán de rendirse y estrechan el cerco aproximándose a las alambradas todas las noches para no dejarles dormir, pero no por eso se acobardan ni se preocupan por su suerte. La mayor preocupación para ellos, era la herida del sargento y ésta, con la de-

terminación heroica de amputarse la mano, hizo desaparecer la gravedad. En cuanto al aprovisionamiento, en vista del mal tiempo que imposibilita el abastecimiento por la Aviación, recurren a las salidas que aunque pocas y con grandes precauciones, tienen la suerte de hacerlas con fortuna y provecho.





### Tercer mes de asedio

---

EN los primeros días de Diciembre, comienzan a hacerse difíciles las salidas, para proveerse de algunos víveres. Recelosos los moros al ver que se sostienen cuando esperaban la entrega de la guarnición de un momento a otro, extremaban la vigilancia esperanzados en verles pronto pedir clemencia. Las últimas raciones las dividen en partes insignificantes que no llegan a calmar el hambre. Pero, cuando más angustiados están, como en ocasiones anteriores, un telegrama viene a darles nuevas esperanzas para seguir resistiendo.

El telegrama era del teniente de Intervenciones don Felipe Sanféliz, hombre que desde los primeros días del asedio se interesó más que los mismos jefes de aquellos heroicos defensores que tenían sobrados motivos para haberse entregado sin pérdida del honor, toda vez que no les pueden atender ni aun ocuparse de ellos para animarles a la resistencia. Quizá esto era mejor porque a nadie culpan directamente de su abandono. Sánchez Vivancos todo lo fundamenta y estaba en lo cierto, en que la imposibilidad consistía en la ocupación de las columnas socorriendo otras posiciones, de más importancia en el repliegue de las posiciones. Sabía que en el macizo de Beni-Gorfet, habían caido en poder del enemigo tres de las que se hallaban cerca de la suya, y que en otros sectores

como el de Messerah, existían de quince a veinte en verdadero peligro, según deducía por el ruido de los cañonazos que hasta ellos llegaba diariamente. Esto le hacía suponer la necesidad de mantenerse en su puesto restando enemigo a las otras posiciones, incluso a las de su mismo sector. Por tales deducciones, estaba decidido a no retirarse de la suya a pesar de haber recibido órdenes a viva voz, por supuesto, que era el único medio de comunicación, de consumir las municiones y retirarse con los suyos a la posición vecina por ser la más cercana y abastecida fácilmente por la Aviación.

Pero Sánchez Vivancos no podía presentar en su día las pruebas materiales de tales órdenes, y ante la duda de un acto de cobardía, estaba decidido a morir de hambre con todos los suyos. Esta resolución la había comunicado a los soldados y en una ocasión en la que, deprimido el espíritu de los de la guarnición mostraron deseos de marcharse en vista de la imposibilidad material de continuar la defensa por hallarse todos extenuados por el hambre y las privaciones, les propuso, para probar si era cierto el respeto y cariño que le demostraban, se fuesen a Harcha, pero dejándole un arma y un cartucho para que el enemigo sólo se aprovechase del fusil.

Al oír los soldados la determinación de su jefe, y darse cuenta de sus intenciones, todos se arrojan sobre él, abrazándole con lágrimas en los ojos, y prometiéndo no volver a hablar de abandonar jamás la posición aunque pereciesen todos de hambre.

Esto era lo que buscaba el sargento heroico; en los momentos de mayor gravedad, incluso cuando la herida, hallaba siempre recursos para no dejar decaer el espíritu de sus soldados, cuyas vidas pro-

curaba conservar, pero nunca a cambio del honor.

En estas circunstancias se hallaban el día primero de Diciembre, cuando recibieron el telegrama del teniente Sanfélix notificándole que por la noche llegarían dos moros amigos con víveres y que la contraseña sería su apellido. Pero aquella noche no aparece nadie y al ser de día se retiran del parapeto con las esperanzas perdidas. Aguardan la noche siguiente, y tampoco se ve ningún moro. Despues supieron que habían sido muertos por los que cercaban Tikun. Entonces se brinda uno de los soldados a ir sólo al zoco El Sebt por víveres, pero consultado con el teniente de Intervenciones, no lo autoriza porque cree segura su muerte sin resultado práctico para la consecución del objeto. Este soldado era Juan Martínez García, de Intendencia.

Transcurren los días pesados y monótonos, arrancando los moros en sus constantes ataques. Los víveres se han agotado totalmente sin quedarles unas migajas de galleta para saciar el hambre. Piensan en las arriesgadas salidas, y al intentarlo en una de las esperadas noches en que nadie puede conciliar, ni por un momento, el sueño, son descubiertos por el enemigo que tenía ocultos centinelas en la parte donde se halla la salida. Sus ilusiones quedan desvanecidas.

No obstante, el jefe les hace promesas que no sabe si tendrán probable realización, con objeto de no perder las esperanzas de auxilio, y de nuevo un telegrama del general de la zona de Larache, del ilustre general Riquelme, condecorado por el Gobierno francés, en premio a sus importantísimos servicios, trae la alegría a los valientes defensores de Tikun cuando,

hambrientos y extenuados, caen desmayados junto al parapeto.

El telegrama decía así:

«General Zona a jefe posición».

«No ignoro situación actual en que se encuentra esa valiente guarnición que saludo con afecto felicitando por su heroica defensa que hace fracasar planes enemigos.

«Interin reuno fuerzas numerosas que pronto subirán ese macizo libertar todas las posiciones, soy orden al servicio Aviación para que intensifique aprovisionamiento víveres arrojándolos Harcha destinados esa posición a fin de alargar su heroica defensa».

De gran alegría sirvió la lectura del telegrama a pesar de decir que iban destinados los víveres a Harcha donde ya sabían que no habían de llegar; pero con haber recibido noticias del General, sentían profunda satisfacción abrigando, de nuevo, grandes esperanzas.

Ya hemos dicho la total carestía de toda clase de alimento, y a esto había que agregar la falta de ropa en el mes de Diciembre, contando con que la que tenían estaba completamente destrozada, sobre todo el calzado que para nada les sirve, viéndose obligados a envolverse los pies con trozos de las rotas mantas y a recibir el agua, cuando llovía, entonces con harta frecuencia, como a campo raso, por hallarse agujereada por las balas enemigas, la cubierta del blocao

Era el 16 el día que recibieron el telegrama del general Riquelme. Ellos no lo sabían. Sin almanaque y sin otra preocupación que la defensa y la llegada de las fuerzas libertadoras, habían perdido la noción del tiempo. Pero al siguiente, fecha memorable, tanto como la de su liberación, sí se dieron cuenta de en qué día del mes se encontraban.

A las diez aproximadamente de la mañana, ruido de potentes motores estremece de alegría a todos los soldados de la guarnición: son tres grandes aeroplanos que se acercan al blocao. De Larache, o por lo menos de Harcha, les han comunicado que arrojarían los víveres en aquella posición, pero ellos ven acercarse a Tikun los tres hermosos aparatos. Se aproximan más y más y descienden sin temor a las descargas del enemigo que, parapetados entre las rocas, y dominando desde altura, puede hacer blanco en los arrojados aviadores. Dan vueltas a menos de diez metros de la cúpula del blocao y aún descienden más para dejar caer los sacos muy cerca de ellos; algunos en las mismas alambradas.

Aquello es la vida para los valientes soldados de Tikun. Ya puede el enemigo disparar como quiera, pues los sacos han de entrar en la posición contra todos los moros juntos: ante el entusiasmo de los muchachos, no hay nada que se oponga. Gritan poseidos de loca alegría saludando a los bravos aviadores y los aviadores sacan el cuerpo fuera de la cabina para saludarles también admirados y contagiados del mismo patriótico entusiasmo mientras que el primera se sube a la cúpula del blocao desafiando temerariamente al peligro.

Recogen veintiseis sacos y en uno de ellos la arenga más simpática que haya podido escribirse para los soldados de todos los siglos. Decía así:

«¡Bravos defensores de Tikun! Vuestros hermanos aviadores os admirán. Ningún ejemplo de heroísmo como el vuestro. Resistir unos días más, y podréis recibir el tributo de admiración de España entera. El día de vuestra liberación se acerca y para ayudaros a resistir, contad con el esfuerzo de la aviación española».

*J Viva España!*

17 de Diciembre. El observador del Napier 63.

Al tomarlo entre sus manos Sánchez Vivancos, y comenzar la lectura en voz baja, le ven palidecer y apoyarse en el parepoto. Siente intenso desfallecimiento y mortal angustia invade todo su ser, creyendo morir. Los soldados que han observado estas transformaciones, creen en alguna noticia mala de su familia, y corren, presurosos, preguntándole el motivo de su estado. Pero el sargento no contesta, no puede articular palabra hasta que pasados unos minutos, da comienzo a la lectura de aquel memorable escrito.

¡Qué emoción tan intensa sufren todos! En vez de hablar gritan; saltan como niños que reciben el ansiado juguete de las maternales manos. No saben por qué; pero no cesan en sus gritos, hasta la llamada de los de Harcha que, alarmados, preguntan el motivo del escándalo, no dándose cuenta ni aun de las abundantes provisiones arrojadas en tan crítica situación.

Es, según dice el propio Sánchez Vivancos, la emoción más fuerte de su vida y cree firmemente, que si no murió cuando la herida debió morir aquella mañana.

El día 18, con motivo de la bravura demostrada para recoger los sacos, el jefe del sector que se hallaba en Aulef punto desde donde se veía, no el blocao, sino la alambrada en que caían los sacos, pone el siguiente parte a Harcha para que ésta lo transmita, a voces, a Tikun.

«Jefe sector a Jefe posición Tikun».

«Veo con admiración arrojo y valentía ese puesto al recoger víveres echados por Aviación».

Y otro del general jefe de la zona de Larache redactado en estos términos.

«General Zona a Jefe posición».

«Recibo su telegrama referente a abastecimiento Aviación, y le felicito nuevamente por arrojo y heroísmo esa guarnición que, dándose cuenta importancia su situación para futuras operaciones, sabe conservar integro patriotismo y levantado espíritu militar».

Ya estaban contentos los héroes de Tikun con saber que su general se acordaba de ellos; la llegada de las columnas no se haría esperar y pronto disfrutarían de libertad y sabrían de sus familias, de sus pobres madres que los lloraban seguramente considerándolos muertos.

La Aviación les echa abundantes provisiones. Aunque los moros tratan de impedirlo, nada se opone al arrojo de los bravos aviadores. ¡Cuanto heroísmo para salvar a los defensores de la posición peor situada de todas las de la zona occidental! Ya habían sido heridos varios aviadores y destrozados, por los moros, unos cuantos aparatos. Sin embargo, tan sólo podía impedir la llegada de los aeroplanos el mal tiempo. Era lo único que temían los soldados, ver el cielo anubarrado y oír el huracán que, a veces, parecía arrancar el blocao.

El día 23 se hallaban de muy buen humor. El sargento mejoraba por momentos. La herida presentaba buen aspecto, y las manchas negras que al principio creyeron de gangrena habían desaparecido permitiéndole alternar en el servicio y en las bromas como si no tuviese nada. Paseaban sus entumecidos miembros en un corto espacio donde proyectaba el sol sus templados rayos en los momentos en que las nubes abrían sus espesas y negruzcas cortinas para dejarle lucir aunque fuese por poco tiempo.

A las doce próximamente, una espesa niebla

oculta el sol y a poco les encierra en obscura bóveda que no les deja ver más allá de las alambradas. Siempre que esto ocurría extremaban la vigilancia por temor a las sorpresas del enemigo, y en la presente ocasión, igualmente lo hacen correspondiéndole prestar servicio a Juan Martínez García, que, como se ha dicho había sido pastor. Por esta circunstancia hubo de percatarse de un ruido característico que él conocía muy bien y que le hizo llamar a su jefe.

—Mi sargento,—le dice lleno de alegría—muy cerca de aquí hay cabras; vienen «pastando» y seguramente no llevan pastor. Déjeme que salga y le prometo traer alguna.

Pensó Sánchez Vivancos en lo que acababa de decirle el centinela, y, como las provisiones no eran muy abundantes y siempre temía al mal tiempo para la Aviación, se decide a dejar salir al pastor con dos más, previniéndoles el silencio más absoluto para la realización del plan que meditaba. Sabía que a cualquier ruido, los moros que estaban siempre a noventa metros del blocao, entre las rocas, acudirían pronto, en cuyo caso, el peligro de los que saliesen era gravísimo.

—No disparéis un solo tiro,—les advierte al salir—matad tres y traedlas en seguida.

Y salen decididos; pero la suerte es caprichosa, y así como habían sido afortunados en otras empresas, en la presente ocasión les volvió la espalda sencillamente con un poco de brisa que abre clara y con ella pone al descubierto a los muchachos cuando se hallan junto a las reses.

Y no fué esto sólo. Un moro, pastor o centinela, les descubre ya retirados del blocao y grita desafiadamente llamando a sus compañeros. Entonces se en-

tabla una lucha original. Los tres soldados, sin preocuparse de otra cosa que de las cabras, hacen horrible matanza. Los del blocao disparan sobre los moros y los cañones de Aulef, siempre preparados, al oír el tiroteo en la posición de Tikun enfilan sus bocas a las rocas y disparan rápidamente con perfecta puntería por la proximidad del punto donde están los moros y la posición donde se hallan los soldados.

Igualmente hacen fuego los de Harcha, y entre todos se oye un estruendo de gritos mezclados con las explosiones de las granadas y los tiros de fusil, que no se sabe en qué va a parar aquello.

Entre tanto los dos soldados corriendose de piedra en piedra, bajo el fuego de unos y otros y cayendo cerca los casquetes de las bombas, llevan reses a la posición hasta entrar una docena.

Por fin cesa la guarnición de disparar, porque los moros ya se han metido en sus escondrijos, e igualmente Harcha y Aulef que, extrañada esta última de que hayan atacado de dia, pues precisamente es cuando las dos posiciones les pueden prestar apoyo, pregunta por mediación de Harcha los motivos de aquél tiroteo y le contestan sencillamente que ha sido por haberle arrebatado a los moros unas cabras.

—Bravo muchachos,—les dice el sargento,—cuando están dentro del blocao. Sois unos buenos chicos, y os vais a comer la mejor parte.

La alegría era indescriptible. No habían probado la carne hacía cerca de tres meses y bailan alrededor de las reses muertas como si fuesen sagrados trofeos cogidos al enemigo.

Pero no había leña para los ricos trozos de carne puesta sobre las tablas de las camas, y el mismo ingenioso pastor, pensando que no podían estar allí mucho

tiempo y que le importaba poco dormir en el suelo, él que tantas veces había dormido a campo raso al abrigo de los cantiles de su tierra, coge una tabla de su cama, y rompiéndola en pequeños trozos, enciende lumbre y comienza a arrojar en ella la carne y a comersela ahumada y casi cruda.

Eran doce las cabras cogidas y con ellas celebran la Nochebuena. ¡Qué Nochebuena más triste y a la vez más solemne y simpática!.

\* \* \*

Con el estómago repleto, continuaba el buen humor. El día siguiente 25, Pascua de Navidad, se hallaba también en el parapeto de centinela el ingenioso soldado de Intendencia Juan Martínez, y al ver un moro completamente al descubierto, él que era buen tirador, quizá el mejor de todos porque en su vida de pastor había cazado mucho para vender la caza, en vez de matarle, se le ocurre la endiablada idea de llamarle. Entonces se da cuenta el moro y corre a oclitarse entre las rocas. Pero insiste el soldado en sus llamadas diciéndole que no hará fuego sobre él, toda vez que pudo matarle antes, sino que quiere hablarle.

A las voces, había acudido el sargento y todos los soldados del blocao. Inquierte aquél el motivo, y tras de explicarle la idea, termina asegurándole que van a hacer una verdadera ensalada si, como supone, le atienden los moros.

En efecto, sigue sus llamadas, y cuando de piedra en piedra se aproxima, el más resuelto, le dice sereno.

—Se nos han terminado las municiones y los víveres y queremos entregarnos. Avisa a tus compañeros que vengan y os daremos los fusiles para que nos dejéis salir.

Tanto tiempo esperan los moros aquella determinación, que no piensan en estratagema alguna, y decididos, salen de las rocas uno y otro y otro, muchos más de lo que podía suponer el sargento, hasta el extremo de sentirse arrepentido de la broma. Pero el de Intendencia que no pierde la serenidad, al ver también que son muchos y todos armados, les dice que con fusiles, no, y ve como deja uno el arma en el suelo, interin los otros quedan esperando a la distancia aproximada de cuarenta metros, y se acerca a la puerta de las alambradas.

Entre tanto Sánchez Vivancos reúne todos los soldados, y poniéndolos con los fusiles en las aspilleras, pero sin dejarlos ver por fuera, aguarda el momento crítico de hallarse todos al descubierto, y a una seña suya, disparan a la vez, matando seis u ocho primero y diez o doce después al tratar de refugiarse en el más que celebérrimo macizo rocoso.

Fueron pocos minutos de lucha porque huyeron a la primera descarga; mas situados ya en sus trincheras, no cesan de tirar en todo el día, y a la noche les insultan desde las piedras más próximas con amenazas y denuetos que, a veces, entienden y otras deducen por el tono en que son pronunciadas. Pero cesa la algarabía, y se oye una voz de niño que habla perfectamente el castellano.

—Sargento,—le dice desde muy cerca de la alambrada, tras una piedra de las muchas que había alrededor del blocao—mañana noche vendrá toda la cábilia con bombas de mano, va a tomar el blocao como tomaron Harcha. (En el año 1922 fué tomada la vecina posición de Harcha por los moros) y moriréis todos si no os entregais pronto.

Antes de terminar de hablar el muchacho, tenía

una granada el soldado de primera Gabriel González, y encendiendo la mecha, la arroja hacia el punto donde se oye la voz del morito, diciendo al mismo tiempo:

—Pues toma este encargo por si no nos vemos mañana.

Rieron los soldados la ocurrencia del González, y tras de la explosión, vuelven a gritar y hacer fuego que no termina en toda la noche.

No era solamente aquel moro joven el que hablaba castellano. De vez en cuando se oían veces invitando a los de la guarnición a entregarse. Hubo uno, que antes de la rebelión, en el mismo mes de Septiembre, les llevaba la carne y aún la correspondencia, y en las primeras noches de asedio, les gritaba constantemente: «Sargento, ahora no llevar *papela*»; y al terminar la última palabra, hacía fuego. Este moro, como se verá, fué atravesado de un balazo y el día de la liberación, le vieron todavía convaleciente entre sus compañeros de Lahara. Otros le gritaban: «Vosotros entregar fusila y llevarlos a Larache». Pero en ninguna ocasión permitió Sánchez Vivancos que les contestasen ni aún a los insultos más groseros. Les contestaban, sí, con disparos hacia donde oían las voces, y los moros con más rabia atacaban y más bajas sufrián.



#### Cuarto mes de asedio

**E**l día 1.<sup>o</sup> de Enero de 1925, continuaban asediados bajo el fuego tenaz del enemigo, los bravos defensores de Tikun, como puede verse por el siguiente telegrama, transmitido a viva voz desde Harcha:

«Jefe sector a jefe posición».

«Felicito a V. y personal guarnición por brillante cooperación al servicio de abastecimiento. Con gran satisfacción vemos salir a recoger sacos a pesar del fuego enemigo».

Ya estaban en constante comunicación con Larache, y las columnas de los coronel González y González, Boloix y González Carrasco, andaban al pie del macizo de Beni-Gorfet estableciendo las nuevas posiciones de la línea llamada «Primo de Rivera». Línea cuyo primer trazado iba por Harcha y Tikun y que hubo que rectificar al pasar de los planos y croquis al terreno y ver la absoluta imposibilidad de llevar fuerzas a semejantes breñas y cantiles.

Por entonces fué cuando, quizá enterado por primera vez el insigne caudillo, puesto que no era suya la organización anterior del sistema de posiciones, se dió cuenta del abnegado comportamiento de aquella guarnición y del heroísmo de su jefe, sugiriéndole el hermoso y brillante artículo publicado en el «Norte de África» copiado por toda la prensa de Madrid y parte de la de provincias.

Decía así:

«Me he tenido siempre por un enamorado de la raza hispana; pero, después de haber gobernado el pueblo padre de ella, he pasado del enamoramiento a la admiración.

«El soldado prisionero que goza de libertad para ir al campamento propio a recoger víveres para sus camaradas y vuelve voluntariamente al cautiverio, lleno de privaciones porque así lo exige su honor y el bien de sus compañeros; *el comandante de una pequeña posición que lleva setenta días de defensa y que después de hacer que los soldados le amputen una mano con un hacha expide un parte, por destellos luminosos, diciendo, «Sin novedad en la posición»;* el médico que, seguro de ser prisionero, como efectivamente ocurrió, no abandona al soldado a quien está curando; los jefes y oficiales que, excedentes por las nuevas plantillas, deben regresar a España y piden seguir en sus columnas hasta el final de las operaciones; los dos sargentos de los camiones blindados; el cabo de Kaláa; el camillero de Kesil; el sinnúmero de jefes y oficiales que heridos continúan el combate o que antes de ser dados de alta en los hospitales los abandonan para volver al campo; los aviadores que entran con sus aparatos por los barrancos para abastecer las posiciones y son heridos y siguen volando impávidos, perdiendo sangre sin que ni siquiera se entere el compañero de vuelo; la madre que, ignorando la suerte de su hijo, en algunas ocasiones cumplido el tiempo de servicio, lleva resignada y silenciosa su inquietud; Juan Español, en fin, que conserva recia fe en los patrios destinos, aún después de medio siglo de adversidades y torpezas; el emigrado que en lejanas tierras pide ahora anhelante a la Patria noticias de la campaña porque

se resiste a creer los desastres que la inventiva de la Prensa o la exageración tendenciosa y antipatriótica hace correr por los cables; todos, hembras y varones, prueban a diario la excelsitud y fortaleza de la vieja raza hispana, porque nada significa en contra el centenar de derrotistas, escépticos, desfallecidos, intrigantes y desmembradores que, con trabajos en la sombra o con estridencias que provocan protestas airadas de los buenos, pretenden desacreditar ante el mundo al pueblo del Cid, de Gonzalo de Córdoba, de Cervantes, de Hernán Cortés, de Velázquez, de Balmes y de tantos otros que en las armas, en las letras o en las ciencias fueron honra y prez de la especie humana».

\* \* \*

Hemos subrayado lo que se refiere al sargento Sánchez Vivancos, porque si bien no figura su nombre ni el de la posición, en tan importante artículo, puede comprenderse fácilmente, en aquella ocasión, en que, no pudiéndose hacer la evacuación ni teniendo seguridad en la resistencia de los defensores hasta el fin de la jornada, mal cuadraba el elogio y el abandono a la vez que, con la noticia sembraba la alarma en las familias de los heroicos soldados.

Ya había estudiado el Estado Mayor la liberación y las bajas aproximadas que no hubiesen sido menos de ochocientas, y entre esto y el probable éxito de la gestión política que auguraba buenos resultados, no cabía duda de aceptar lo último como mejor.

Según avanzaban los primeros días de enero, comenzó a notarse menos actividad en la vigilancia de los centinelas que rodeaban el blocao. Había días que no dispararon un solo tiro y al llegar los aeroplanos saltaban los soldados llenos de alegría, por encima

del parapeto, no obstante las observaciones prudentiales del jefe de la posición, que aunque veía la tranquilidad, no daba crédito absoluto, y sospechoso de las traiciones moras que de antemano conocía, vigilaba a todas horas al ver a sus confiados compañeros sentarse, algunas veces en el parapeto, a pesar de sus constantes reprimendas y consejos.

Se les había terminado el agua y salían de madrugada a lo hondo del barranco donde había pequeños charcos, suficientes para llenar las vasijas, sin ver ni oír en aquellos alredores al enemigo. Solamente un día, al llegar los aeroplanos, sonaron tiros que pronto fueron contestados por la guarnición. Después, ni oyeron ni vieron nada, concibiendo seguras esperanzas de su próxima liberación, y esto les hizo pensar en sus escuálidas figuras, en sus demacrados rostros y en sus entumecidas piernas que no les permitirían hacer una marcha de dos kilómetros.

Hablaron de ello, y comenzaron a entrenarse, con pequeños paseos dentro del blocao, resguardados en el parapeto. Se relevaban cada media hora y las conversaciones oscilaban todas alrededor de lo mismo. Unos decían que la llegada de las columnas sería a la mañana siguiente, otros que la liberación la harían por gestiones políticas de las Intervenciones Militares, y había algunos que trataban de redactar, en aquel mismo momento, el telegrama para su familia.

Sánchez Vivancos no hablaba. Con un lápiz en la mano izquierda, trazaba líneas y letras sueltas para aprender a escribir como cuando iba, de niño, a la escuela. Le preguntaban su opinión acerca de las constantes discusiones, y no respondía directamente; creía recibir buenas noticias de un momento a otro, y le tenía preocupado no oír fuego de cañón ni de fusil en

las inmediaciones del macizo donde se encontraban. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no iban por ellos?

Por fin, el día 14 recibió, del jefe de la Circunscripción, el siguiente telegrama:

«Esta tarde a las dos próximamente será evacuado ese punto para lo cual irá un emisario con bandera blanca llevando una carta de Intervención. Tan pronto reciba ésta, empiece a destruir municiones sobrantes después de quedarse con trescientas por plaza; municiones que después de destruidas, a golpes, serán enterradas para constar no sean vistas por enemigo».

Grandísima alegría reinó en el blocao. Había llegado el momento de salir de aquel nido de águilas para abrazar a sus hermanos, a sus novias, a sus madres. Ya iban a abandonar la triste cárcel de tanto tiempo para disfrutar de libertad, la libertad que creyeron perder para siempre, y del sol que no les calentaba, y de la cama que no tenían. ¿Sería verdad todo aquello, o pura ilusión de sus debilitados cerebros?

Pero, el telegrama hablaba de un emisario y no de tropas españolas. Decía también de una carta y de inutilizar las municiones, y procedió a machacar los cartuchos tras de sacarle la pólvora a la que prendía fuego, y como se habían disparado tantos, pronto terminaron el trabajo.

De la ropa no había que ocuparse: las tablas de las camas, las habían quemado en las noches de insopportable frío y no quedaba nada utilizable para el enemigo ni para nadie, como no fueran los muros a cuyo amparo tanto tiempo se habían defendido. De esto no decía nada el telegrama prueba evidente de que quedarían abandonados para siempre aquellos mal-ditos lugares.

Quemada la pólvora e inutilizados los casquillos

de los cartuchos, aguardan, ansiosos, la hora señalada en el telegrama salvador. No podía perder tiempo el heroico jefe de aquel puñado de valientes, y reuniéndolos junto al parapeto, les advierte la prudencia y serenidad que han de tener en el último momento de tan largo calvario sufrido con estoicismo sin par.

Ignoraba la forma de la salida; pero ya sospechaba que el emisario sería moro enemigo. Les habla constantemente, más que con observaciones necesarias, siempre como desahogo a su alma dolorida al pensar su primera entrevista con los amigos y después con su padre y sus hermanos, sin poder alargar, en las felicitaciones, la mano derecha, aquella mano perdida en defensa de su Patria, pero perdida al fin.

A las dos, como le indicaban, aparece un moro con bandera blanca en lo alto de los peñascales del macizo rocoso donde tantas y tantas veces le han hecho fuego. Va sin armas, y con la bandera enarbolada, se aproxima al blocao a entregar la carta convenida. Antes de llegar a la puerta de la alambrada, aparecen grupos de moros armados que hacen desconfiar a Sánchez Vivancos, y detiene al de la bandera. Este, en castellano que parece hablado por un español, le dice que puede estar tranquilo; pero Sánchez Vivancos manda al soldado de primera que salga y tome la carta.

En efecto, es del capitán de intervenciones Militares, don Tomás García Figueras, letra que reconoce y sello que no admite duda. Entonces deja pasar al emisario.

Pero el número de moros armados ha ido aumentando, y ya son más de quinientos los que se aproximan a la posición.

—Mande usted que se detengan ——dice al emi-

sario—interin pregunto a mis jefes lo que he de hacer.

Detiene el moro a sus compañeros y aunque en la carta le ordenan que siga con toda la guarnición al portador de ella, abandonando el blocao inmediatamente, le advierte a Harcha que diga a Aulef el gran número de moros armados que tienen a una distancia de cincuenta metros y como en la carta sólo hace mención de uno, qué debe hacer.

Inmediatamente recibe orden de seguirlos; pero antes suplica al emisario se retire unos metros del blocao para dar una orden a los suyos. Quedan solos, y cuando no puede oírles el de la bandera blanca, le dice a sus soldados:

—Ya estais viendo lo que sucede. La orden es de que sigamos a los moros armados; con esto no contaba yo; mas fijaos bien en lo que os voy a decir: llevad todos el fusil cargado y un cartucho dentro, de la recámara para que a una seña mía, si es que desgraciadamente advirtiese algo sospechoso, os arrojeis al suelo y hagais fuego hasta morir.

Con estas breves palabras, salen del blocao en dirección al zoco El Sebtz, descalzos, cubiertos sus escuálidos cuerpos con los últimos harapos, y el sargento, envuelto en un capote mugriento, bajo el cual oculta su brazo derecho sin la mano que tantas bajas había ocasionado a los enemigos de su Patria.

Pero no había terminado todavía el periodo de las emociones. Al llegar a la cábila de Lahara, un grupo de moros, que tampoco bajaría de quinientos, y que, como los que les acompañan, también van armados de fusiles, les interrumpe el paso.

Hablan y discuten de una y otra parte sin conseguir entenderse. Los soldados están extenuados por

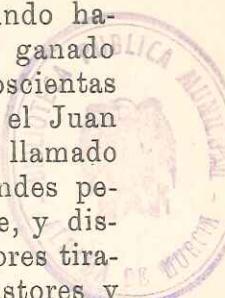
la fatiga de la marcha y se sientan. El sargento permanece en pie. Se le acerca un moro, pálido y flaco, que le habla. Le mira el sargento y le reconoce: es el de la correspondencia. Según le dice, fué herido a las pocas noches de atacar la posición. En esa noche murieron muchos porque querían a toda costa entrar en el blocao, como igualmente lo intentaron en las noches sucesivas; pero ahora es fácil que mueran ellos, pues los moros de Lahara se oponen a dejarles seguir para Larache por ser esta cábila la que tiene derecho sobre ellos.

No sabían los pobres soldados que en aquella discusión se decidía la vida o muerte de ellos. Después se enteraron, y el lector lo verá cuando lea la declaración del interventor señor Pintos, que, en las gestiones políticas hechas para la liberación de las posiciones de Beni-Gorfet, descartaban los moros Tikun cuya guarnición pretendían les fuese entregada.

Claro está que no era posible aceptar tales pretensiones y entró en el convenio como las restantes que habían de presentar, ya de común acuerdo, en las plazas o posiciones próximas.

La guarnición de Tikun, según la referida declaración como también las de otros ilustres jefes y oficiales, fué la única que les estorbaba para el pastoreo de sus ganados y la comunicación entre las cábiles Lahara y Sahara. Por ello trataron de hacerla desaparecer, por cualquier medio, y al encontrar la tenaz resistencia de sus defensores, fué cosa de tomarlo en serio y multiplicar los ataques para morir varios cientos al pie de las alambradas.

Además, no era sólo la defensa lo que a los moros tenía en constante irritabilidad, sino la osadía de los



soldados que rayaba en lo extraordinario cuando hacían salidas exclusivamente para matarles el ganado como hicieron en una ocasión al ver unas doscientas reses pastoreadas por dos moros. Salieron el Juan Martínez, el Gabriel González y otro soldado llamado Alejandro Navarro, y amparados por los grandes peñascos, se aproximaron cuanto les fué posible, y disparando rápidamente, ellos que eran los mejores tiradores de la guarnición, mataron uno de los pastores y más de cuarenta ovejas. También se recordará cuando el Juan Martínez les atrajo con promesas de entregarse, acribillándolos a balazos al tenerlos cerca y al descubierto.

Todo esto era la causa de que los moros de Lahara, que eran los más próximos, y por consiguiente, los más castigados, quisieran hacerles sus prisioneros para vengar en ellos sus odios y rencores.

Por eso al oír Sánchez Vivancos las afirmaciones de aquel moro, con gesto de demonio, un sudor frío invade el rostro macilento del héroe, y observa, lleno de angustia que, en efecto, la discusión se agrega y las voces son cada vez más fuertes. ¡Desconocía él que, en idénticas condiciones, habían sido asesinados los de otras guarniciones, y tuvo, a pesar de lo que veía, algunas esperanzas! No obstante, mira a los suyos y todos quedan prevenidos.

Llevaban así cerca de media hora que, para ellos era un siglo. Varias veces se echan los fusiles a la cara y el sargento cree llegado el momento decisivo; pero, de nuevo comienzan a discutir y, gracias a la serenidad del moro que había llevado la carta, quedan convencidos o entendidos los de Lahara, emprendiendo de nuevo su camino.

Pero, ¿habría terminado el peligro, o saldrían

otros moros con las mismas pretensiones? Afortunadamente no hallaron a ninguno más y, por fin, dan vista al zoco El Sebtz donde esperan las tropas, impacientes, por la tardanza.

Pero mucho más impacientes estaban las tropas de Aulef. Desde este poblado se veía perfectamente la cábila de Lahara y el punto de la discusión. Con los cañones preparados, apuntando a moros y cristianos se hallaba el teniente coronel, jefe del sector, tembloroso como su ayudante, el Capitán don Alfonso Ros, que conocía a Sánchez Vivancos desde su ingreso en el Regimiento de Sevilla, y mordiéndose los dedos juraba y perjuraba al considerarle perdido entre aquellas fieras.

—Preparen,—grita el teniente coronel al ver, con los gemelos, apuntarse los dos grupos de moros.

Porque al sonar un disparo, estaba decidido a hacer fuego, con sus cañones, a todo el grupo, sabiendo que los suyos habían de morir, y quería, cuando menos vengarles, matando el mayor número de enemigos. Pero, no hicieron fuego los cañones. Preparados los artilleros, temblando de emoción, oyeron exclamar a su jefe.

—¡Por fin!—y colgándose los gemelos, limpióse el sudor frío que corría por su frente.

A poco, llegaban los defensores de Tikun al zoco El Sebtz donde le esperaban el coronel de las Intervenciones Militares, y el teniente tantas veces alabado y bendecido don Felipe Sanfélix, a quien tanto debían por sus constantes gestiones para enviarles víveres y porque no cesaba de alentarles a la resistencia.

No tardaron mucho, el teniente coronel y su ayudante, en abrazarles como a hijos queridos, felicitándoles por la heroica resistencia que habían hecho

y por la abnegada resignación con que habían soportado los tres meses y medio que había durado el cerco de la posición.

Seguidamente proceden a darles de comer algo caliente, que, en tanto tiempo no probaban, y en asearlos, substituyéndoles los andrajos con ropas limpias, después de pelados y afeitados y quitada la miseria de que estaban llenos, llevándolos a Larache donde ingresa el sargento, en el hospital para proceder a la curación de aquel muñón sangriento aún.

Otra impresión aguardaba al sargento todavía: en Larache tenía un hermano, soldado elegidor de cuerpo, cosa que él ignoraba por haber llegado a la plaza después del asedio, y este hermano le esperaba a la entrada de la ciudad, proporcionándole la más grata alegría que había recibido en su vida, sobre todo, desde hacía varios meses.





## Consideraciones

---

DEL diario de operaciones del sargento don Manuel Sánchez Vivancos, copiamos literalmente las siguientes consideraciones:

### PRIMERA

«Al hacerme cargo del blocao, había en él catorce cajas de municiones, teniendo los soldados la dotación completa y además, cincuenta granadas de mano. Como inutilicé, de orden superior, dos mil cartuchos y ocho granadas, se han disparado en la defensa de la posición veinte mil cuatro cientos y se han arrojado al enemigo cuarenta y dos granadas de mano, creyendo, por las órdenes que constantemente daba para apuntar bien y tirar sobre seguro, que debieron hacerse muchas bajas al enemigo.

### SEGUNDA

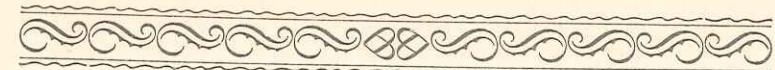
Se destruyeron también todos los enseres de cocina, todos los de Intendencia y cuanto existía en el blocao que no pudo sacarse, quemando y enterrando lo que el fuego no pudo consumir.

## TERCERA

Me curó con cariño de hermano, el soldado Manuel Ponce León, el más hábil y apto para ello; pero declaro que todos lo querían hacer y lo hubiesen hecho con el mismo interés y cuidado.

## CUARTA

Al levantado espíritu de los soldados, que aunque de escasa cultura, por ser en su mayoría del campo, pero todos hombres de gran corazón y amor a la Patria, se debe, principalmente, la larga resistencia de la posición, pues ni las privaciones a que se vieron obligados, ni el hambre ni la sed ni los constantes ataques de los moros ni la falta de comunicación ni el ver como otros disfrutaban de relativa libertad entre el enemigo y que a ellos se la brindaban a la vez que agua y víveres cuando no comían y se vieron precisados a beberse sus propios orines, cuando ateridos de frío por la falta de ropa se caían del parapeto desmayados por el hambre, fueron motivos suficientes a pensar por un momento en entregarse. Por todo lo cual les creo merecedores de la más alta recompensa y por las penalidades y sufrimientos soportados tan abnegadamente, a que la patria se lo tenga en cuenta.

*Comentarios de la Prensa*

**A** los pocos días de la liberación de Tikun, publicaba la Prensa murciana la siguiente crónica del brillante escritor don Ricardo Serna Alba, intitulada «Sin novedad en la posición».

La guerra con su siniestro cortejo de sangre y luto, sirve de vez en cuando los valores espirituales de la raza. Alguna vez tienen razón los filósofos alemanes que envenenaron la conciencia de su pueblo para decir que en el caos bélico se purifica el alma de egoísmos y se satura de generosidad y de renunciamiento.

Claro está que el argumento es especioso. La guerra no produce más que muerte y desolación. Si en el fragor del combate surje un chispazo de grandeza, no es que se produce, es que se revela. En las grandes crisis de la vida, cada cual proyecta en sus actos lo que lleva dentro. De ahí los héroes y los medrosos en la guerra. Hay, no obstante, que desconfiar de ciertos gestos heroicos que se producen simplemente por el instinto de conservación o por el deseo de recompensas. Un héroe viene a ser algunas veces un jugador del valor, con suerte.

Hay también comediantes del heroísmo, histrio-

nes del valor, que triunfan con unas muecas en lo que, con sobrada razón, se le llama teatro de la guerra..

Existe también un heroísmo auténtico, que filosóficamente considerado, va perdiendo mucho terreno: el heroísmo, pudiéramos llamar químicamente puro, de la valentía.

Pero hay otro que está por encima de todos. Y es el heroísmo silencioso y callado, sóbrio de gesto, comedido de frase. No es como el otro espectacular ni vocinglero. No cotiza su acción.

Así es el del sargento Manuel Sánchez Vivancos, que en la posición de Tikun se ha mostrado a la altura de la grandeza histórica.

La posición, enclavada en la zona Occidental, quedó aislada completamente en los primeros avances de los moros.

Pronto se acabaron los víveres y hubo que hacer frente a un enemigo tan terrible o más que los rebeldes: el hambre.

Los aviadores abastecían, con temeridad, la posición; tanto, que ocho aparatos resultaron rotos ante Tikun y cuatro aviadores heridos. Pero a pesar de ello no siempre podía hacerse con fortuna el aprovisionamiento.

El sargento y su tropa afrontaron sin ninguna vacilación todos los sacrificios.

Así estuvieron ciento nueve días, a veces sin esperanzas de liberación, porque nuestras tropas evacuaban sus primeras líneas y estaban muy lejos de allí. No podían tampoco, de momento, atenderles y había que resistir contra todos, sin flaquear un instante.

En uno de los momentos que los cabileños intentaban asaltar la posición, el sargento Sánchez Vivancos cogió una granada para lanzarla contra el enemigo;

go; pero con tan mala fortuna, que, precipitada la mecha, le hizo explosión en la mano. La metralla le seccionó los dedos, pulverizó las falanges y dejó un sangriento despojo de cartílagos y huesos por donde la sangre escapaba en cataratas rojas.

Más tarde ordenó a un soldado que le amputara con un hacha el trágico festón que colgaba de su mano derecha. Y después de un hachazo brusco por la muñeca, seccionando totalmente lo mutilado por la explosión, limpió el carpo con tan horrible procedimiento quirúrgico, comunicaba Sánchez Vivancos a sus superiores cuando el dolor físico le hacía retorcerse en convulsiones de angustia: «Sin novedad en la posición».

¿Cabe mayor sencillez? ¿Hay mayor sobriedad en el gesto?

Luego, a la altura de la cintura estaban los procedimientos curativos. Pronto se acabó el agua y el vinagre para curar la herida y había que apelar a un líquido pestilente, producto de una secreción fisiológica...

El hambre, además, seguía extenuando los cuerpos, pero los espíritus seguían firmes, como si estuvieran forjados en el yunque de todos los sacrificios.

Hubo momentos de horrible prueba.

Una vez, cuando estaban sin víveres ni agua, se acercaron los moros a las alambradas. Los rebeldes les invitaron a que se rindieran, prometiendo respetarlos. Sánchez Vivancos, herido hambriento y casi desvanecido de debilidad, logró decir con energía:

—Antes moriremos todos que pensar siquiera en entregarnos.

—Os daremos víveres y agua; comeréis y apagareis la sed.

—Nos sobra de todo—repuso sin vacilar en su deber.

Y él y los suyos, seguían la lucha, con el enemigo que no cesaba de hostilizar el blocao y a veces hasta pasaba las alambradas.

Ante tanto sacrificio, los aviadores que rivalizaban en temeridad, enviaron con los sacos de provisones el mensaje, ya conocido.

A los 109 días de calvario, pudo evacuarse Tikun. Los bravos defensores del blocao, fueron felicitados por su glorioso comportamiento.

Manuel Sánchez Vivancos está propuesto para el ascenso, la Medalla Militar y la Laureada. Manuel Sánchez es de la provincia. Nació en Alhama de Murcia y tiene veintitrés años.

Hijo de un militar pundonoroso, don Roque Sánchez, quiso seguir la carrera de su padre. Y después de aprobar tres ejercicios en la Academia de Toledo, interrumpió los estudios.

Ahora pasará al Cuerpo de Inválidos. Actualmente se encuentra en el hospital de Carabanchel, donde se le pondrá una mano artificial.

En breve regresará a Alhama. Los alhameños le preparan un grandioso recibimiento para expresar su cariño al hijo predilecto. Y el Ayuntamiento va a perpetuar su memoria poniendo con letras doradas, en su salón de sesiones, esta frase: «Sin novedad en la posición».

Bien merece escribirse en oro. Es la frase de un héroe. ¿De un héroe? No: de un hombre.

#### Importante información del diario «La Verdad»

No es frecuente que el derroche de bravura empleado por nuestro Ejército en holocausto de la Pa-

tria halle en las masas una adecuada comprensión.

De aquí deriva el entusiasmo con que nos complacemos en registrar en estas columnas el espectáculo edificante de que ayer fuimos testigos en el culto pueblo de Alhama.

Tal es la transcendencia del homenaje, que no puede circunscribirse a una sencilla correspondencia, sino que escala, por propio derecho, el puesto de honor del periódico, porque no hay en la actualidad regional acontecimiento que le iguale en interés.

Y esto, no sólo por la presencia de las autoridades provinciales, ni por el hecho glorificado por sí mismo, sino por el hecho ferviente, que, traducido en la manifestación popular, encontró en la multitud el heroísmo del sargento Sánchez Vivancos.

En las estaciones del trayecto, sale al paso un gentío heterogéneo, ávido de tributar sus aplausos al paisano valeroso, que supo mantener enhiesta la dignidad de la bandera en los interminables días del asedio.

Pero al llegar a Alhama, una muchedumbre compacta constituida por el pueblo en masa, aguarda con ansiedad al viajero al que ovaciona frenética, cuando aparece en la ventanilla mientras la banda de música del Regimiento de Sevilla, en cuyas filas se inscribió el héroe, da sus marciales notas al viento, bajo la batuta de su director don Marcos Ortíz, y los somatenes alhameños que manda el padre de Sánchez Vivancos, con su bandera, se asocian al homenaje.

Allí vemos en confusión inevitable la emoción del pueblo, con el alcalde don Rodolfo Vivancos, al culto probo juez de Instrucción del partido don José de Valcarcel, al Excmo. señor general gobernador militar de esta plaza don Federico Baeza, al juez munici-

pal don Francisco Ponce Manuel, al señor conde de San Julián, al Registrador de la Propiedad, al señor Muñoz Palao, y a otras muchas y distinguidas personas.

El Regimiento de Sevilla número 33, ha enviado con su banda, a una comisión integrada por el culto comandante don Oscar Nevado de Bouza, los capitanes don Luis Vicente Ripol y don Juan Cano, y el teniente don Salvador Molina Ponce.

Con precisión matemática de los intrépidos aviadores de Los Alcázares rigiendo la escuadrilla de cinco aparatos Bristol, de 300 HP y motor hispano, vienen los capitanes Pardo, Maza, Melendreras, Quintana y Calderon y el Teniente Merino, escoltando el convoy.

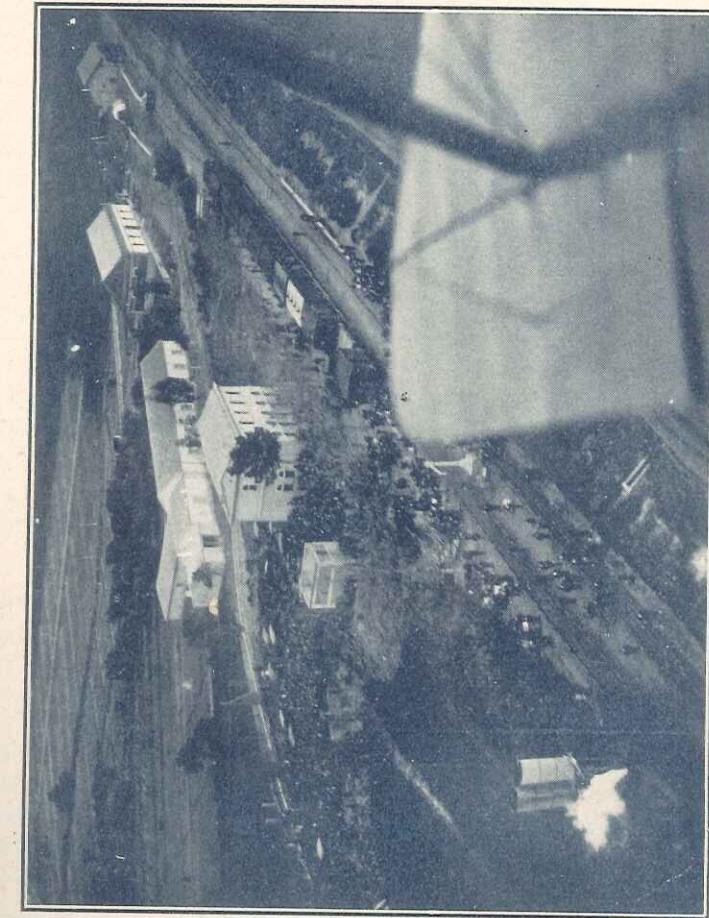
El pueblo aplaude este rasgo con que la Aviación española ha compartido el honor de realizar el hecho memorable.

Desde la estación, se forma hasta el pueblo una manifestación imponente, que ocupa la carretera, invade las tierras labrantias y corona los montículos inmediatos. No sólo está allí toda la gente de Alhama, sino gran parte de los habitantes de los pueblos inmediatos.

Entre tanto, el individuo de la comisión organizadora del homenaje señor Mena, nos invita a recibir a los aviadores en improvisado campo de aterrizaje. Cuando volvemos, aún no ha entrado la manifestación en el pueblo, lo cual da idea de la aglomeración inenarrable.

Por todas partes se observa un ambiente de solemnidad. Las calles aparecen artísticamente engalanadas. Lucen los balcones cogalduras. Hay en varios sitios, entre guirnaldas «Sin novedad en la posición».

Blegada del sargento  
Sanchez Urdancos  
a su pueblo natal



A la entrada del pueblo aparecen levantados arcos de follaje que Alhama dedica a su hijo predilecto el sargento Sánchez Vivancos.

En el atrio de la espaciosa iglesia, espera el clero. Cuando llega la comitiva, el virtuoso Párroco don Inocencio Hernandez Molina, tiende sus brazos al ilustre manco y da un viva al héroe de Tikun, que es clamorosamente contestado.

El pueblo penetra en el templo. La fe se asocia al patriotismo. Desde el presbiterio, no se divisa más que un incalculable hormiguero humano, dentro y fuera de la iglesia, hasta perderse de vista.

Allí, al pie del altar mayor, vemos al héroe, postrado en un reclinatorio, donde nos recuerda aquella celebrada frase de que nunca es más grande el hombre que de rodillas. Su aptitud modesta y simpática parece declinatoria de la pleitesía que cordialmente se le rinde. Tiene aún otro rasgo piadoso. Espontáneamente, cuando el Te Deum termina, diríjese a la capilla de la Virgen del Rosario, para dar filialmente gracias por su retorno a la venerada Patrona de Alhama.

Expande jubiloso el entusiasmo la multitud al salir del templo. Desde la casa de Dios, la comitiva se dirige a la casa del pueblo.

Al Ayuntamiento viene también el preclaro gobernador civil señor Salgado Biempica, que, con su prodigiosa e infatigable actividad, al llegar de un viaje, ha procurado otro sin procurarse un intervalo de descanso. Acompáñanle el culto vicepresidente de la Comisión provincial don José Ibáñez Martín y el secretario del Gobierno civil don Manuel Fernandez Reyes, con un joven y docto sacerdote.

En el salón de sesiones de la Casa Consistorial, se congregan las personalidades que asisten al acto solemne.

Sobre la mesa se halla el hermoso pergamino que contiene el acuerdo del Ayuntamiento, adoptado en sesión extraordinaria, por el pleno, de nombrar al héroe hijo predilecto de este pueblo. El dibujo es de un artista alhameño: don Constantino López. Le sirve de lema la frase de laconismo espartano: «Sin novedad en la posición». Hay dos matronas cuyas figuras decoran el trabajo caligráfico: representan a España y Alhama. El conjunto es de señalado gusto.

#### Completa información de «El Liberal»

Por la importancia que tiene el acto de civismo realizado por un pueblo para rendir homenaje al héroe de Tikun, acto que debe ser ejemplo de todos los de España para honrar a sus hijos, copiamos las distintas informaciones de la Prensa, reflejo fiel de la grandiosa fiesta, con el extracto de los discursos pronunciados por las autoridades y personas que en ellas tomaron parte.

Decía «El Liberal» de Murcia.

El pueblo de Alhama rinde un tributo de fervoroso cariño a su héroe.

Desde las primeras horas de la mañana, Alhama presenta un brillante aspecto. Ventanas y balcones engalanados, gallardetes y banderolas, arcos triunfales con frases alusivas que rezan: «Sin novedad en la posición» «Viva el héroe de Tikun» «Alhama a su hijo predilecto», etcétera.

Numerosos automóviles transportan representaciones de los pueblos y de la capital. Alhama es materialmente invadida.

#### LLEGADA DEL TRENA

Minutos antes de las once, en la estación del ferrocarril se apiña la gente. A la entrada del tren en que llega el heroico sargento, prorrumpen la masa en una ovación delirante que ya no cesa hasta que desfila la comitiva hacia la iglesia. La banda del Regimiento de Sevilla, ejecuta una marcha. Los estampidos de una traca, y los vítores, ensordecen. Sánchez Vivancos es aclamado y estrujado entre los brazos de sus paisanos que se disputan el honor de abrazarle, de aproximarse a él y de estrechar su mano siniestra como una reliquia.

#### LOS AVIONES

La emoción de este momento en el que el pueblo de Alhama recibe a su héroe, es ahogada por un grito de júbilo y de admiración. Surcando el espacio aparecen en el horizonte cinco aeroplanos que evolucionan sobre la multitud que aclama hasta enronquecer a los valientes pilotos que llegan a Alhama para rendir su tributo de admiración y compensación al modesto soldado que supo mutilarse en defensa de la Patria.

La comitiva continua su itinerario, entre los vítores y las flores que arrojan a su paso las lindas paisanas del sargento heroico.

Las campanas voltean, alegres y ensordecedoras, los motores de los aviones zumban sobre nuestras cabezas, la multitud vitorea y aplaude y las mujeres siguen arrojando flores, muchas flores, mientras el sargento Sánchez Vivancos penetra, con sus paisanos, en la iglesia, para oír el Te Deum en acción de gracia por haber podido llegar a este momento solemne en que un pueblo compensa de tanto sufrimiento al bravo soldado, nombrándole hijo predilecto.

Mientras tanto, los aviadores, buscando el campo de aterrizaje, hacen arriesgados ejercicios que causan la admiración y el temor de las gentes.

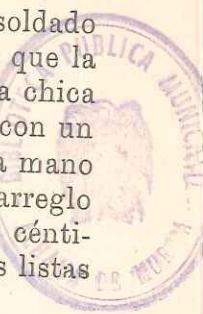
Comisiones militares y civiles acuden a recibir a los pilotos que son aclamados conforme van aterrizando.

Componen la escuadrilla cinco aparatos Bristol, tripulados por los capitanes Pardo, Maza, Melendreras, teniente Merino, aprovisionador que fué de Tikun durante el asedio y defensa del sargento Sánchez Vivancos. Piloto profesor Marchenco y como observadores, comandante Aymat, capitán Calderón y dos mecánicos.

### EL PUEBLO Y SU HEROE

Estaba en el ambiente el deseo de exteriorizar, en un acto público y de gran resonancia, la admiración y el orgullo que el pueblo de Alhama sentía por el rasgo heroico y espartano de Sánchez Vivancos. Y dos hombres jóvenes, de alma recia y firme voluntad, decidieron llevar a la práctica y dar forma al deseo popular. Los señores don Andrés Rubio y don Bautista Martínez Mena tomaron la iniciativa y apoyados por las autoridades, una comisión oficial, y secundados con gran acierto por don Antonio Castro y los señores Mayol y Cánovas Muñoz, consiguieron organizar los festejos populares en honor del héroe de Tikun.

El Ayuntamiento acordó nombrar a Sánchez Vivancos hijo predilecto, poner su nombre a una calle para honra de Alhama y esculpir en el salón de sesiones, con letras de oro, la famosa frase que revela la entereza de espíritu del bravo soldado: «Sin novedad en la posición».



El pueblo contribuyó para festejar a su soldado y para obsequiarle con una mano mecánica, ya que la suya la había perdido por su Patria, su patria chica quería remediar su inutilidad con su cariño y con un aparato perfecto que supliese en lo posible a la mano perdida. A la recaudación acudieron todos con arreglo a sus fuerzas económicas, pues desde los diez céntimos hasta las doscientas pesetas, figuran en las listas de donativos.

El duque de Bivona, en un rasgo característico de su nobleza, informado del fin de la recaudación, regala al heroico manco una mano artificial.

La comisión ante este rasgo, organizó, con la cifra recaudada, los festejos que tan brillante desarrollo han tenido, para expansión de sus nobles deseos en homenaje del valeroso militar.

### LA RECEPCIÓN EN EL AYUNTAMIENTO

Desde la iglesia se dirigió la comitiva al Ayuntamiento donde se celebró la recepción oficial de Sánchez Vivancos.

Ante el edificio municipal, se agolpaba un enorme gentío que vitoreaba, entusiasmado, al héroe de Tikun.

El alcalde don Rodolfo Vivancos, se asomó a uno de los balcones y pronunció breves palabras, dirigidas al pueblo. Después, en el salón de sesiones, tomaron asiento en la presidencia, el gobernador civil señor Salgado Biempica y el general Baeza, haciendo uso de la palabra el señor Vivancos que declaró abierta la sesión, haciendo protestas de modestia diciendo que su palabra no se sentía a la altura de la grandeza histórica del acto llevado a cabo por el glorioso sargento Sánchez Vivancos.

Dedica un sentido elogio a este y saluda a las representaciones que asisten, y termina dando entusiastas vivas.

### EL GENERAL BAEZA

No estrañéis que no pueda disimular mi emoción —comienza diciendo el gobernador militar— porque el homenaje que hoy dedicáis al sargento Sánchez Vivancos, es de aquellos que perdurarán en el corazón de cuantos concurrimos a este acto, y en el de los que en espíritu se asocian al mismo por no serles posible hacerlo personalmente.

Con estas demostraciones de entusiasmo, venimos todos a honrar a la Patria, en primer lugar; en segundo, al pueblo de Alhama de Murcia, que tiene el orgullo de poder contar entre sus hijos, al que con su valor, abnegación, y con su sangre generosa, ha sabido elevar a su pueblo a una altura incommensurable; y por último, venís a honrar también muy especialmente al Ejército, pues actos como el que celebramos, demuestra que pocos españoles que no sepan apreciar la magnitud del sacrificio que es capaz de desarrollar este Ejército en momentos decisivos, en que el honor de la Patria está en sus manos.

Pero lo que sí algunas personas tal vez ignoren, es cómo se forman esos corazones en la familia militar, basado todo en la educación que adquieren en los comienzos de su profesión.

Aprenden que siempre, y más aún en momentos críticos, deben amarse los unos a los otros, sin distinción de categorías, porque están fundidos todos en el crisol del deber, y hacen común la ofrenda de sus vidas en el altar de la Patria.

Se le enseña al soldado, que nuestra profesión lo es de Fe a la Patria y a la Religión y para esta profesión, se requieren todas las virtudes que un buen soldado siempre posee.

Se le enseña lo que es nuestra religión cristiana y que ésta vigoriza los espíritus y tempila los caracteres.

Se le inculca la idea de que todo lo noble encuentra amparo en el Ejército.

Se le explica cómo el Ejército es el último valuarte donde se refugian las virtudes cívicas cuando la borrasca de los tiempos amenaza destruirlas.

Y por último, para no cansaros más, se le enseña que existe justicia; virtud que estima el buen militar; y esta justicia que lleva consigo el cumplimiento gustoso y fiel de todos los deberes, es aplicado en cada caso con verdadera equidad y lo vemos demostrado en este momento mismo, que acto de justicia es el que todos rendimos tributo de admiración y entusiasmo, al heroico comportamiento del sargento Sánchez Vivancos, el que ha demostrado con su proceder, haber sacado de todas estas enseñanzas recibidas, un aprovechamiento que le honra, y con esta página gloriosa ha honrado también a España, al pueblo de Alhama y al Ejército que le ha educado militarmente.

Las palabras del general Baeza, son suscritas por la concurrencia, con grandes aplausos.

### DON OSCAR NEVADO

Habla el comandante del Regimiento de Infantería de Sevilla, don Oscar Nevado, que pronuncia un discurso elocuente y brillante.

Habla en representación de su Regimiento.

Comienza saludando a las representaciones y al pueblo que se asocia al homenaje.

Resalta el heroísmo de Sánchez Vivancos, diciendo que para cantarle hace falta la lira de Homero o la reciedumbre del Romancero, pues su gesto supera a la grandeza de la epopeya.

El Regimiento de Sevilla me ha encargado que hable y como tengo el deber de obediencia, cumple gustoso el encargo.

Recuerda que, Sánchez Vivancos, perteneció a este Regimiento. En él dió sus primeros pasos en el Ejército y es para nosotros, dice, un motivo de orgullo, pues algunos detalles de su gloria llegan a este Cuerpo donde empezó su vida militar.

Subraya el grandioso recibimiento que el pueblo de Alhama ha tributado a su hijo predilecto.

Eso demuestra—continúa—que este pueblo sabe honrar a sus héroes. Los hechos como el de Sánchez Vivancos, son producto de una gestación obra del ambiente en que el hombre se desarrolla. Este sargento ha aspirado el ambiente de este pueblo, y así ha puesto tan alto el nombre de la Patria. Así Alhama aspira hoy ese aroma y lo ha esteriorizado en el entusiasmo de esta mañana en que las bocas están roncas de vitorear y las manos de las bellas alhameñas cansadas de tanto arrojar flores al paso del bravo soldado.

Demuestra que Alhama sabe honrar a sus héroes, y de esa forma se honra a sí misma. Vosotros no conocéis la importancia de este recibimiento. Rara vez se asocia tan unánimemente un pueblo para ofrendar un tributo de admiración a un hombre sencillo. Porque no se trata de un político que viene a ofrecer beneficios ni de un financiero dispuesto a satisfacer

ambiciones económicas, sino de un hijo sencillo de la gleba, que ha sabido elevarse sobre sí.

Salió de su hogar modesto, lleno de virtudes. Su padre, don Roque Sánchez, púndonoroso militar y hombre de rectitud intachable, le inculcó las nobles ideas de patriotismo y honor. Era Sánchez Vivancos cuando estaba con nosotros en el Regimiento de Sevilla, un muchacho sumiso y docil; pero nadie sospechaba que bajo aquella capa latía ese corazón que después se ha manifestado como un volcán ardiente.

Esos hechos tuyos llenarán un capítulo de la Historia española, escrito a costa del valor y el sacrificio de este héroe, que como Ulises, supo desoir los cantos de Sirena, las tentaciones del egoísmo para apartarlo del camino del deber y la grandeza.

Relata la hazaña de Sánchez Vivancos hasta el famoso parte: «Sin novedad en la posición» comunicado sencillamente al mando después de hacerse cortar, con un hacha esa mano que era garra de león castellano.

«Sin novedad en la posición», es el lema que, desde hoy puede ostentar gloriosamente el escudo del pueblo de Alhama.

Se pide la Cruz Laureada para este héroe, y a mí me parece poco: pero a esa recompensa, puede añadir este homenaje de su pueblo, el recuerdo imperecedero de la hazaña, y el de haber ennoblecido el apellido de su familia.

Resalta la pureza de sentimientos del bravo sargento.

No le impulsaba la ambición de la recompensa, el egoísmo del premio; soldado modesto, sólo el espíritu patriótico alienta en su gesto.

Excita a todos a que imiten la grandeza de Sán-

chez Vivancos para engrandecer la Patria. Abraza al heroe, y finalmente, dice:

—Quiero besar el muñon sangriento del bravo soldado; porque en él veo la gloria del Ejército y la grandeza de la Raza, de esta Raza nuestra que volverá a ser grande como en el pasado.

Y termina su hermosísimo discurso dando vivas a España y a la Aviación, que son contestados con verdadero entusiasmo.

#### DON ROQUE SANCHEZ

Habla después D. Roque Sánchez, distinguido alhameño, padre del héroe.

Si hay momentos en que la emoción ahoga o mata,—dice—ninguno como este. Es la sensación más fuerte que puede recibir un padre, y es también la que jamás se borra del corazón. Mi pobre cerebro se obscurece sin concebir la más insignificante idea y sólo alcanza a decir, ya que no a expresar como quisiera, que, por este instante, por este momento, aunque la vida es una lucha continua, una amargura interminable, por este momento, digo, vale la pena haber nacido.

Mucho he sufrido en los tres meses y medio que duró el asedio de Tikun, viendo a mi hijo herido, agonizante, sin poder prestarle auxilio ni aun humedecer sus labios secos por el ardor de la calentura. Tirado en el suelo, amenazado siempre por un enemigo sediento de sangre, ansioso de clavar sus cortantes guías en los pechos jóvenes de nuestros soldados. Y no tenía consuelo. No podía tenerle, porque una idea torturaba, incansante, mi cerebro. Algo había que en-

tonces me acusaba. Algo que me hacía responsable de la muerte de mi hijo.

Pocos días antes del asedio, le había escrito una carta en que le prevenía el levantamiento general de las cabilas y del probable cerco de la posición, cuya defensa estaba a él encomendada. Le advertía la buena y serena administración de las municiones, de los víveres y del agua. Pero le daba también una orden terminante, una orden como puede dar un padre a un hijo. «No te entregues, le decía. Si llega el caso preciso, muere como mueren los hombres; pero no te entregues nunca, no te entregues».

¿Cumplía con mi deber al sacrificarle de ese modo? Como militar sí. ¿Y como padre?

Para calmar mis ansias y mi tormento, leía su contestación. «Te agradezco tus consejos (me escribía) porque siempre me son beneficiosos; pero has de saber, que conozco perfectamente mis obligaciones de soldado y mis deberes como jefe de posición».

Más no era esto suficiente y tratando de hallar una disculpa, recordaba a Abraham cuando, Dios, para probar su fe, le mandó sacrificar a su hijo Isaac. Pensaba en aquella madre espartana que al relatarle un soldado los episodios de la batalla y manifestarle, dolorido que en ella había muerto su hijo, le interrumpió presurosa e indiferente: «Yo no te pregunto eso. ¿Venció Esparta?.. Pensaba en Guzmán el Bueno al arrojar su cuchillo por encima de los muros de Tarifa para que lo clavasen en el corazón de su propio hijo, antes que cometer la cobardía de entregar la plaza.

Pensaba en Sagunto, en Numancia, en Zaragoza, en Gerona, donde los hombres sabían morir con honor y las mujeres dar ejemplo de bravura, de heroísmo, y de sacrificio... Y, llegó a pensar en algo más. Pensé

en que si se entregaba, sirviéndole de pretexto la grave herida que le ocasionó la pérdida de la mano y cuyo muñón puede mostrar hoy como trofeo de gloria, pensé en el suicidio antes que pasar por la vergüenza de tener un hijo cobarde.

Pero Dios le ha dado fuerza para resistir y que llegue este momento de alegría para verse honrado por tan elevadas personas a quienes yo, en nombre de mi hijo y en el mío propio, rindo el tributo de mi profundo agradecimiento y admiración, como igualmente a las autoridades, a los bravos aviadores que ofrecieron mil veces su vida en holocausto de la Patria, y al pueblo todo, este pueblo mío que hoy nos paga con exceso, si en ocasiones hice algo en su beneficio. Y lo hago en su nombre, porque si yo, a pesar de mis cincuenta años y mi larga experiencia, no puedo articular palabra ¿qué le sucederá a él?

Porque, señores, las impresiones del alma, son más fuertes que nuestra voluntad, y nuestro pensamiento, no vence nunca las emociones del corazón.

#### EL COMANDANTE AYMAT

Habla a continuación el comandante de Estado Mayor, señor Aymat, jefe del aeródromo de los Alcázares.

Habla en nombre de la Aviación para asociarse al homenaje. Resalta la valerosa acción de Sánchez Vivancos, explicando la situación en que se hallaba Tikun. Varias posiciones semejantes habían caído, impotentes para resistir; el enemigo redoblaba su audacia contra el blocao. Los aviadores lo abastecían con enorme riesgo; tanto, que algunos cayeron heridos y hasta hubo quien perdió la vida.

Cuando tantas dificultades encontraban, estaban lejos de suponer que había en Tikun un hombre capaz de salvarla. De saberlo, hubieran muerto satisfechos de pertenecer a una raza que además de morir, sabe vencer.

Al finalizar su breve discurso, estalla una ovación.

#### EL GOBERNADOR

Al levantarse el señor Salgado Biempica, es aco-gido con grandes aplausos.

Elogia el espíritu de sacrificio de Sánchez Vivancos, diciendo que todos deben imitar su renunciamien-to. El bravo sargento no reparó en sacrificios para de-fender a la Patria. El pudo vivir tranquilamente y optó por todas las torturas, por ofrecer su vida cuando su nación se la pedía. Cuando estaba en su posición, Sánchez Vivancos, con la entereza del héroe, decía al ver a su Patria en peligro: «Vosotros, defender a Espa-ña en otro sitio, aquí me basta yo».

Es un gesto de esta raza de leones castellanos que saben darlo todo cuando hace falta. Y esto debe hacerse siempre. Cuando la Nación exige el esfuerzo de sus hijos, todos debemos dárselo, laborando unidos, por su grandeza. No debe haber diferencias esenciales que estorben la obra. Cuando los soldados combatían en Tikun, defendiendo bravamente la dignidad nacio-nal, no se preguntaban uno a otro: ¿Cómo piensas tú? ¿Qué ideas tienes tú?

Era España la que necesitaba sus vidas, y se las daban: el ideal Patria, debe triunfar de los minúsculos detalles. En la vida colectiva, debe llevarse tam-bién este espíritu del combate sacrificando el egoísmo.

Sánchez Vivancos sabe que su nombre no será

olvidado de la Historia. Su rasgo servirá de ejemplo en los cuarteles, porque servirá de estímulo al patriotismo.

Nunca con más razón se rinde un homenaje que en este momento, porque la gloria de este héroe, es algo nuestro, como un pedazo de nuestra honra. En Sánchez Vivancos, rendimos tributo al defensor de nuestro propio honor.

Cuando la sombra del egoísmo cruce por vuestra pensamiento para empañar la rectitud del deber, pensad en ese héroe que tan alto ejemplo de patriotismo ofrece a todos.

El señor Biempica, termina dando efusivos vivas, que son contestados con entusiasmo, y la concurrencia vitorea al gobernador.

#### ENTREGA DE UN PERGAMINO

Después, fué entregado al glorioso alhameño, un pergamo nombrándole hijo predilecto de Alhama.

Es obra del notable dibujante local, don Constantino López y en ella ha proyectado un depurado gusto artístico unido a una técnica que refleja su dominio en esta clase de trabajos.

El pergamo dice lo siguiente:

«Ayuntamiento de Alhama de Murcia.—Título de Hijo Predilecto a favor del sargento don Manuel Sánchez Vivancos.

Por la valerosa resistencia del sargento de Infantería don Manuel Sánchez Vivancos en la posición de Tikun, en la zona de Larache, durante ciento nueve días de asedio por los moros de Lahara y Sumata, el Ayuntamiento en pleno extraordinario de 4 del corriente mes, ha tenido el honor de nombrarle hijo predilecto de este su pueblo natal.

También se honra en perpetuar, en el presente pergamo, la espartana frase: «Sin novedad en la posición», comunicada a sus jefes, por tan abnegado combatiente, después de hacerse amputar, con un hacha, la mano derecha, destrozada por la explosión de una granada, continuando en la defensa del pequeño bocao, sin medios de curación y faltó de víveres. Hecho del más alto heroísmo que, de modo relevante, pasará a la Historia, y que compendia todo sacrificio y firme propósito de inmolarse por la Patria.—Alhama 6 de Febrero de 1925.

#### Un almuerzo de honor

Desde el Ayuntamiento, marchó la comitiva al Balneario donde había de celebrarse un almuerzo en honor del Sargento, sirviéndose un excelente menú, muy del agrado de todos.

A la hora del champagne, hay brindis, en el que habla el culto catedrático del Instituto de Murcia señor Ibáñez Martín, como diputado provincial, en representación de la Diputación murciana, elogiando la grandeza de la raza que resurge a través de la Historia en el gesto de Sánchez Vivancos.

El teniente aviador señor Martínez Merino que abasteció Tikum, dedica un recuerdo a la trágica posición. Asegura que es un orador modesto, y en ingeniosas frases, que se aplauden largamente, dice que la resistencia al asedio se explica porque cuando no era posible a los aviadores abastecer la posición, el alma grande de los encerrados en ella, no necesitaban pan ni agua, sino sólo el alimento del espíritu del sargento Sánchez Vivancos.

Este intrépido y cultísimo aviador, ascendido ya

a capitán por méritos de guerra, fué, en efecto, el que mayor número de veces voló sobre Tikun arrojando sacos a pesar de los disparos enemigos y de las grandes tempestades, enemigo más temible y poderoso que los moros. Quizá a su valerosa actitud deban la vida los de Tikun, pues a veces llegó tan a tiempo, que unos días después hubiese sido imposible recuperar las fuerzas, extenuadas por el hambre.

\* \* \*

Entre las adhesiones, pueden citarse las siguientes:

Del Excmo. Señor Obispo de Cartagena.—Cordialmente bendice al sargento Sánchez Vivancos, felicitando su dichosa familia, Alhama su pueblo y España su Patria.

Del comandante Lias Pequeño, jefe accidental del Bon. Cazadores de Chiclana.—En nombre mío y de este batallón que cuenta con orgullo en sus filas al heroico sargento Sánchez Vivancos, me asocio al merecidísimo homenaje que en su honor se celebra, deseando que en plazo breve pueda ostentar sobre su valeroso corazón la Cruz Laureada de San Fernando tan brillantemente ganada y solicitada para él en tiempo oportuno.

Del capitán ayudante don Alfonso Ros.—Alhameños: No puedo menos que felicitaros por esa espiritual llama que os lleva a enaltecer al heroico sargento Sánchez Vivancos que supo demostrar que la virilidad de nuestra raza no muere sino que alienta potente y pronta a dar sus héroes.

Todo lo que se haga por enaltecer estos hechos es poco, pues tales ejemplos son los que sirven para forjar las almas en el duro temple de la vida.

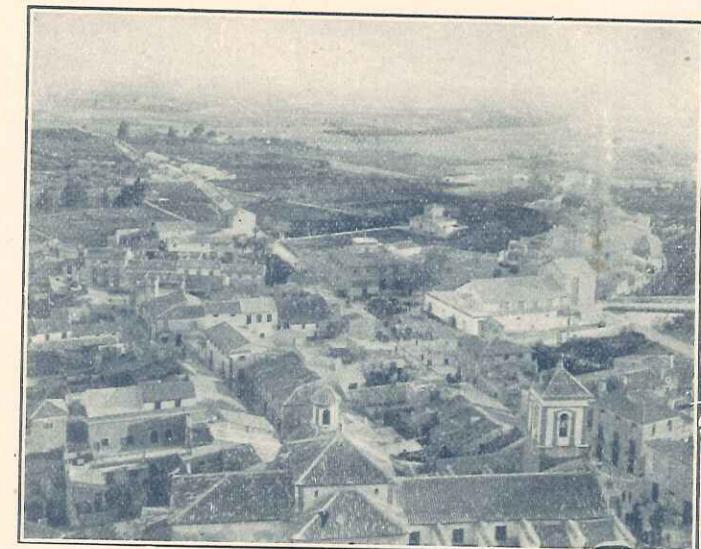
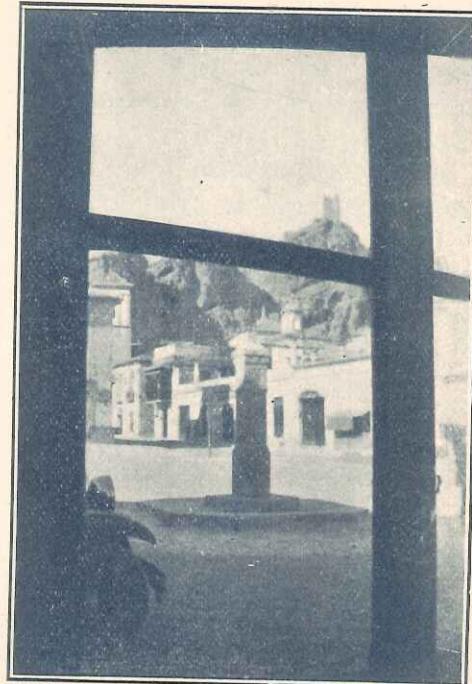


*Alhama de Murcia*

(*Dos perspectivas  
del pueblo*)



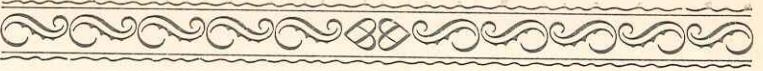
Fotos F. LÓPEZ CERÓN



Hay que perpetuar ese ejemplo para el mañana, para que camine España por la senda de la regeneración, que a igual que el mutilado de Lepanto, poseemos otros que son también glorias de nuestra Patria. Honradlo, porque con ello os honrais y resaltais vuestras virtudes.

Alhameños: ¡Viva España! ¡Viva el Manco de Tikun! ¡Viva el Ejército!





El acto heroico del Sargento Sánchez Vivancos  
 visto por varios ilustres literatos

---

De la gesta heroica  
Manuel Sánchez Vivancos

UN novelista ilustre, gloria de la literatura contemporánea, cuya maravillosa prosa ha deleitado a varias generaciones, y cuyas andanzas aventureras han puesto grandes esplendores en su corona literaria, en un famoso folleto, escrito en un momento de ofuscación, sin duda, pues no cabe suponer en tan alto prestigio motivos inconfesables, ha atacado violentamente al Ejército, al que llama cobarde proveedor de Abd-el-Krim,—a quien el insigne escritor elogia y ensalza— como cobarde ha de ser producto de un pueblo cual el de España, todo vileza y sin virilidad, según escribe el hombre-cumbre de las letras patrias.

Ese Ejército cumple abnegadamente, calladamente, con su deber, y da su sangre a torrentes por salvar a España del abismo marroquí, a donde la empujaron, o la inconsciencia o la maldad, o la ignorancia de desaprensivos gobernantes, o los planes desatinados de ambiciosos sin ley.

Poco a poco va despejándose el horizonte, y poco a poco también van saliendo a luz—deslumbrando con su claridad de gloria—hechos de la epopeya, que demuestran cuanto es el valor social español, que toda-

vía hay en las canteras de nuestro pueblo bloques para fundar naciones, que aún corre por las venas de sus hijos roja sangre ardiente de conquistadores.

Surgen a montones los actos que asombran, llenarán mañana páginas de la historia patria los hechos insignes de generales, jefes y soldados, que han reverdecido los frondosos laureles de la gesta heroica que dió nombre a la Raza; hoy tomo en mis manos con reverencia eucarística un nombre admirado, el de Manuel Sánchez Vivancos, y lo deposito en estas hojas volanderas para que Cartagena entera se enorgullezca con él, por tratarse de un hijo del pueblo,—sargento de Infantería,—que ha honrado al Regimiento de Sevilla, en que sirvió, que es casi nuestro por su larga convidencia entre nosotros, y que con un solo gesto arrogante ha sabido escalar las más altas cumbres del heroísmo.

Este modesto muchacho, hoy pertenece al batallón de Chiclana, y con un puñado de hombres guárnece uno de los infinitos puestos de que está regado el campo enemigo de Larache; posición aislada, sin comunicación ni medios de romper el cerco que le tiene puesto la soberbia mora; resiste un día y otro día, con bajas entre su gente, con escasísimos elementos de subsistencia; y así pasan días, y semanas y meses—a los cuatro meses ha sido liberada esta posición de Tikun—sin que el ánimo decaiga ni un instante, porque para hacer frente al esfuerzo enemigo, porque para soportar riesgos, escaseces, y privaciones, hay tras aquél débil parapeto un alma fuerte y vigorosa, de temple recio, de estoica bravura, la del sargento Sánchez Vivancos, que sin desplantes de arrogancia, ni alardes fanfarronescos, está dispuesto a cumplir con su deber.

Y así, un día los moros cercadores, le presentan en las alambradas otro sargento prisionero, incitándole a la rendición, proposición que Vivancos le rechaza con entereza; insisten otra vez los que le sitian, y entonces Vivancos tiene una respuesta lapidaria, digna de aquellos patriotas espartanos que endurecían su cuerpo en el Eurotas y su alma la enfervorizaban en el amor a la Patria; a las ofertas de rendición contesta: «de aquí saldré solamente con honor», y dirigiéndose al compañero prisionero le dice: «si otra vez te acercas haré fuego sobre tí».

Con ira inusitada en su ataque los enemigos; con corazón heroico los rechaza aquel puñado de españoles, y en un momento de la enconada lucha, cuando ya el contrario se separa de aquellas alambradas, que son para él barrera infranqueable, una granada hace explosión en la mano del sargento y la garra firme que empuñó el candente fusil, es sangriento despojo del combate, masa informe de huesos, músculos y piel, destrozados.

No hay medios de curación, no se encuentra nada con qué restañar la herida, y entonces viril y energético, el que ha rechazado al enemigo, brioso, tiene el gesto heroico que asombra y estremece, corta con un hacha por el puño a cercen y da el parte a sus jefes lejanos estoicamente, diciendo: «sin novedad en la posición».

¿Es este aquel Vivancos, sargento cumplidor y estudioso que *se hizo soldado* en el Regimiento de Sevilla? ¿Es éste aquel deportista que en la portería del equipo de fútbol del «Peleador» defendía con ahínco el nombre de su Regimiento? Sí, este es; el corazón se desborda cuando las circunstancias lo piden, y en los momentos cumbres de la vida, es cuando el que *tiene algo dentro* lo demuestra y lo pone en evidencia.

Las cenizas de aquellos guerreros legendarios, cuyos hechos gloriosos forman la urdimbre de la historia patria, se habrán estremecido en sus fosas seculares con orgullo, como con orgullo contempla el 33 a este sargento que quiere como suyo, porque él le inculcó las enseñanzas militares, como con orgullo lo contemplará, mitigando esta gloria su dolor, ese padre, antiguo militar y brillante periodista, don Roque Sánchez Javaloy, que supo infiltrar en su heroico hijo el espíritu, el patriotismo y el valor de que tan asombrosas pruebas ha dado.

Este Manuel Sánchez Vivancos, para gloria del Ejército, es uno más de esa sangrienta lista de hijos de España, que han sabido mantener el honor y el prestigio de la Raza, ante los arteros ataques de las huestes de ese traidor Abd-el-Krim, tan admirado por el ilustre escritor, honra de las letras patrias, pero cuyo patriotismo se ha entibiado sin duda, en sus andanzas mundiales.—Oscar Nevado.—Teniente Coronel de Infantería.

#### **|Sin novedad en la Posición|**

*Al ilustre periodista y compositor  
Don Roque Sanchez*

Apenas iniciado el sistema de evacuación en la zona occidental de Marruecos, rectificación según unos, de pasados errores políticos; triunfal repliegue, según otros, (incluso la táctica militar extranjera), de nuestro valeroso y sufrido Ejército de operaciones, un hijo del simpático pueblo de Alhama, trazaba en Kobba-Darsa, con la punta de la espada, el primero

de los hechos gloriosos que posteriormente habían de sucederse, en aquel ingrato suelo africano, a la vez que regaba con su sangre generosa, un nuevo laurel de triunfo para entregarlo en el escudo de las armas españolas.

Al final del referido repliegue; en el ocaso de esa grandiosa odisea, otro valiente soldado, hijo, como el anterior, de esa tierra alhameña «pueblo de héroes» como alguien ya dijera en las columnas de este periódico, el heroico sargento Manuel Sánchez Vivancos, «rubricaba, con el mango de un hacha» el epílogo de esa epopeya de liberaciones de blocaos y pequeñas posiciones, al mismo tiempo que con su «amputada y ensangrentada mano derecha», borraba el repugnante estigma que trazara la «leyenda negra», con el tizón de la calumnia, sobre la inmaculada reputación de la noble raza ibérica, de los valientes hijos de Pelayo.

¡Covadonga... Tikun... Cómo evocáis y traéis a nuestra mente el recuerdo de las grandesas españolas!

Cuna la primera de un puñado de españoles, que, dominadores después del mundo entero, serían a la vez los portaestandartes del progreso, llevando la civilización en las puntas de sus lanzas.

¡Tikun... Moderna Covadonga! Nido al igual que aquel otro de Pelayo, ha sido por espacio de más de un centenar de días de privaciones sin cuento, y de martirios inauditos, la admiración del mundo civilizado y el pasmo de los salvajes sarracenos.

Ciento quince días de bloqueo, trece soldados, ciento quince días asediados por la traición, acariciados por la codicia, anhelados por la venganza, teniendo por compañeros inseparables el hambre y la sed, pendientes a cada hora, a cada momento de ser víctimas inocentes frente al plomo traicionero del «paqueo»

o de caer indefensos prisioneros entre las garras del salvajismo musulmán.

¡Héroes de Tikun! Sois las águilas del heroísmo. Por eso, a semejanza de éstas, colocasteis tan alto vuestro nido, en la cumbre peñascosa. El vértice, la cima de vuestro calvario, la extremidad del tallo punzante de vuestros sufrimientos, está tocando el cielo de la victoria. Por eso habeis cogido la flor de la immortalidad gloriosa, para ofrendarla ante el altar sagrado de la Patria.

¡Héroes de Tikun! El extranjero os admira; el mundo guerrero os envidia; el pueblo español os abraza; vuestras familias no aciertan de contento si a reir o llorar. La madre Patria os recoge en su regazo; el Dios de los Ejércitos, que es el Dios de las bondades infinitas, y el Dios del eterno galardón, bendice desde el cielo, las penalidades sufridas por la Patria, divinizando el dolor de vuestras almas; almas fuertes, aceradas, que saben quebrar antes que doblegarse y rendirse ante el enemigo; almas, en fin, de la blancura y solidez del mármol, duras como las rocas, sobre las que se asentaba vuestra modesta posición de Tikun.

Era una noche oscura, tenebrosa. Bajo un cielo negro, más negro que la conciencia de un sacrílego, se cobijaba, como raposas, un crecido número de enemigos seculares de la raza hispana. El viento azotaba con zarpazos de fiera los costados de la fortificación, resbalando y retrocediendo al contacto de las murallas, como las arenas del desierto caen rendidas ante las pirámides de Egipto. Las huestes sarracenas intentaban asaltar por sorpresa (ya que no por valor) la valla de alambres que formaban las avanzadas de la posición

—«Sargento Sánchez, ríndite y tendrás agua y víveres»—se dejó oír una voz entre los peñascales—Una descarga cerrada fué la respuesta del jefe de la modesta posición de Tikun, a cuyo ruido se espantaron los hijos de la degenerada raza mahometana, como al estampido de la nube se ahuyentan las aves nocturnas de rapiña. Después... una granada al ser lanzada al enemigo, hería la mano derecha del heroico sargento Sánchez Vivancos: cuya amputación se hizo precisa al golpe de un hacha a falta de otros elementos de cirujía.

Después... al amanecer de un día esplendoroso, el telégrafo de banderas, el heliógrafo, rayo luminoso, a la vez que las ondas hertzianas hacían llegar a las respectivas estaciones receptoras, las frases con que encabezamos estas líneas: «Sin novedad en la posición». Frases que seguramente archivará la Historia, para inmortalizarlas y para ejemplar modelo de las generaciones futuras.

Pocas horas después, la Aviación, reina de los vientos, dominando la atmósfera serena, se cernía, en majestuoso vuelo con la representación de la Patria, haciendo inclinar sus aeronaves, sobre aquel recinto sagrado, síntesis, compendio, viva encarnación de la invencible raza española. ¿Para qué? Más que para infundirles aliento, para ofrendarles sus respetos, para testimoniarles su gratitud, para ofrecerles su admiración, para rendirles pleitesía y homenaje envuelto entre los penachos del humo de sus motores y el alegre voltear de sus hélices, como a genios del heroísmo.—*Francisco Trigueros.*—Ilustre sacerdote murciano.

#### De el semanario «Amor y Esperanza»

A la atenta invitación de «Amor y Esperanza» para su número extraordinario, en honor del sargento

don Manuel Sánchez Vivancos, defensor de Tikun, correspondo con mi felicitación por tan expresivo homenaje y repito mi cariñoso saludo a este valeroso soldado que ha tocado al corazón del pueblo con su abnegado comportamiento.

Aplaudo a Alhama, que al rendir a su hijo predilecto tributos de admiración y afecto, manifiesta la nobleza que la enaltece de sus sentimientos, premia la lealtad y el sacrificio y realiza un verdadero acto de patriotismo.—Rodolfo Vivancos.—alcalde presidente.

#### Nobleza obliga

No bastará que el pueblo alhameño, al fogonazo de magnesio de la pasión, produzca formidable estruendo al exteriorizar sus justificados entusiasmos en el acto de recibir al héroe, cuando, de retorno, pise éste el sagrado polvo de su patria chica; no bastará que el alma alhameña, hidalga siempre, abra sus brazos para estrechar contra su corazón al hijo predilecto, al hijo noble, al hijo digno y bueno que supo, en la ingrata tierra africana, honrarse a sí y honrar a su solar nativo.

La gallarda postura adoptada por el sublime Manco de Tikun, reclama algo más; reclama obra que dé plasticidad a aquella frase santa que brotó de sus labios, en momentos de la más tremenda angustia: «Sin novedad en la posición». Ni Leónidas en las Termópilas, ni Palafox en Zaragoza, ni Romeu el Guerrillero en Sagunto, tuvieron frases más afortunadas. Esas palabras reveladoras del santo optimismo de que se saturan las almas grandes, deben esculpirse en mármoles. Sí, grábese, no solamente para admirar su fondo ideológico, sino para que sirvan de ejemplo vivo,

educador, a las actuales y futuras generaciones alhameñas.

El heroísmo, como la santidad, marcan un límite en la perfección espiritual del hombre; y los que logran escalar esa elevada posición, como Manuel Sánchez Vivancos, son, de hecho y de derecho, las figuras representativas de la Historia a las que se deben siempre los más grandes triunfos de la raza. Si yo fuera alhameño; si yo hubiese nacido en ese hermoso solar, en ese paraíso de Levante, me sentiría tan orgulloso que las calles de la población resultarían estrechas para pasearme por ellas. ¡Cuanto os envidio a los que podeis decir: ¡El sargento Sánchez Vivancos es mi paisano!

Levantad, pues, alhameños, en punto céntrico y visible de la villa, esa estatua que proyectó quien posee un cerebro sano y culto y un corazón que late siempre al unísono de los grandes ideales (D. Constantino López Méndez); gravad en su pedestal esa frase que compendia el romanticismo del amor patrio, y rotulad, con el glorioso nombre de «Manco de Tikum», una de las más hermosas avenidas. Vosotros, que siempre fuisteis nobles y generosos, sabréis en esta ocasión ser justos.

Alhameños el héroe os pertenece; cumplid con vuestro deber. Nobleza obliga.—Maximino Sabater.—Maestro Nacional.

### Al héroe de Tikun

Cuando absorto, a la vista de tu hazaña,  
par en arrojo por hallar me afano  
nuestros héroes de ayer evoco en vano,  
con ser en héroes opulenta España.

De siglos a través, y en tierra extraña,  
habla la antigüedad de aquel romano  
que osa al fuego poner la torpe mano,  
porque en la sombra su puñal se engaña.

Cercenando la tuya tu cuchilla,  
a la par que el laurel de tu victoria,  
será a los venideros maravilla;

pues a emular de Scévola la gloria,  
entre las llamas luminosa brilla  
del férvido entusiasmo de la Historia.

R. SÁNCHEZ MADRIGAL

Laureado poeta murciano

### LOS LAURELES

*Al sargento D. Manuel Sánchez Vivancos, heroico defensor de la posición de Tikun, con motivo de su nombramiento de Hijo predilecto de Alhama de Murcia.*

Bajo el cielo lluvioso de la tierra africana,  
defendiendo a su patria como buen español,  
un sargento alhameño, de raigambre cristiana,  
se ha nimbado la frente de glorioso arrebol.

Jubiloso y alegre, al besar la bandera,  
la juró defenderla con locura infantil;  
y a los pasos primeros de su noble carrera  
su palabra confirma con arresto viril.

Y allá sobre un monte, do la patria lo envía;  
y aunque ruge a sus plantas furibundo el Islán,  
nunca el miedo se adueña de su alma bravía,  
que hace frente al peligro con valor de Titán...

De un puñado de hidalgos, firme está a la cabeza  
resistiendo el asedio prolongado y cruel;  
en las horas de angustia él les da fortaleza,  
ya cercano mostrando el honor del laurel.

Pasan días y meses en constante amargura  
de la patria alejados por el moro traidor...  
Si les faltan las armas, no les falta bravura;  
si les falta el sustento, no les falta vigor...

La perfidia traidora de esa indómita raza  
su probado heroísmo quiere en vano gastar;  
pues la fe de sus pechos es la firme coraza  
que los tiene en sus puestos en constante velar.

Como lleva en sus venas el ardor de Pelayo,  
tiene hazañas y arrestos de inmortal paladín;  
y aunque herido combate para no ser vasallo  
de las huestes rifeñas del soberbio Abd-El Krin.

Mas los tiempos aciagos ya pasaron; y ahora,  
de laureles floridos coronada la sien,  
vuelve alegre a su tierra, a su patria que adora,  
de quien fué el aguerrido e invencible sostén...

Por España luchando, se ha cubierto de gloria;  
y ahora España lo abraza con cariño y amor,  
mientras graba su nombre con respeto la Historia  
en sus páginas aureas de perenne fulgor...

Gloria y prez al sargento, que su sangre derrama  
y su nombre tan alto ha sabido poner...  
Cuente ya sus proezas con orgullo la Fama  
y el honor de la Raza brille ya por doquier...

Gloria y prez a su cuna... Gloria al pueblo alhameño,  
que es vergel de virtudes y heroísmo sin par...  
Si encerrado entre montes es un pueblo pequeño,  
toda el alma de España vése en él palpitar...

¡Gloria al genio fecundo de la raza valiente...!  
¡Gloria a España la grande, que es la madre común...!  
¡Gloria al bravo soldado, que la sirve fielmente...!  
¡Gloria al Manco sublime, defensor de Tikun...!

AMABLE MARTÍNEZ  
Laureado poeta, sacerdote de esta parroquia

## Contrastes

### AYER

En el alto picacho—nido de águilas—que domina las guardias de las fieras, un débil recinto, piedras y barro, defiende el honor de España; son alma de la defensa un puñado de hombres, cachorros de león, guiados alentadamente por un león castellano.

Noche angustiosa es el tiempo todo; nadie se acerca en socorro de los que cercados, acosados por la traición moruna, dominados por el número, agobiados por la escasez de municiones y víveres, encuentran sólo en su alma indomable el valor necesario para soportar el riesgo y no claudicar en su empeño de honor.

El jefe de la posición—modesto sargento—sufre, sobre el pesar común, zozobras, tristezas, preocupaciones infinitas por las vidas que tiene a su cargo, por la honra española, que le esta confiada; no ceja, no se entrega; sus ojos ávidos avizoran ansiosos el horizonte al oír la trepidación de un motor—son los bravos aviadores, caballeros del aire, que les alientan con su presencia, únicos lazos que les atan en su desamparo, con la Patria adorada.

Rechaza ofertas de rendición, se mantiene en su puesto incombusto y fiero, y con gesto, que es orgullo de la Raza, esa alma lacedemonia que anida en un cuerpo que parece endurecido en las aguas del Eurotas, llega a las más altas cimas del sacrificio, cortando es-

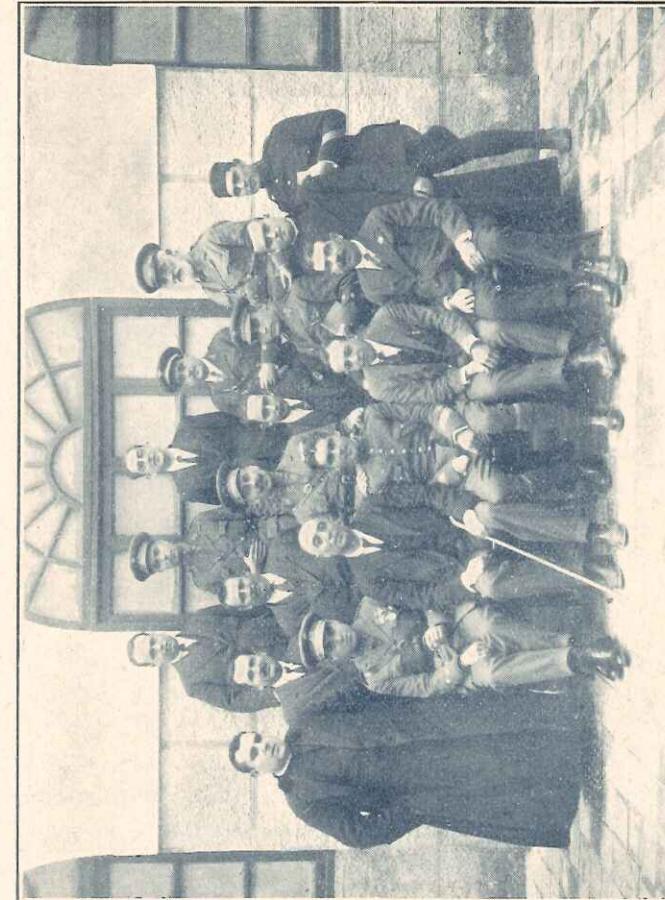
tóico con rudo hachazo, la mano ensangrentada que deposita en el altar de la Patria y da un parte que pudiera firmar Leónidas: «Sin novedad en la posición».

### HOY

Un sol ardiente sobre la vega florida,—el mal tiempo desgarró sus tules para que el padre Febo pudiese contemplar al héroe—un pueblo engalanado que se desborda plétórico de entusiasmo en homenaje al hijo predilecto que le honró con su asombrosa hazaña; voces que enronquecen en vítores atronadores, labios de grana, bocas de mujer que sonrien amorosas, ojos admirables a los que vela el llanto, níveas manos femeninas que deshojan trémulas flores fragantes sobre la cabeza del heroico y mutilado mancebo; emoción en las calles, emoción en el templo—donde en acto emotivo el que supo mantenerse erguido ante el duro ataque de las fieras traidoras, dobla su rodilla e inclina su frente ante la virgen amada cuyo nombre balbucearon más que sus labios su pensamiento en los momentos intensos del arrollador combate.

Autoridades, compañeros, pueblo entero rinde a sus plantas la pleitesía de su admiración en homenaje fervoroso, y el estóico de la cruenta pelea, permanece sereno en apariencia, pero tremante el corazón, que hace poner un rictus de sensibilidad en su boca callada, una nube emocional en su ojos que miran ansiosos, como en la evocación de un sueño, la tierra madre que le vió nacer, el hogar añorado y que consideró perdido.

Rasga el ambiente el trepidar violento de motores, se alzan al cielo las miradas expectantes, por las nubes—que es el sitio de lo exelso—cruzan los aires pájaros guerreros, hoy en misión de paz: son los he-



*Comisiones, civil y militar que organizaron los festejos en su honor*



roicos caballeros del aire, que vienen a rendir al héroe a quien socorrieron en el combate, hoy, en esta gesta patriótica su admiración también, su devoción y cariño.

### MAÑANA

Una hermosa calle llevará el nombre, ilustrado con sus proezas, del sargento Sánchez Vivancos; en una de sus plazas, un busto del sargento Manuel Sánchez Vivancos hablará con la elocuencia de su piedra muda, a las generaciones venideras, y aleccionará a la infancia del porvenir, con enseñanza patriótica, haciéndoles ver, que también los modestos, los humiles, llegan a la inmortalidad y reciben el merecido premio, cuando saben con sus acciones heroicas fijar la admiración de un pueblo, cuando saben sacrificarse abnegadamente por España que debe ser siempre el amor de nuestros amores.

Y la Fama en su raudo vuelo llevará el nombre ya ilustre de Sánchez Vivancos por los ámbitos de la Patria, y dejará caer eternamente el nombre de esta Patria que recibió el holocausto de su sacrificio, esas flores que a su llegada a Alhama, níveas manos femeninas deshojaron conmovidas y amorosas sobre la cabeza erguida del mutilado mancebo.—*Oscar Nevado.*  
—Teniente Coronel de Infantería.

### II PATRIOTISMO II

Como embriagados de dicha, transportados de dicha y entusiasmo, como absortos en la contemplación de lo grande, de lo bello, de lo sublime, hemos pasado

estos días recordando y celebrando las hazañas del joven alhameño Manuel Sánchez Vivancos.

¡Ha sido mucho el patriotismo del bravo sargento...!

El acto heroico de este ilustre jefe de la posición de Tikun, sublime entre lo grande, nos ha hecho saborear aquí dentro, en el corazón, la exquisita dulcedumbre del amor patrio.

¡Patriotismo, patriotismo...! Qué poco conocida es esta virtud y... ¡cuanto vale el patriotismo!..

Y es que el patriotismo es amor al suelo que nos vió nacer; y el suelo que nos vió nacer, llamado patria, es nuestra madre; y el amor de la madre patria, ha sido consagrado por Dios.

Sin cesar exhorta Moisés en nombre de Dios a los israelitas a que amen su nación y aprecien y cumplan sus leyes. Y sabemos hasta qué punto llevó aquel pueblo después el patriotismo.

Pero, ¿qué más? El mismo Jesucristo ¿no derramó lágrimas anunciando las desgracias que iban bien pronto a caer sobre su nación?

Yo me imagino a los israelitas saboreando en el destierro la dulce virtud del patriotismo.

Cautivos en Babilonia, ni los trabajos de su dura esclavitud, ni las vanidades y delicias de aquella ciudad opulentísima, fueron capaces de apartar jamás de su memoria su dulce patria.

Para más avivar su recuerdo y contemplar a su satisfacción tan dulce objeto, se salían del pueblo, dejaban el bullicio de las gentes, no querían oír voces halagüeñas, ni ver cosa alguna que pudiera llamar la atención o distraer su pensamiento; buscaban la soledad en las riberas del río Eufrates, donde sentados con profundo silencio, repasaban en su memoria la gran-

deza, el tesoro, las delicias, todas las comodidades de su amada patria, de que se veían privados.

Con este vivo recuerdo, de tal suerte se les encendían los deseos de gozarla, que llegaron a prorrumpir con estas expresiones ¡Oh Sión! ¡oh ciudad santa! primero sufriremos que se nos corte o se seque nuestra mano derecha y se quede pegada nuestra lengua en el paladar sin poder moverla, que olvidarnos de tí.

Así tú, joven valiente, ilustre alhameño, héroe insigne de nuestra nación... recordando y amando a la madre Patria desde aquella tierra africana, le has ofrecido el sacrificio de tu vida, rubricando solemnemente con la sangre que brotó al golpe del hacha, de tu amputada mano derecha... ¡Viva España!—*El Cura Párroco.*



## El héroe de Tikun

*Para D. Roque Sánchez, respetable amigo y maestro, en holocausto de mi admiración y respeto.*

Hoy que ya pasaron los huracanes de la trágica tragedia, hoy que ya no oírnos los horribles cañones ni los gritos gemebundos del herido por su carne destrozada, hoy que lloramos y vestimos el luto por los paladines de la tragedia, te rendiré ¡oh venerado amigo! el tributo que nos mereciste, pues el muñón patente de tu mano mutilada quiere retratar los épicos pasajes de la campaña inútil y funesta, el estoico gesto de la bárbara amputación, las acibaradas lágrimas del padre y los ásperos momentos de su angustia, habían de exigir nuestra postración más humillada.

Hoy que tu brazo cansado de lidiar abandona la espada y el escudo, que tu cuerpo desceñido de los plumbos arreos se entrega en su cansancio el pueblo que te oyó el primer vocablo, que sintió el leve murmullo de tu primera plegaria, que cobijó con el raso estofado de su cielo tus pasos de niño y tus primeras andanzas de muchacho, te rinde la ofrenda de su admiración y su cariño.

Y si no te ha calmado aún la fiebre del asedio, ni el ardor calenturiento de la contienda, si aún arde en tu garganta el ansia mortal de aquella sed, ven a lenificar tu padecer en tu pueblo, rendido de orgullo, que aplacará el ardor febril de tu cerebro con la fragancia de su regazo material.—Francisco López Martínez (1)

(1) Joven alhameño que no ha cumplido todavía los quince años

## Nuestra tierra y nuestro héroe

*A D. Manuel Sánchez Vivancos.*

Alhama; pueblo adorado,  
cuna mía y de mis padres...  
el ideal Paraíso  
de los marcianos paisajes;  
adornada cual doncella  
de hermosura incomparable,  
con la corona de nieve  
de tus montañas gigantes,  
con los campos de esmeralda,  
de vides y naranjales  
y con el manto de flores  
que puso Dios en tus valles...

Hasta el azul de tu cielo  
da color incomparable,  
al sublime panorama  
haciéndole más brillante.

Si es joyel de tu nobleza  
un roquero baluarte,  
testigo y ejecutoria  
de no haber sido cobarde  
hoy lo acreditan tus hijos,  
dejándose en los combates  
o pedazos de set cuerpo  
o raudales de su sangre.

Cuando aún resuenan los ecos  
de aquel grandioso homenaje  
que le hiciste a un alhameño  
a quien Dios quiso ayudarle,  
palpitán los corazones  
con entusiastas afanes  
para aclamar a un valiente  
niño, con alma tan grande,  
que algo suyo dió a la Patria  
como en Lepanto Cervantes  
antes que firmar su mano  
una rendición cobarde.

En la gloria donde moran  
se alegran los inmortales  
que brillaron en la ciencia  
y nacieron en tus lares.

¡Feliz quien con gloria vuelve  
a la tierra donde nace!

¡Dichosa la Patria chica  
que sus hijos hacen grande!

¡Bendito el pueblo que honra  
a los que saben honrarle...

JOAQUÍN GIL DE VERGARA GARCÍA

NOTA. Esta poesía fué enviada desde Toriosa por su autor, para ser leída en el Ayuntamiento en el acto del homenaje.

### GLORIA DE LA PATRIA

Otra vez Alhama de Murcia está de enhorabuena, por el retorno de los campos africanos de otro de sus heroicos hijos, el sargento D. Manuel Sánchez Vivancos, ceñida su frente con el laurel de la victoria.

Otra vez, hinchido su pecho de júbilo se enorgullece de encontrar entre ellos, al que ha brillado por su actuación gloriosa en lucha contra el moro, como astro de primera magnitud en el cielo de los heroismos patrios.

Otra vez vuelve a consignar en los fastos gloriosos un acontecimiento que merece ser perpetuado en duro bronce, para que la acción destructora de los siglos, jamás pueda borrarlo, y sirva de admiración y estímulo a las generaciones venideras.

Página brillante escrita con caracteres indelebles, pues escrita está con la sangre de un hijo que supo defender su patria.

Justo es que Alhama de Murcia se regocije y se honre con tal hijo. Es el orgullo propio de una madre, ya que las glorias del hijo son también sus propias glorias.

¡Qué contraste! Mientras hijos espúreos de España la deshonran y ultrajan con calumnias, otros que sienten como propias sus ofensas, que sienten hervir la sangre en sus venas, y cuyo pecho se abrasa en el fuego sagrado del patriotismo, se lanzan intrépidos al campo de batalla, para vindicar su honra mancillada y su honor menospreciado, y no vacilan en dar pecho al enemigo y derramar por ella su sangre generosa.

Pues ese fuego que caldea así los corazones, en el amor a su patria, es el que prendió en el pecho de nuestro héroe, he hizo que fuese el continuador de

nuestras grandiosas epopeyas no interrumpiéndose en la larga serie de los siglos, esa cadena innumerable de ilustres guerreros, que supieron confirmar con su temple de acero, como el duro metal de las espadas que envainaban en sus cintos, con su valor y su heroismo, que no en vano el simbólico León de Castilla ondea en el pabellón y en el escudo de España.

Y ese ideal y ese patriotismo, es el que hizo al héroe de Tikun permanecer inmóvil en su puesto, como dura roca, aunque viera su guerrera salpicada con su sangre que le haría recordar el color de la bandera símbolo de la patria y el juramento que ante ella prestara de defenderla a costa de su vida. Por eso y porque no podía hacerla traición, aun en medio de las amarguras y sufrimientos de un asedio cruel, con gesto patriótico y viril, prefirió perder su mano a un cobarde rendimiento o a una vergonzosa retirada.

¡Oh soldado invicto, gloria de España, honra de tu pueblo y prez del Ejército Español!

En medio de las aclamaciones entusiastas y de los distintos actos que con tanta brillantez y esplendor se han celebrado para festejarte, he visto simbolizado, asociarse en sublime concierto el triple homenaje de aquellas que pudiéramos llamar tus tres madres.

El homenaje de tu madre patria España que te venera y ensalza por tu heroismo, porque has sabido defenderla y conservar incólume el prestigio de sus tradiciones gloriosas.

El de Alhama de Murcia, también tu madre y patria chica que se regocija y te abraza; y porque en tí cifra su honra y su honor, te nombra su hijo predilecto.

El de tu madre querida, de aquella que perdiste en los años felices de tu infancia. Ella te bendice

y asocia a este homenaje de cariño, de admiración y do justicia.

Ella, en aquellas horas amargas de tu asedio, te mostraría desde las alturas la corona de los mártires y te infundiría alientos para no desmayar en la lucha y seguir las huellas ensangrentadas, si, pero gloriosas, de aquellos que ofrendaron su vida por la patria. La justicia humana te dará su recompensa.

La Laureada, la Medalla Militar, el ascenso, si, son gloriosas condecoraciones que quizás pronto adornarán tu pecho; pero ya puedes ostentar una que es, a no dudar, la más valiosa, y que será para ti tu mayor timbre de gloria, porque sintetiza y compendia tus heroicas hazañas.

Es ese lema que pasará a la posteridad con la aureola de la gloria, y que, cual nuncio de ventura, recorrerá España entera, pregonando el heroísmo de la raza con aire de triunfo y de victoria: «Sin novedad en la Posición o el Manco de *Tikun*.—*Domingo Vicente*.—Sacerdote de esta parroquia.

### La Patria chica

¿Qué es la Patria chica? El querer expresarlo, el querer definirlo, es tau imposible, es tan difícil como dar gráfica expresión del sentimiento, de lo que nos emociona, de lo que nos conmueve, de lo que hace vibrar las fibras más íntimas y recónditas de nuestro espíritu en lo que tiene de afectivo. Porque la Patria chica es para nosotros un símbolo, pues nos representa el amor más grande y más noble de la tierra, el que nos aproxima a Dios porque tiene visos de sublime y divino, el amor de madre; además la Patria chica es el símbolo de nuestros afectos más puros y tiernos,

aquellos que se impregnan en nuestra alma y no se borran jamás, y que en esas horas tan llenas de pesadumbre y de tristeza tan frecuentes en nuestra vida de zozobras y de preocupaciones, se rememoran y nos dan un dulce consuelo en nuestras torturas morales y nos hacen olvidarlas por un momento. ¡Dichosos los años de nuestra infancia! Los recuerdos gratos que ellos nos traen avivan nuestro cariño a los seres y a las cosas con los que compartimos nuestros tiernos años; las calles, los árboles las montañas, las personas, los más insignificantes objetos que por entonces formaron parte de nuestra existencia, aparecen en nuestra mente como faro luminoso y despiertan en nuestro corazón las más dulces emociones. Esto es la Patria chica, el lugar donde nacimos y donde corrieron, ¡ay!, para no volver más, nuestros primeros años.

Cuando ya la reflexión se impone y el positivismo de la vida amortigua la pureza de nuestros sentimientos, aún queda un resollo en nuestro corazón de la más sana nobleza al acordarnos de nuestra infancia, de nuestra Patria chica y deseáramos para ella toda clase de dones y bienandanzas y rodearla de las galas más preciosas. Con cuento ardor y entusiasmo decimos al ensalzar una cosa grande y buena, «esto es de mi pueblo, esto se cría en mi pueblo». Es decir, es cosa mía y yo he contribuido a su bondad y su belleza.

Y es lástima que estos sentimientos tan nobles, que raro es el que nos los experimenta, y que brotan espontáneos enfrente de personas que son extrañas a nuestro pueblo, no sirvan de acicate para exaltar en cada uno la idea de engrandecimiento y prosperidad de su Patria chica.

Por desdicha los intereses mezquinos presiden, si se exceptúan contados casos, a la mayoría de nues-

tros actos sociales y se sobreponen a los más sanos ideales y es lo bastante que cualquier ciudadano sienta el deseo de hacer alguna mejora en beneficio de su pueblo, para que la desbarate la Crítica más acerba y ramplona, siendo generalmente los que critican, los más ineptos e ignorantes.

En el momento actual, precisamente lo que promueve estas líneas, un hecho glorioso, del cual todos tenemos minuciosos detalles, realizado por el sargento Sánchez en la cruenta guerra de África, ha venido a exaltar y conmover el alma del pueblo, y todos, chicos y grandes, se aprestan a recibirla y agasajarle para premiar como se merece a su ya esclarecido paisano.

Pues al igual que en este hecho accidental, quisiera yo ver a los ciudadanos de este pueblo; siempre juntos, siempre pensando en altos ideales de engrandecimiento y prosperidad de su Patria chica; todos a una para que progrese, para que sea grande y aumentar los dones de belleza que la Naturaleza le ha dado y<-para que los que vengan a visitar este pueblo, puedan ir diciendo que Alhama es una población modelo en todas las manifestaciones del espíritu, por la pureza de sus costumbres, y la cultura de sus hijos.—Joaquín Lorenzo.—Médico titular de este Municipio.



## El Manco de Tikun

---

¡Mutilado en Tikun! Nimbo de gloria,  
raudal fundido en llama de dolores,  
corno ofrenda de España a tu memoria,  
tu frente ciñe y la inundó de flores,  
prende tu pecho y fulguró en la Historia.

Y no importa que el fuego y la metralla,  
ni que el hambre y la sed siembren la ruina;  
que la lumbre de un sol el cuerpo acalla,  
y el alma valerosa se ilumina  
con siniestros fulgores de batalla.

Ni empece que la mano temblorosa  
—la mano aquella que peleó briosa—  
se torne, gangrenada, en miembro inerte;  
que el Amor que es más grande que la muerte,  
sabrá la espina convertir en rosa.

¡Mutilado en Tikun! con un puñado  
de nobles fijodalgos que te siguen,  
de cruz y espada caballero armado,  
sin *que* reveses a traición te obliguen,  
ansías morir como ejemplar soldado.

Y un gesto de valor—¡sublime hachazo  
que secciona tu mano dolorida,  
en hora triste sin piedad feridal—  
mientras a la Patria el invencible brazo  
que amputa el otro para darle vida...

Así agranda la historia de <los Mancos.,  
solera de una raza de gigantes,  
objeto, a veces, de inmortales blancos,

como <en alta ocasión'- el gran Cervantes,  
el héroe de Tikun, Sánchez Vívancos,

Y escrita así la memorable gesta  
con amor, por divino, sobrehumano,  
y en bien de España la mirada puesta,  
el Manco audaz a quien sobró una mano  
para entregarnos la bandera enhienda.

Excelso guión de la gloriosa hazaña;  
una frase feliz, toda hecha llama,  
de aire y de luz en piélago se baña: .  
Ella posición sin novedad\*, proclama  
el Mutilado al saludar a España...

.....

¡Fué la Patria, en;el místico embeleso,  
la que inspiró tu gesta iluminada;  
y al estampar en tu costado un beso  
que al ritmo vibra de cantiga alada,  
brota, hecha flor, la honrosa Laureada...!

.....

¡Fué Dios, el Hacedor de cosas bellas,  
quien premia el florecer de tus amores,  
y entonando dulcísimas querellas  
en el vergel azul arranca estrellas  
y engarza a tu muñón sus resplandores...!

.....

¡¡Y es la mágica hurí de la Poesía  
que, hoy, tierra y cielo al abrazarte, abraza  
y canta como nunca de alegría  
al héroe invicto de la Patria mía.  
orgullo de mi sangre y de mi Raza ..t!

Gi s CÉSPEDES

## De «Vida Militar»

---

Ahí le tenéis. El hombre estudiioso, amante de su profesión, de espíritu tenaz y resuelto, contiene durante cuatro meses, y en un pequeño blocao denominado Tikun, en la zona de Larache, a enemigo mayor en numero que los valientes que a su lado defendían el honor de nuestra Bandera, dando a conocer una vez más el subido temple de alma de nuestros soldados.

Con su ejemplo elevó el espíritu de todos, cuando ya empezaban a faltar los víveres y la sed y el hambre iban consumiendo a Vivancos y a sus cazadores; y en una de esas noches que con mas denuedo y fanatismo el enemigo, aprovechando los accidentes del terreno y el emplazamiento defectuoso del blocao, les atacaba y ostigaba a la rendición, Vivancos con la imposibilidad que le caracteriza, ordena a los defensores sagacidad y puntería; él arroja bombas, que hacen mella al enemigo; una, otra y otra..., hasta que al arrojar la última, menos afortunado, explota en su mano, destrozándose por completo...

Ni un ay se escapó de sus labios. ¡Gran corazón! Ni se innutró siquiera.

¿Qué hacer? ¿Llamar para que le curen?... No; decaería el espíritu tan levantado de los suyos; y, tras un momento de incertidumbre, se decide resueltamente. El mismo se cercena los restos deformes que la bomba le dejara, y con gran dolor y trabajo, como pudo, se venda para no desangrarse; después, como si

nada hubiese ocurrido, otra vez al parapeto a animar a los suyos, que con la vista al campo no perdían movimiento alguno del enemigo.

Al amanecer. «Sin novedad en la posición», dice el parte.

Sublime y grandioso reflejo del espíritu de disciplina y sacrificio que caracteriza a nuestra humilde clase.

A los ochenta días faltan víveres y agua. Sólo garbanzos tostados es el alimento de estos valientes hijos de España. Tan sólo queda un vaso de agua, que por todos es designado generosamente para el sargento mártir, aquel que en los días más tristes les animaba con la vuelta a sus pueblos y el abrazo de sus madres, que llorando esperaban su regreso... El, en cambio, no esperaba esas caricias. Más desdichado que ellos, perdida la tenía desde mucho tiempo, y seguro era que le estaría viendo, llena de gozo, desde la mansión de gloria que él, tan bravamente y para honra suya, le estaba tegiendo.

Grande fué tic. heroísmo, gentil y bravo de Castilla.

Tus hazañas—como en los tiempos que pertenecías al bravo «Peleador» 33 de línea, gloria del Arma de Infantería, que te dió el ejemplo con sus innumerables hechos en la campaña del 21, y en donde te ganaste el cariño de tus jefes y compañeros, que ahora, más que nunca, saben lo magno de tu obra, fruto de las enseñanzas que en el mismo recibiste—fueron base para el altar que muy en breve te erigirán tus hermanos en el pueblo que tuvo la dicha de dar a su Patria un hijo tan valiente y humilde—

Ya fué liberada la fuerza que tan bravamente se portara desde el 3 de Septiembre hasta el 15 de Ene-

ro del año actual y unos en sus hogares, alrededor de sus deudos, y este curando de las heridas recibidas durante el asedio, gozan al pensar en el deber cumplido, repitiendo una y mil veces:

«¡Quien se encontrara en otra ocasión igual, para mayor gloria nuestra...!»

Y al final se ven sus labios moverse. Es una oración por las almas de aquellos compañeros que allá, en la aguada, dieran su vida por la Patria.—Antonio P. Calín. *Ilustre Sargento de Radiotelegrafía.*



## 4

*Al heroico sargento de Infantería de Sevilla número 33,*

### Don Manuel Sánchez Vivancos

En estas rimas sencillas  
enclaustrada el alma está  
de un murciano que en quintillas  
y doblando sus rodillas  
su entusiasmo rezará.

No es el triunfo el que me inspira,  
ni es la gloria la que canto,  
es el valor, es la lira  
del sacrificio que admira  
y a mi Patria baña en llanto.

Aquella, la que en su Zona  
jamás ocultóse el sol,  
al que la ultraja, perdona,  
pero en la lucha, es leona  
y un tigre cada español.

Defendiendo tu bandera  
has entregado la mano  
a esa raza traicionera  
que aún le queda otra frontera,  
la de tu cuerpo murciano.

Un español, que dió gloria  
a la tierra en que nació,

fué otro manco, en que la Historia  
lo reseña en la victoria  
de Lepanto la Guerrera.

Si aquel español valiente  
ofreció su mano en dote  
del triunfo que heroicamente  
lograra, quedóle la suficiente  
para escribir «El Quijote...

Y a tí, sereno Sargento,  
aún te resta la otra mano  
para que en todo momento  
muestres con gran fundamento  
que eres valiente murciano.

Recibe en esta que estrecho,  
la admiración por tu hazaña,  
y la emoción de este hecho,  
lance el grito de mi pecho  
exclamando: «¡Viva Español!»

Lose ANDREU GARCÍA  
Doctor en Filosofía y Letras

Madrid 16 de Marzo de 1925.

### **Conferencia dada por el Manco de l'Un, a los Exploradores de España en el Campamento de Espuña**

El día de Santiago fué el señalado por los Exploradores para el homenaje proyectado al Manco de Tikun, don Manuel Sánchez Vivancos.

Ocuparon la presidencia, don Iáidoro de la Cierva, jefe provincial de los Exploradores; don Juan Antonio Dimas, jefe de la Tropa de Madrid y miembro del Consejo Nacional; don Emilio Barba, jefe de la Tropa de Cartagena; don Enrique Meseguer, ayudante de Ingenieros; don Manuel Navarro, director del periódico «Espuña» y cura de los Exploradores; don Manuel Reverte, redactor de A. B. C.; don Roque Sánchez padre del homenajeado; don Bautista Martínez Mena, y otras personalidades.

La presentación la hizo el señor Cierva, exponiendo que habiéndose decidido celebrar un acto patriótico para rendir homenaje a un alhameño, ningún día más a propósito que el de Santiago, porque este santo guerrero ayudó a expulsar a los moros de nuestra Patria.

«Este joven, dice, don Manuel Sánchez Vivancos fué explorador que vino al primer Campamento y fué educado en este ambiente de fortaleza que le hizo un enamorado de la montaña».

A este propósito recuerda lo que le pasó en Granada cuando visitó las escuelas Manjón. Dice que al enseñarle un plano de España trazado en el suelo, llamó a uno de los niños preguntándole si nuestro suelo

era llano o accidentado, a lo cual contestó inmediatamente el niño que accidentado.

— ¿Y el carácter de sus hijos? —siguió el Padre Mañón.

—Los españoles, Padre, son «asperillos».

«Por eso, continuó el señor Cierva, los hijos de los españoles son asperillos, fuertes como le pasa al héroe cuya presencia honra hoy esta tribuna. Rindámosle tributo de gratitud y felicitemos a él a Alhama, a su padre y a los Exploradores de España».

Tras de una nutrida salva de aplausos, comienza el señor Sánchez Vivancos su conferencia, expresándose en la siguiente forma:

«Exploradores; mis queridos compañeros del primer campamento, mucho honor es para mí que vuestra jefe, el ilustre don Isidoro, como todos le llamais y yo también le llamo desde que con vosotros conviví en esta hermosa y fértil sierra, hace ya siete años; mucho honor es para mí, digo, haber sido designado por él para ocupar este sitio donde hablaron tantos insignes sabios, tantos ilustres oradores, sin tener en cuenta mi escasa cultura, mi insulicencia y sobre todo mi falta de verbo para dirigiros la palabra. No obstante y siéndome imposible una negativa, os contaré algo que os distraiga, algo que podáis recordar en momento oportuno, allá en tierras africanas o en los diferentes puntos donde tenemos que defender siempre el honor de nuestra madre Patria.

Pero, no espereis nada extraordinario, nada asombroso; la verdad es siempre menos emocionante que los relatos de los extraños que han oido una hazaña y al contarla la adornan con la galanura caprichosa de su gusto. Además, el primer asombrado al llegar a la plaza de Larache, fui yo, porque yo no hice otra



cosa en el blocao que habían confiado a mi custodia, que cumplir con mi deber como hubiera hecho en mi puesto cualquiera de vosotros, y también porque los heroismos con motivo de la guerra que tanto cambió de aspecto desde la activa intervención del Excelentísimo señor Presidente del Directorio Militar, caudillo insigne salvador de la Patria y de la bravura de nuestras soldados, han sido tantos, que el de hoy eclipsa al de ayer y el último a todos, pues lo mismo en campo abierto, que en la emboscada, que-en el parapeto de aislada posición, cumplían los soldados corno debían cumplir volviendo por el honor mancillado en el año 1921, por una equivocación, por una orden mal interpretada o quizá por sino fatal para que nos sirviera de lección. Prueba de ello, que los mismos soldados que días antes volvieron la cara, morían después sin retroceder un paso en su marcha triunfadora de la reconquista.

Por eso el caso de Tikun donde yo me hallaba con quince hombres, ha sido, sencillamente uno de tantos. Sólo ha habido de diferencia, un poco más de duración en el asedio por estar situados a mayor distancia de Larache y en un picacho al cual se llegaba con mayor dificultad por lo accidentado del terreno. No obstante, ¿qué hicimos sus defensores? Resistir corno teníamos obligación de hacerlo.

Al jurar la bandera, nos comprometimos a defender la Patria hasta perder la última gota de sangre, y nosotros no podíamos faltar a nuestro juramento como vosotros no podeis faltar a la promesa que haceis a vuestra bandera, ahora que sois niños y que luego jureis cuando mayores de edad. Así pues, no merece la pena contar lo que allí ocurrió, todo reducido a disparar los fusiles de día y de noche y a pasar un poco

de hambre y sed. Lo que sí puedo deciros, son los factores que principalmente influyeron en nuestra larga resistencia.

Por casualidad, seguramente, todos los soldados que componían la guarnición de Tikun, eran obreros del campo, y uno pastor en las secas y míseras tierras de un pueblo de Almería. Como tales obreros, estaban acostumbrados a la fatiga, a soportar las inclemencias del tiempo, a recibir la lluvia y el sol en los meses de estío, a comer fiambres y a ir casi desnudos por efecto de su pobreza aún en los meses más crudos del año; y yo que he sido explorador y antes y después he recorrido esta sierra escopeta al brazo tras las bravas perdices, también corno ellos estaba acostumbrado a pasar frío y calor, y a soportar las más duras fatigas.

Pues bien; esto que tiene un gran parecido con la vida que vosotros haceis, fué realmente el motivo de poder resistir tres meses y medio casi sin comer y mojándonos cuando la cubierta del blocao, agujereada por las balas enemigas, no ofrecía obstáculo para que recibiésemos el agua directamente de las nubes.

Y no era esto todo. La vida del campo, desarrolla con más perfección el oido y la vista. En el campo hay que mirar más lejos y oír desde mayor distancia los ruidos.

¿Quién de vosotros no ha presenciado una conversación entre pastores, por ejemplo, de un cerro a otro sin enterarse de lo que hablan aun estando situado entre los dos?

De ahí que los soldados que me acompañaban oyesen con toda seguridad la proximidad del enemigo y viesen en las sombras de la noche la chilaba de algún moro arrastraré junto a la alambrada intentando la sorpresa que nunca consiguieron.

Entre los soldados, se hallaba el pastor que ya he nombrado, y que fué el que mayores servicios prestó a la guarnición. Tal costumbre tenía por haber pasado su vida en el campo, que veía la boca de un fusil junto a la roca donde se ocultaba el moro en acecho para disparar a una distancia no menor a cincuenta metros. Y ¡cosa rara! era el más valiente, aunque valientes eran todos. Tenía un alma noble, un valor sereno y atendía como padre cariñoso a sus compañeros. El fué quien me ayudó a amputarme los trozos putrefactos de la mano, y él también el que salió en un día con otros dos soldados, burlando la vigilancia enemiga, por víveres, cuando se caían del parapeto desmayados por el hambre.

Por eso he dicho antes y repito ahora, que sólo la costumbre de la vida del campo, de la fatiga y de las privaciones, fueron los factores más principales para la resistencia de la guarnición de que era jefe. Además, siempre he sido un admirador de la Naturaleza. Con cuento cariño recordaba en Marruecos las bellezas de esta sierra, comparándolas con las estériles montañas que atravesé en el año 1921 y después en el 24. Porque la sierra de Espuña la conozco palmo a palmo. Mis aficiones cinegéticas me han hecho recorrer estos barrancos tras de la caza. He estado temporadas de tres meses en lo más alto de ella, y conozco todos los caminos y senderos que la cruzan en todas direcciones, y nada tan bello como la alborada en la sierra, en lo alto de un picacho de estos que nos rodean. El piar de la alondra, el arrogante canto de la perdiz que por aquí abunda, los armoniosos trinos del ruiseñor y la suave brisa matutina, poética anunciación de la venida del día, atraen y subyugan al que, en las soledades de estos barrancos, siente curiosidad

de conocer los secretos de la Naturaleza, porque en todos ellos se ve la obra de Dios.

¿Quién no queda absorto ante la obra artística de un nido de jilgueros o de un nido de golondrinas, simpáticas avecillas que según la tradición ostentan esas manchas rojas de la sangre del Divino Maestro desde que al verle clavado en la cruz intentaron arrancar los clavos con sus afilados piquitos? ¿Qué les sirve de guía para marcharse al hemisferio Austral y volver en la Primavera siguiente al nido que con tanto mimo construyeron? ¿Quién las salva y protege en la inmensidad del espacio para vencer los elementos? Dios. Indudablemente, Dios. Por eso, cuanto más nos aproximamos a la Naturaleza más nos aproximamos a Dios.

«En aquellas soledades del macizo de Beni-Gorbet, todos confiábamos más que en nuestras propias fuerzas, en el auxilio y ayuda de la Providencia. Y, en efecto, cuando llevábamos cuatro días sin comer y sobre todo, sin tener una gota de agua para humedecer los labios secos por la sed que ya nos producía accesos de locura, Dios nos envió, con una nube, toda el agua que necesitábamos. Y todavía más. Cubrióse la montaña con densa niebla, tan densa, que permitió salir a tres de mis soldados a la única posición cercana que quedaba y regresar felizmente con víveres y medicinas para curarme la mano que por efecto de la gangrena me apestaba, y que al disponer de yodo y gasas hube de amputármela rápidamente.

Para recorrer la sierra en días de niebla, aún conociéndola con toda perfección se necesita una práctica y una costumbre excepcionales. No creáis que eso es fácil ni aún para los mismos que se han criado en



Tifra de c5ierra & peña

ella. Yo me he visto encerrado en estrecha bóveda en lo alto del Morrón, de Alhama en el llano de las Tres Carrascas, y he tenido que aproximarme al Valle, primero, y al barranco del Poyo MigUel, después, poco más arriba del Gigante, y arrojar piedras para saber por donde había de dirigir mis pasos. Recordando esto el día que los soldados, puede decirse, que a la desesperada, salieron por víveres a Harcha, les previne que haría disparos de fusil de vez en cuando para que, sabiendo de donde partían, les sirviese de orientación en su peligrosa marcha.

¡Cuantas veces me he acordado de vosotros, sobre todo en los momentos en que tenía que resolver favorablemente una situación difícil y apurada! Porque, como yo aprendí en la Institución, el explorador desde que ingresa tiene que pensar en hacer las cosas por sí solo. En Tikun no había telégrafo, y pronto combiné una clave para entenderme con Harcha, la única posición con quien podía comunicarme a viva voz cuando cesaba el viento y el silencio de la sierra nos lo permitía. Si en Harcha hubiese habido un explorador, la comunicación con banderas, con un espejo y por la noche con una luz, la hubiésemos tenido desde el primer momento del asedio. Pero, no lo había, y nos costó gran trabajo el entendernos.

Por eso me acordaba tantas veces del tiempo que practiqué como explorador en esta sierra, y si he de decir la verdad, en dos ocasiones pude llevar a efecto sus enseñanzas. Una fue en el 1921, en la parte de Melilla. Habíamos hecho una provechosa marcha persiguiendo al enemigo y cuando regresábamos a nuestra base, hubimos de atravesar por un desfiladero, peligroso en extremo, donde se hallaba el enemigo fuertemente atrincherado. Había que atravesar casi corrien-

do, y el que tenía la desgracia de resbalar y caer, allí quedaba, pués ningún soldado podía detenerse para prestarle ayuda. Cerca del sitio que yo ocupaba, venía un muchacho rendido completamente y casi sin poder andar. Al verle en aquel estado, comprendí, bien pronto, que de seguro quedaría atrás o iría a parar a lo hondo del barranco. No lo pensé. Rápidamente me quité el cinturón y cruzándolo por el suyo y por <sup>tni</sup> brazo, lo llevé arrastrando al otro lado. No fuimos heridos. Otros infelices, en cambio, quedaron allí sin ser posible prestarles auxilio.

Pero lo que con más utilidad he practicado, ha sido la cura de heridos. Esto lo he hecho con harta frecuencia. En Tikun sólo tuvimos tres bajas, es decir, tres muertos. Los heridos leves no podían ser bajas porque era forzoso seguir prestando servicio para defendernos de los constantes ataques de la morisma que nos cercaba. Al quedar reducida la guarnición a una docena de hombres, tenía que poner cuatro en cada lado de los tres que tenía enfilados por el enemigo. El cuarto, o sea en la parte Sur, lo defendía un gran desfiladero que nosotros utilizamos para salir por un agujero hecho junto al suelo cuando fueron tres de mis soldados a Harcha. Después, percatado el enemigo, se nos cerró la única salida y estuvimos a punto de perecer de hambre.

Este fué el segundo periodo de suma gravedad para la guarnición. Lo mismo que el 4 de Noviembre, fecha en que la Providencia nos auxilió con abundante aguacero y una densa niebla que permitió la salida por víveres, nos favoreció también con otro día de niebla para que, desorientadas unas cabras, se acercasen

a las mismas alambradas, y que sin ruido, pudiésemos matar, a bayonetazos, una docena de ellas, que nos comimos en poco tiempo y con paca lumbre. Pero no teníamos pan ni galletas ni nada, y nuevamente sus fríenos las torturas del hambre, hasta determinar el Mando que la Aviación nos socorriese.

De esto, he de hacer una aclaración. En las fechas a que me refiero, estaba evacuándose, con grandes dificultades, todas las posiciones del sector de Messerach, donde se hallaban ocupados todos los aparatos y aún eran pocos. Además la posición de Tikun, situada en una pequeña meseta dominada por unas rocas a cincuenta metros, ofrecía grandes dificultades para su abastecimiento por la Aviación. Mas al terminar las operaciones en el referido sector, comenzaron a llevarnos víveres, a pesar de las grandísimas dificultades, costando la pérdida de ocho aparatos y la baja de cuatro pilotos de los mejores que tiene nuestro Ejército.

Yo quisiera tener la elocuencia necesaria para ensalzar como se merecen los bravos y arrojados aviadores, vencedores de los elementos y de los hombres. Son los verdaderos héroes de la campaña de Marruecos. Sin su cooperación, hubiesen perecido los defensores de las posiciones aisladas por el levantamiento de las cabilas de la zona occidental de nuestro Protectorado. Constantemente desafían el peligro. A todas horas les acecha la muerte. La más pequeña avería en el motor, una causa cualquiera, insignificante, que en tierra firme no es nada, constituye para ellos percance grave, porque los aparatos son imperfectos y una bala enemiga no encuentra obstáculo y les hiere o les incendia el motor, ocasionando la mortal caída.

Para abastecer nuestra posición, es decir, para dejar caer los sacos a nuestro alcance, tenían que desender hasta cuatro o cinco metros de la cubierta del blocao, teniendo en cuenta que entonces quedaban dominados por los moros ocultos en las rocas ya expresadas y desde estas rocas hacían fuego a los aeroplanos y a la posición, sosteniendo grandes luchas para recoger los víveres. Mas disponíamos de unos valiosísimos elementos que no solamente nos prestaron importantes servicios en el abastecimiento para recoger los panes que rodaban ladera abajo al romperse el saco, sino por la noche cuando la niebla y el ruido de la lluvia nos impedía ver ni oír al enemigo aproximarse a la alambrada. Estos elementos de tan inapreciable valor, eran inedia docena de perros.

Al hacerme cargo de la posición, cinco meses antes, me encontré con aquella familia que formaba parte integrante de la guarnición y que por convivir tanto tiempo con los soldados no podían ver a los moros. Los dos más viejos, «Tikun» y «Paloma», eran los más inteligentes y de estos os voy a hablar.

Era «Tikun» un enorme perrazo, grande y bravo que sólo huía de los chacales cuando estos acudían, en manada, hambrientos, a las inmediaciones del blocao. Entonces disgustado, con el lomo y el rabo erizados, retrocedía gruñendo de mala manera porque no quería darse por vencido.

Ladraba a todos los ruidos; lo mismo cuando oía o veía la proximidad de los moros, que cuando un mulo sin amo y sin rumbo cruzaba hacia la aguada. Pero tenía una condición buena; él era el que cogía los panes y él también el que corría estrepitosamente de un lado a otro en los combates en que el enemigo intentaba el ansiado asalto que nunca consiguió.

Todos los perros, nuevos y viejos, dormían a campo raso, entre el parapeto y la red de alambres que nos defendía. En cambio «Paloma» ladraba poco, pero cuando ladraba la alarma era segura y no tenía que avisar a los soldados: el enemigo se acercaba y cada cual acudía a su puesto con el fusil preparado, porque se sabía que los moros no estaban a más de treinta metros.

Por eso ya he dicho que en las noches oscuras nuestra confianza estaba en ella. Los centinelas no quitaban la vista de «Paloma». Esta recorría impasible los tres sitios peligrosos, y en cuanto desaparecía unos momentos para registrar fuera de la alambrada, se preguntaban unos a otros con verdadera ansia ¿dónde está «Paloma»? Y «Paloma» volvía moviendo la cola, que era la señal más halagüeña. Pero cuando la veíamos sentada sobre sus patas traseras, con las orejas empinadas y aspirando el aire en distintas direcciones, ya sabíamos que el enemigo se movía, se aproximaba cautelosamente, aunque sin sorprender el cuidado, el instinto de «Paloma».

Bien se percataron los moros y le tiraban con preferencia. Sin embargo, milagrosamente salió ilesa; no así el resto de aquella familia que sufrió cuatro bajas durante el asedio, y también como nosotros ambre y sed.

Los primeros días, hacían corro mirando como nos comíamos las habichuelas tostadas, extrañándose de que no les diésemos nada; mas después, salían a buscar lo que allí no encontraban, volviendo algunos con trozos de manos o pies de los muertos que el enemigo enterraba cerca, y luego a luego se distribuían los cadáveres entre chacales y perros. Pero a esto en verdad, debemos muchos ratos de descanso y algunas

horas de sueño. Sin su ayuda y vigilancia, se hubiesen agotado nuestras fuerzas y no hubiésemos podido resistir todo el tiempo del asedio.

Poco después éramos liberados y quedaba la posición abandonada. Si aún existen sus muros, podrá leerse en ellos la palabra «Explorador» que yo escribí cuando podía hacerlo con la mano derecha. Siempre he pensado, mis queridos compañeros, que si al valor de los soldados se unieran las prácticas y enseñanzas de los exploradores, ni hubiésemos tenido que lamentar lo del año 1921, ni la serie de combates del 24, porque entonces el soldado iría al Ejército más habituado a la vida de campaña, más obediente, y sobre todo más disciplinado. Con razón dijo el sabio insigne don Santiago Ramón y Cajal: «Poblar las intenciones y repoblar los montes, son los problemas que deben atender nuestros gobernantes, para civilizar el pueblo español y salvar a nuestra madre Patria.

#### **El héroe de Alhama**

El Ayuntamiento de Alhama ha escrito con letras de oro la frase de un héroe. ¿De un héroe? Sería mejor decir de un hombre.

El heroísmo, ha naufragado en la vulgaridad del tópico. Ha perdido la frase casi toda su fuerza de expresión. Y hace falta retirarla al desván del léxico como esos trastos inútiles desvencijados por todos los abusos.

Porque las palabras se gastan también. Especialmente las más pomposas.

Hay palabras de exaltación y de entusiasmo, de ternura y de rencor que han perdido su contenido emocional.

Palabras maravillosas, perfumadas por el temblor de una ilusión, que sirvieron para engarzar ensueños.

Palabras de maldición que fulguraron en el aire como el garabato siniestro de una estocada, para dejar en el corazón la estela roja de una herida.

Palabras de pasión y de ternuras, de venganza, de madrigal. El abuso las llevó a la inexpressión, a la fosa de los lugares comunes.

Y lo que era relámpago magnífico y rayo fulgurante apenas si luce con el destello fugaz y colorista de una bengala, para desmayarse rápidamente en cenizas...

No ha mucho que el maestro Zozaya, ese tigre de la crónica que asoma casi diariamente la huella de su zarpa, resaltaba la adulteración de la palabreja que expresa el heroísmo. Porque también allí descendió a la vulgaridad y a la inexpressión. También fué material de adulteración y de lisonjas. Y lo que sirvió un día para resaltar dioses, degeneró en un indigente adjetivo necrológico. Algo así como lo del «probo comerciante» que ciertos periódicos de provincias repiten según el tamaño de la esquina del difunto, y que ya el egregio Grandmontagne subrayaba en un mosáico de humorismo...

La palabra ha perdido expresión. ¿Y el gesto? ¿Qué va quedando del hecho heroico? La observación, cada vez más fija, no tolera ya sombras. La vida es un fenómeno de la materia sometida a la atención. Y el pensamiento moderno, como un laboratorio, va descomponiendo los actos, atomizándolos para conocerlos bien.

El heroísmo sometido al análisis, a lo que pudiéramos llamar química filosófica, no puede sustraerse a pasar por los ensayos de la inteligencia. Y su fórmula se va rectificando continuamente, hasta el más justo sentido humano.

Así no es ya, bastante un chispazo de fanfarriñería o de desesperación para destacar un héroe.

No se tolera ya ese heroísmo que sólo puede ser una lucubración de la vanidad. Ni ese otro que así como la embriaguez es científicamente una prolongación del carácter, sea un relieve del instinto de conservación.

Sin haber leído a Carlyle, sabe ya la gente a qué atenerse en materia de heroísmo. No basta ahora la explosión de vigor físico en colaboración con la suerte para irradiar gloria. Ser lobo del hombre, sin un antecedente espiritual, sin el aroma interno del sacrificio, no puede dar más que un éxito menguado. Y eso a costa de tener que emboscarse en el relumbrón de una metáfora.

El heroísmo es difícil. ¿Qué hace falta para montar la «máquina» de un héroe? Gracián dió la receta. Pero no sirve. Porque en la botica de la Humanidad no se mezclan ni se combinan todas las virtudes y todas las cualidades para despachar hombres. Los mismos personajes que Gracián presenta como modelo, ¿no son, en ocasiones, producto de una piadosa subjetividad?

Galdós, sin sugerencias conceptistas, escribió una frase admirable: «El heroísmo no se busca; se acepta». Y este pensamiento es como una sonrisa de comprensión humana. A través del concepto, el héroe deja su impureza espectacular para aparecer sencillamente como un hombre que se resigna.

Pero dejemos estas consideraciones, que pudieran pecar de pretenciosas. Y volvamos al motivo. Volvamos—nunca puede decirse mejor— a nuestro héroe. Se trata del sargento Manuel Sánchez Vivancos, del «Manco de Tikun». Su pueblo natal; Albania de Murcia, no cesa de hacerle homenajes. Y como decíamos, el Ayuntamiento ha escrito en su salón de sesiones la frase, para perpetuar en oro la gloria de una hazaña. Un matiz de heroísmo que pudiéramos llamar químicamente puro.

¿Qué hizo? Casi no hace falta relatarlo. Muchos cronistas ensalzaron al mozo. El telégrafo vibró con la noticia.

Era este, sargento jefe del blocao de Tikun. Estaba aislado. Sufría con los suyos el desfallecimiento del hambre y la desesperación de la sed. Los moros se acercaban invitándoles a la rendición, bajo la promesa de respetarlos y darles víveres y agua. Ellos resistían siempre. Y contestaban con descargas de fusilaría y granizada de metralla a las situaciones morbosas que intentaban desviarlos del deber.

Pero un día Sánchez Vivancos intentó arrojar una granada. El artefacto le hizo explosión y le seccionó la ruano derecha. No había desinfectantes ni material quirúrgico. Ante el peligro de una infección ordenó el herido a un soldado que cortara con un hacha los cartílagos y huesos que el explosivo había destrozado.

Y luego, ante el festón rojo de la mutilación, venciendo la angustia de la tortura física, comunicaba sencillamente al mando: «Sin novedad en la posición».

¿Es esto un héroe? Si hay heroísmo, tiene que

ser así. Sin escenografía, sin espectáculo. Oscureciendo el valor en la grandeza del sacrificio. Así son los hombres. Los espíritus fuertes que saben afrontar su tragedia sin exhibir el dolor para empequeñecerlo con la petulancia,

Está el mozo propuesto para altas recompensas. El pueblo alhameño espera impaciente. Alhama ha incorporado a su blasón la frase que vibró en Tikun. Y lo mismo que se destacó en el momento de la tragedia, luce con el fulgor del oro en la hermosa villa, mimada por la caricia de sus huertos que la besan con el ensueño de los azahares...

Quiere el pueblo la Laureada. Para ella está propuesto el soldado. ¿La tendrá? Bien la merece. Es un héroe, o más propiamente dicho un hombre.—R. Serna.—Director de «El Liberal»

#### Homenaje del Regimiento de Sevilla

Por los oficiales y jefes del Regimiento de Sevilla, le fué regalada, al sargento Sánchez Vivancos, una placa de plata con el escudo de oro, obsequio el más simpático y de más valor artístico, en la cual figuran los nombres de todos ellos grabados a buril por uno de los renombrados artífices cartageneros.

La dedicatoria sencilla, pero muy inspirada, es del autor del prólogo del libro, y dice así:

Al sargento Manuel Sánchez Vivancos, heroico «Manco de Tikun», que con su gloriosa hazaña, ha llegado a las cumbres de la inmortalidad por el camino de la abnegación y del sacrificio, siendo honor de la Raza y del Ejército.

Su antiguo Regimiento de Sevilla, dedica este homenaje de admiración y cariño.

Músico Mayor D. Marcos Ortiz, alférez D. José Hernández, Tenientes D. Mainiel Rodriguez, D. Manuel López, D. Ricardo Soria, D. Luis Pedreño, Don Cristobal Montojo, Tenientes E. R. D. Agustín Rodriguez Valdés, D. José Torrecilla, D. Donato Sánchez, D. Salvador Molina, D. Bartolomé Sánchez, D. Antonio Gomez, D. Rafael Flores. Capitanes Don Manuel Zúmel, D. Miguel Vázquez de Castro, D. Juan Cano, D. Manuel Flores, D. José Hernández, Don Benjamín de Juan, D. Angel de Sequera, D. José Calderón, D. Luis Vicente Ripoll, D. Miguel Carlos Roca. Comandantes D. Hipólito Martínez, D. Oscar Nevado. Tenientes Coronel D. Julián García, D. José Estran. y Coronel D. Aurelio G. Monleón».

También, y como simpático homenaje, se ha colocado un gran retrato de Sánchez Vivancos en la sala de estudios de suboficiales y sargentos, como tributo de admiración al héroe de Tikun.

Sin comentario alguno, por entender que se hizo completa justicia al exponer, en la disposición referente al ascenso de Sánchez Vivancos, todos los méritos contraídos como Comandante de la guarnición de Tikun, la copiamos a continuación para que juzguen nuestros lectores del alcance e importancia de ella.

R. O. Circular concediendo el ascenso al sargento Sánchez Vivancos.

Circular. —El Generar en Jefe del Ejército de

España en África, en virtud de las atribuciones que le confieren la base 15 de las aprobadas por real decreto de 16 de Marzo próximo pasado (D. O. núm. 60) y atendiendo a las especiales circunstancias que concurren en el sargento del Batallón de Cazadores Chiclana, 17 D. Manuel Sánchez Vivancos, da cuenta de haber concedido a dicho sargento el empleo de suboficial con antigüedad de Enero último corno premio a su valeroso y distinguido comportamiento en la defensa del blocao Tikun, donde al frente de su reducida guarnición resistió bravamente desde el 3 de Octubre del año anterior hasta el 15 de Enero próximo pasado, fecha de su liberación, el obstinado asedio que les estableció el enemigo; rechazó con sus fuegos los ofrecimientos de víveres y de agua, y proposiciones de rendición que los rebeldes le hacían y cuando la explosión prematura de una granada de mano que iba a arrojar para rechazar un ataque al puesto que tan heroicamente supo defender, le destrozó la mano derecha, no resignando el mando ni desmayó en su empresa, que continuó pujante y ejemplar hasta su completo término.

En su vista, se confirma el empleo de suboficial concedido al mencionado sargento, en el cual disfrutará de la antigüedad señalada por el General en Jefe del Ejército de España en África.

4

#### Expediente para la Laureada

---

**A**sí debido tiempo se instruyó el expediente para la Laureada. El primero, (porque fueron dos los incautados) terminó y está publicado en el D. O. del Ministerio de la Guerra en 23 de Noviembre de 1928. Al año siguiente 1929, no sabemos por qué, comenzó el previo y tres años después, nuevamente el expediente general que se publicó en 24 de Septiembre de 1933.

Las declaraciones que constan en el segundo expediente, son las mismas de los señores que declararon en el primero más tres o cuatro que el juez instructor creyó oportuno evacuar para mayor esclarecimiento de los hechos; pero por el tiempo transcurrido, se nota menor número de detalles, olvidados al cabo de ocho años, si bien no quitan importancia y veracidad a los actos realizados por el jefe de la pequeña posición.

Por eso, y en atención al interés y realidad de cuanto se consigna en este libro, copiarnos las más detalladas, quedando solamente tres o cuatro que carecen de importancia. La del interesado, como es natural también queda suprimida.

## EXPEDIENTE

«En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 43 del reglamento de la Orden Militar de San Fernando, aprobado por decreto de 5 de Julio de 1920 (C. L. núm. 147), el juez instructor del juicio contradictorio que se instruye a favor del suboficial de Infantería D. Manuel Sánchez Vivancos, me dice lo que sigue.

«Excilio. Señor: D. Domingo García Fernández, comandante de Caballería, juez permanente del Territorio de Larache, e instructor nombrado para instruir juicio contradictorio para la concesión de la Cruz Laureada de San Fernando, al suboficial D. Manuel Sánchez Viváncos, por su actuación en la defensa del blocao de Tikun (Larache), donde resultó gravemente herido en 13 de Octubre de 1924, a V. E. en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 43 del reglamento de la citada orden, tiene el honor de elevar el siguiente resumen de lo actuado hasta la fecha.

Al folio primero se une copia de la acordada del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, ordenando, en vista del expediente previo, que obra unido a este juicio, en cuerda floja, la formación de este procedimiento fuera de los casos señalados.

Al folio 7 obra la orden general del Ejército, en que se da cuenta de la apertura del juicio contradictorio.

Al folio 92 se une estado de fuerza que compone la el blocao de Tikun (Larache).

Declara D. Manuel Sánchez Vivancos (folios 40).

### Declaración del comandante D. Buenaventura González

#### **Martín, capitán en aquella techá**

Era jefe de la posición de Mensah (Beni-Gorfet) en la época en que se alude y que también estuvo sitiado por el enemigo desde primero de Octubre de 1924 al 16 de Enero de 1925 y que conoce la situación heroica del sargento Vivancos, no solamente por referencias que pudo recoger al ser evacuado, sino por haber sido testigo presencial (aunque a larga distancia) de la actuación de la guarnición de dicho blocao, que por reunir pocas condiciones para su defensa y contar con pocos elementos para su sostenimiento, en la cuestión víveres y agua, dió muestras de una tenacidad tal para defender su puesto, y llegó a realizar actos de tal valor, que los aviadores encargados de abastecer el blocao, a pesar de haber recibido órdenes de no abastecerlo en vuelo bajo por haber perdido algún aparato en sus brillantes operaciones, lo siguieron haciendo casi a la altura de la techumbre del blocao, dado el caso de que la guarnición, en un pugilato verdaderamente sorprendente y al ver la conducta heroica de los aviadores, subieron algunos individuos a la techumbre del blocao a recoger los víveres que aquellos les arrojaban, a pesar que el enemigo, colocado en los alrededores de la posición, no cesaba de hostilizarlos.

Que el sargento Vivancos, dió muestras de gran valor y serenidad sobre todo en uno de los fuertes ataques que diariamente tuvo la posición, en que bien al arrojar una bomba de mano o al devolver una arrojada por el enemigo y que no había hecho explosión, (esto no puedo precisarlo) le destrozó la mano que

quedó colgando, cosa que ocultó a su fuerza con gran entereza de ánimo y el consiguiente sufrimiento, hasta que él mismo y ya terminado el ataque y con los elementos que tenía, terminó de amputarse la mano curándose como pudo y consiguiendo contener la hemorragia, siguiendo al mando del blocao con gran presencia de ánimo, inculcando en todo momento a la fuerza a sus órdenes un valor y un desprecio a la vida por salvar la posición dignos del mayor elogio, hasta que pudo ser evacuado por orden superior.

Que entre otros varios artículos, le considera incluido en el inciso cuarto del capítulo 49 para la cruz de San Fernando. Que el hecho ha sido individual por lo que se refiere al valor y serenidad demostrados por el sargento Vivancos en el momento de ser herido, pues de haber decaído su espíritu, hubiera influido seguramente en la moral de la guarnición, con las consecuencias funestas que esto hubiera traído; por el contrario, su entereza y presencia de ánimo, hizo que la guarnición continuara con más entusiasmo la defensa del blocao y rechazara al enemigo que intentaba asaltarla.

El blocao estaba en el macizo de Beni-Gorfet (Larache) y el enemigo situado rodeándole por completo en diferentes puntos elegidos convenientemente para poder, en todo momento, hostilizar a la guarnición sin ser visto por ésta o como máximo, ofreciendo el menos blanco posible; estando, por consiguiente, en situación de inferioridad la guarnición.

Testigos no puede citar por no recordar nombres de la gente que tenía el blocao, pero en las mismas condiciones que el declarante, está el suboficial D. José Rosell, hoy retirado en Toledo, y el sargento primero D. Santiago Hatos, hoy del batallón de Montaña

num. 2, los cuales formaban parte de la guarnición del declarante.

Que el mérito lo contrajo mandando tropas, no pudiendo precisar su número, que oscilaría entre 16 y 20 hombres, y el sostén que tuvieron fué la Aviación que cooperó brillantísinaamente a la defensa verdaderamente heroica del blocao de Tikun, que puede citarse como verdadero modelo de resistencia y valor demostrado por toda su guarnición y singularmente por su jefe, el sargento Vivancos.

La situación de las fuerzas contrarias, como antes dice, era la de rodear por completo el blocao impidiendo a su guarnición toda salida que, no obstante, se hacía por individuos aislados, con gran arrojo, para recoger los sacos de víveres que la Aviación arrojaba, y gracias al tesón, serenidad y valor demostrados en la defensa, se pudo sostener cerca de cuatro meses el blocao de Tikun, hasta que fué evacuada su guarnición con normalidad. Aunque sabe que tuvo bajas, no puede precisar el número con exactitud. Que cree que dicho suboficial es acreedor a la cruz de San Fernando.

#### **Declaración del Capitán D. /Alfonso Ros Hernández**

Dice que conoce al sargento Sánchez Vivancos por el cargo que desempeñaba en el batallón de Chidiana núm. 17 y luego África núm. 12, por ser el Capitán ayudante del mismo y que no tiene ninguna relación de incompatibilidad por hallarse con la Plana Mayor del batallón en la posición de Atdef. Desde ésta se divisaba la línea de posiciones que cubrían las fuerzas del batallón; que pudo observar los numerosos ataques que, tanto diurnos y nocturnos, sufrió el blocao de Tikun y los abnegados y heroicos actos llevados a cabo por los aviadores para suministrar a esta

posición que siempre daba parte «Sin novedad», y por referencia conoce el acto de la explosión de una granada de mano al ser arrojada para repeler un ataque nocturno, produciendo desgarros en la mano; que acabó de cortarse con el hacha de partir la carne, continuando con el mando de la tropa que guarnecía el blocao, que eran unos quince hombres, de los cuales tuvo bajas.

Pesar de la gravedad de la herida, defendió heroicamente la posición hasta ser evacuada. Por tanto, lo considera comprendido en el artículo 49, caso cuarto del reglamento. El hecho fué en mando de tropa en el blocao de Tikun, sitiado por el enemigo, y testigos los individuos componentes de la guarnición; y por su proximidad y por ser conocido, los oficiales de la Mia de Policía Indígena que tenía la cabecera en el zoco El Sebtz.

Que fué mandando tropas, cuyo número serían unos 15, y que no tenían más apoyo moral del resto de las posiciones sitiadas, y el apoyo material, en pequeña escala, de la posición de Aulef; el resultado de la acción fué el sostener a toda costa el puesto confiado a su mando; en lo referente a pérdidas, las del blocao no las recuerda el que habla y las del enemigo las ignora, aunque sabe por referencias debió de causarle bastantes, ya que las negociaciones para la evacuación fueron muy difíciles porque los moros querían a toda costa apoderarse del personal de este blocao que tan heroicamente se defendieron, llegando incluso, a efectuar salidas y apoderarse del enemigo.

**Delaración del Capitán de Artillería D. Tomás García Figueras**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, sargento de Infantería y sabe se encontraba de jefe del destacamento que guarnecía el blocao de Tikun (Larache) en el asedio que sufrió desde el 3 de Octubre de 1924 hasta el 15 de Enero siguiente, sin que tenga <sup>Q 1º</sup> relación alguna favorable o contraria que le impida declarar en el juicio que se le sigue . para obtener la cruz de San Fernando; que por su cargo de interventor de la cábila de Beni-Gorfet en la que estaba situada dicha posición, es testigo presencial de que el sargento Sánchez Vivancos, hizo de la posición una defensa energética, manteniendo constantemente la moral de sus tropas y dando pruebas repetidas, en sus comunicaciones a la superioridad, de su alto espíritu militar.

Esta circunstancia y los ataques repetidos que sufriera el blocao, así como las salidas que tuvo que hacer su guarnición para recoger los víveres que le arrojaba la Aviación, hacen estimar al declarante que el citado sargento puede estar comprendido en el reglamento de la orden de San Fernando.

Que realizó el hecho al mando de su destacamento; que el blocao estaba situado en el macizo de Beni-Gorfet y que el enemigo estaba compuesto por toda esta cábila sublevada.

El enemigo que pudiera tener el blocao en todo momento, es variable; pero la cábila de que se trata, disponía de un millar de fusiles. Que el mérito lo contrajo mandando tropas y que no puede especificar su número aunque sí recuerda que fueran veinte o treinta. Que no se encontraba sostenido directamente por

ser imposible prestarle socorro; que la fuerza contraria se hallaba rodeando la posición y esparcida por la falda del macizo, impidiendo pudiera hacérsele llevar socorro. Que desconoce las pérdidas de una y otra parte, y testigos presenciales fueron, entre otros, el capitán D. Felipe Sanfélix, el general D. José Riquelme, el intérprete de Intervenciones de Larache, D. Antonio Pintos Moreno, y que por desconocer con exactitud o haber olvidado, dado el tiempo transcurrido, algunos datos relativos a efectivos, bajas y otros, no puede concretar con exactitud en qué artículo del reglamento se encuentra comprendido, si bien conserva la impresión de que la conducta del sargento Don Manuel Sánchez Vivancos fué heroica, ejemplar y digna de destacada recompensa.

**Declaración del Capitán de Infantería D. José Saules Cortejada**

Dice que conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, corno sargento que fué del batallón Cazadores de Chiclana núm. 17, al cual pertenecía el declarante en la fecha que se cita en el exhorto, y que no le unía relación alguna favorable ni adversa con este individuo. Que el declarante se encontraba destacado en la posición de Aulef, cabecera de su batallón, cuya posición se hallaba enfrente de la loma en que estaba situado el blocao de Tikun, y a los pies de dicha loma, se encontraban las dos grandes cábilas de Lahara y Sahara, mediando entre el blocao y posición ya dicha, unos kilómetros, pudiendo observar solamente el declarante, desde su posición, la defensa que, con su guarnición estaba haciendo el sargento de referencia, a pesar de estar herido desde los primeros días de ésta; viendo la gran resistencia que hacían, no obstante los escasos

medios con que contaban para su sostenimiento y de hallarse rodeado por todas partes de enemigo audaz, siendo ésta defensa más meritoria aún si se tiene en cuenta que los blocaos Demna núm. 1 y Demna núm. 2, inmediatos al del sargento Vivancos, se vieron precisados a su rendición, dado el agotamiento de sus víveres y cantidad de muertos con que ya contaban, creyendo por tanto, que el sargento de referencia se halla comprendido en el artículo 49, inciso segundo, y en el nueve del artículo 63 del reglamento de la Orden de San Fernando.

Que el hecho fué colectivo por la guarnición del blocao al mando de la cual se hallaba el sargento Viva.ncos, pero que lo atribuye a su situación personal, heroica en alto grado, y que la situación del enemigo no era otra que la de sostener completamente sitiado el sector de emplazamiento del blocao, pudiendo percibir el declarante perfectamente desde la posición donde se encontraba, que los moros tenían establecidas sus guardias a una distancia que no sería mayor de unos 500 metros de aquel bloclao, aprovechando para ello, la enorme cantidad de piedra y grandes accidentes del terreno.

Presenciaron la defensa del blocao de Tikun, el personal del batallón Cazadores de Chiclana núm. 17, diseminado en varias posiciones y puestos y el de una batería de la Comandancia de Larache, mandada por un oficial cuyo nombre ignora; fuerza de Policía Indígena en el zoco El Sebtz, y que puede dar los nombres de dos testigos presenciales del hecho: el hoy comandante D. Enrique Pardo García, que pertenecía al susodicho batallón, y D. Santiago Torón Soto, hoy capitán del regimiento número 42.

Que desde luego, el mérito se contrajo al mando

de tropas, puesto que el sargento Vivancos se encontraba al frente de aquel destacamento y, aunque en este momento no recuerda, cree el declarante, que aquella guarnición constaba de su comandante, dos cabos y como soldados diez o quince, y que por lo que respecta a la situación del enemigo, éste considera que era numeroso; no pudiendo precisar las bajas habidas entre unos y otros. Que cree que en este caso se halla comprendido en el artículo 49, inciso segundo y el nueve del artículo 63 del reglamento de la Orden de San Fernando.

**Declaración del Coronel de infantería D. Fermín García Selva**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, porque recuerda que al hacerse cargo del mando del batallón de Chiclana núm. 17, en julio de 1924, y después de la jefatura del sector de Beni-Gorfet (Larache) en agosto del mismo año, le confirió el mando del blocao de Tikun una de las 19 posiciones de dicho sector; que en dicho punto estuvo bajo el asedio enemigo durante todo el tiempo a que la pregunta se refiere, y que no le une relación alguna que le impida prestar declaración.

Recuerda perfectamente que la posición de Tikun, fué atacada varias veces en la primera quincena de asedio; que uno de los ataques fué tan intenso, que el enemigo consiguió llegar hasta las alambradas y los defensores tuvieron que hacer uso de las granadas de mano de que disponía; que como la intensidad del ataque era creciente, al haber tenido un soldado muerto y otro herido, **el** referido sargento se vió en la precisión de lanzar él mismo los indicados artefactos, y como uno de ellos no estuviera en las debidas condi-

ciones, al explotar antes del tiempo debido, le destrozó la mano derecha de tal modo que le desapareció en el acto. En estas condiciones y después de curado malamente por el soldado machacante, sin perder la serenidad debida, continuó **el** ataque hasta conseguir ahuyentar al enemigo, sin duda obligado por el gran número de bajas, sin que éstas fueran precisadas por la condición de nocturnidad del ataque.

Después de perder la mano y atacado el brazo de gangrena en días posteriores, contuvo otros ataques, llegando a imponerse al enemigo de manera tal, que consiguió en algunas ocasiones, bajo el fuego propio, introducir agua recogida en la aguada que estaba próxima, pero fuera de la posición, caso ejemplar, no ocurrido en las 19 posiciones restantes, todas ellas asediadas. Que en estas condiciones se mantuvo durante los tres meses restantes del asedio, hasta que consiguió su liberación.

Que todo lo expuesto figura en los partes oficiales que por heliógrafo recibió, como jefe del Sector, y que transmitieron al General jefe de la Comandancia de Larache, además de la comprobación realizada verbalmente con los soldados de dicha guarnición el día 15 de Enero, cuando se incorporaron a la posición de Aulef, cabecera del referido Sector, y por último, que el declarante considera a D. Manuel Sánchez Vivancos comprendido en el reglamento de la Orden de San Fernando.

El hecho y los sucesivos fueron como quedan descritos. El lugar, el blocao mencionado, que constantemente estaba rodeado de grandes guardias enemigas situadas a 100 y 200 metros de la posición que, a su vez, estaba situada a más de cinco kilómetros de la cabecera del Sector y que la separaba un kilómetro

de Harcha, pero sin que ésta pudiera auxiliarla eficazmente con sus fuegos dada la estructura del terreno. No habiendo más testigos que presenciaran el hecho principal que los soldados de la misma posición. Que, el entonces sargento Vivancos era el jefe y que su guarnición se componía de doce soldados que no contaban con apoyos, pues la mencionada posición, el Harcha, también estaba sitiada y la de Aulef, cabecera del Sector, no contaba con efectivos para auxiliarla, por lo que tuvo que emplearse el servicio de Aviación para hacer un aprovisionamiento defectuoso con el que pudo resistir la posición hasta su liberación.

Las fuerzas enemigas desde sitios dominantes y encubiertos, hostilizaban constantemente al punto ocupado, consiguiendo a pesar de todo ello, mantenerle hasta que la superioridad dispuso la evacuación, cumpliendo de este modo las órdenes que de la misma procedían de mantener el puesto a toda costa. Considerando a D. Manuel Sánchez Vivancos, comprendido en el artículo 39 y en el caso segundo y cuarto del artículo 41 del reglamento de la Orden de San Fernando.

**Declaración del Excmo. Señor General**

**D. José Riqueime**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos y le consta que se encontraba en el blocao de Tikun durante el asedio de que fué objeto por los moros desde el 3 de octubre de 1924 hasta el 14 de enero siguiente. Que no tiene relación favorable o contraria con dicho suboficial que le impida declarar en este juicio contradictorio.

Sabe, por las noticias que pudo adquirir, como General jefe de la Zona de Larache, que el referido

Sánchez Vivancos siendo sargento del batallón de Chiclana y estando de jefe del blocao de Tikun, realizó una vigorosa defensa del mismo durante unos cien días que duró el asedio del que era objeto por parte del enemigo, y que en dicho asedio recibió una grave herida en una mano, que le obligó a amputarsela, sin ningún medio sanitario adecuado para esta clase de operaciones.

A pesar de este grave contratiempo, .no entregó el mando a su inmediato inferior, sino que continuó al frente de la defensa, hasta que la columna de socorro que había libertado otras posiciones sitiadas, acudieron a dicho blocao de Tikun, levantando el asedio y recogiendo su guarnición que tan valientemente había resistido tan largo asedio, ingresando seguidamente en el hospital el indicado sargento, practicando el declarante una información verbal cerca de los soldados del destacamento y pudo comprobar la valerosa conducta y alto ejemplo de disciplina y cumplimiento del deber de que dió muestras el sargento jefe de la posición.

Por todo ello estima que el hecho realizado por el sargento Sánchez Vivancos, se halla comprendido en el caso noveno del artículo 63 de la Orden de San Fernando de 5 de julio de 1920, (C. L. núm. 147).

Que el hecho fué individual, como ya se ha dicho antes, realizado en el blocao de Tikun; que el enemigo tenía asediada dicha posición, así como las demás del Sector en que estaba enclavada, y los testigos presenciales los cabos y soldados de la guarnición del blocao, cuyos nombres desconoce, pero que pertenecían al batallón de Chiclana.

El mérito lo contrajo mandando el destacamento que guarnecía el blocao, y aunque el número no pue-

de precisarlo exactamente, sería aproximadamente de 15 a 20 hombres, que era la guarnición normal de aquellas posiciones.

No estaba sostenida por otras posiciones, porque todo el Sector estaba sitiado; no pudiendo precisar la situación del enemigo el día en que fué herido el sargento, porque aquella era variable, según los planes del mismo. Y en cuanto al resultado de defensa del blocao fué completamente favorable a la actuación del sargento, porque su brillante defensa contra los repetidos ataques del enemigo, dió tiempo a que se acudiera en su socorro y se salvase la fuerza a sus órdenes y material.

Como ya se ha dicho, lo considera comprendido en el caso noveno del artículo 63 del reglamento de la Orden de San Fernando de 5 de julio de 1920 (C. L. núm. 147).

**Declaración del Teniente Coronel D. Fernando  
Lías Pequeño**

Dice que no tiene ralación contraria que le impida declarar en este juicio. Que recuerda perfectamente que, el entonces sargento D. Manuel Sánchez Vivancos, se portó heroicamente en todo momento en la defensa del blocao de Tikun, recordando un detalle, y fué que un blocao inmediato a aquel que mandaba un oficial se rindió al enemigo e invitó el oficial al sargento a que se rindiera, a lo que el sargento se negó. Que sobre que fué herido en una mano que él mismo se cortó, en el blocao, siguió el mando del mismo, en el que tenía muchos heridos; haciendo salidas personales con dos o tres soldados para abastecer el blocao que lo era por aviones, y **tan** reducida le quedó **la**

guarnición para la defensa, que llegó a quedarse con dos o tres hombres útiles, imponiéndose de tal forma al enemigo que este desistió en los últimos días de atacar el blocao, no obstante lo ventajoso que estaba para el ataque enemigo.

Cuando el Comandante General ordenó la evacuación del blocao, todos los soldados fueron hospitalizados, unos heridos, entre ellos el sargento Vivancos con el muñón de la mano cortado y aún sin cicatrizar, y otros estenuados por las penalidades y fatigas sufridas. Que puede considerarse incluido a D. Manuel Sánchez Vivancos, en el caso cuarto del artículo 50 del reglamento de la Orden de San Fernando, a que se refiere la pregunta. Esto concretamente, más a juicio del declarante, puede considerarse incluido en otros artículos de plazas sitiadas o bloqueadas.

Respecto a testigos, lo fueron los aviadores que abastecían el blocao, que al aterrizar en la plaza, contaban la brillantísima conducta del sargento, entre ellos el capitán Spencer, y todos los oficiales de las posiciones próximas al blocao, y que era tal el ataque que diariamente sufría el blocao de Tikun, que siempre, al preguntar novedades del Estado Mayor de la plaza, éste decía si había caído la posición en poder del enemigo, admirándose que contestase a aquella pregunta que Tikun seguía defendiéndose.

Que cree recordar serían unos 10 hombres los que guarneían el blocao, y que todo lo concerniente al hecho, que se trata de aclarar, consta en el batallón de Chiclana.

**Declaración del Capitán de Infantería D. Felipe  
Sanfélix Muñoz**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, y sabe se encontró en el asedio del blocao, de Tikun en las fechas que se señalan, y que no tiene con él relación favorable ni desfavorable que le impida declarar en el expediente para obtener la Laureada de San Fernando.

Por la proximidad de la oficina de Intervención Militar de Beni-Gorfet, que el capitán declarante mandaba, al blocao de referencia, conoce los hechos ocurridos por el mismo suboficial, así como igualmente por informes recibidos en aquella época en oficina, sabe los efectos morales y materiales que la obstinada defensa del blocao produjo en el enemigo.

Que lo considera incluido en el párrafo segundo del artículo cuarto del reglamento que se cita, puesto que, aunque no recuerda el número de bajas que el citado sargento tuviera, para los efectos de conservar su puesto después de haber perdido la mitad de su gente, el estado de estenuación en que se encontraba la guarnición por asedio tan prolongado, sometidos a un esfuerzo físico, y lo que es peor, a un abatimiento moral formidable, debido a la situación militar por que atravesaban las tropas en aquella época, permite semejarla, quizá, aun en su perjuicio, a los efectos de las pérdidas que exige el citado artículo.

Por otra parte, lo considera incluido en el párrafo cuarto del mismo artículo, porque el citado sargento, gravemente herido por la explosión de una granada que le dejó manco, sabe ocultar, no obstante su estado, para imponer a su gente una moral y un espíritu verdaderamente extraordinario.

Que le cree igualmente incuso en el párrafo doce del artículo 51 por interpretación del artículo 64 por cuanto los actos efectuados por el citado sargento, manteniéndose en su puesto rechazando las insinuaciones de rendición que le eran ofrecidas por prisioneros españoles, clases de su mismo batallón, produjeron resultados positivos y de indudables ventajas para las operaciones de guerra, y como final en el párrafo 11 del artículo 54, puesto que las posiciones de la cábila de Beni-Gorfet, se mantuvieron a toda costa y por disposición del Mando superior para garantizar la retirada de las del sector de Beni Aros, lo que llegó a verificarse en el conjunto de todas ellas porque unas fueron evacuadas y otras fueron tomadas por el enemigo y tanto más porque dicho blocao, en una situación topográfica difícil, se hallaba sometido a una acción continua del enemigo.

Que el hecho no fué, en realidad individual aunque por las circunstancias podría considerarse como realizado por el conjunto de guarnición bajo el mando de su jefe. Para testigos, se remite a los que ya mencionó en el primer expediente, pues no cuenta después del tiempo transcurrido, con datos precisos. No obstante manifiesta que el citado destacamento era muy reducido de soldados y que se hallaba colocado rodeado de aduanas de gran número de habitantes con armamento numeroso, como se acreditó posteriormente por el recogido de los mismos.

Que dominado completamente por altura, era fácil tenerlo sujeto constantemente sometido a un fuego eficaz. Que el asedio fué continuo para evitar escapara el destacamento como les había ocurrido con otras posiciones, y que tuvieron que hacer frente a una constante lucha sin ser sostenidos nada más que

con sus propios medios puesto que fué imposible, a pesar de las gestiones del declarante, en introducir víveres por los indígenas, y aun del fuego de la Aviación que, tratando con gran heroismo de hacerlo, no podía por las circunstancias de ser preciso descender mucho; que la situación de las fuerzas contrarias era muy favorable, con una moral elevada y situado en posiciones muy ventajosas, rodeado en número muy superior al del destacamento cuya situación, muy especialmente la de su jefe, que aun herido muy gravemente, sabe defender su puesto con honor y decisión insuperables, llama la atención y sirvió muy bien de estímulo a cuantos conocíamos sus hechos.

Que la personalidad del sargento Sánchez Vivancos, se acusaba con matices tan definidos, se caracterizaba por una tan correcta posesión de virtudes militares, que sería difícil hallar semejanza de su serenidad, de su valor, de su abnegación ante el peligro, y de su callada y oscura conducta, quizá silenciada por modestia, pero acreditada bien manifiestamente, hasta el extremo de ser una excepción y ejemplo. Por ella su afán y entusiasmo y su valor, merecen muy bien una recompensa.

#### **Declaración del Suboficial de Infantería**

**D. José Rosell Esteban**

Le consta que Sánchez Vivancos se encontraba como jefe de posición en el blocao de Tikun, del macizo de Beni-Gorfet desde el 3 de octubre de 1924 hasta el 15 de enero de 1925, en que fué evacuada dicha posición, sin que tenga ninguna relación desfavorable que le impida declarar en el juicio abierto que se le sigue para obtener la Laureada de San Fernando. Que el decla-

rante no fué testigo presencial, sino que por los partes recibidos por el capitán de la compañía encontrándose el que habla como suboficial y auxiliar del dicho capitán, puede informar que, desde el día 3 de octubre en que empezó el asedio de todo el macizo, era constantemente tiroteada y bloqueada dicha posición, llegando al extremo de encontrarse sin víveres ni agua, pues lo que arrojaba la Aviación, por el poco espacio en que estaba situada la posición, la mayoría de los sacos caían fuera, teniendo que salir a altas horas de la noche y bajo la dirección del referido sargento, con exposición de su vida a recogerlos.

El declarante cree que, por los hechos de armas realizados en defensa del referido blocao, es merecedor a la recompensa objeto de este expediente, sin que pueda precisar en el artículo del reglamento comprendido por no tenerlo a la vista y carecer en este juzgado de dicho documento.

Que los hechos más culminantes de la defensa del blocao, se refieren a que tuvo que llegar al extremo de tener que poner en las aspilleras los fusiles a consecuencia de los enfermos que tenía, y atados con cinta a una cinta central, por la cual hacía manejar los referidos fusiles, hasta el extremo de creer el enemigo que tenían en su interior ametrolladoras.

Una de las defensas del blocao tuvo que hacerla con granadas de mano explotándole una de ellas que le dejó inútil, pues no disponiendo de medicamentos, con un cuchillo de cocina y con orines, se practicaba sus curas.

Que el hecho, a pesar de estar de jefe de posición, casi se le puede atribuir a un hecho individual, pues la situación del enemigo era completamente bloqueado en sus cuatro frentes de la posición, y como testigos que lo

presenciaran tenía los individuos de la guarnición, soldado Gabriel González y otros.

Que el mérito lo contrajo bulo comandante de fuerza del referido blocao, teniendo a sus órdenes trece individuos de Infantería y uno de Intendencia, sin que pueda precisar sus movimientos, así como tampoco la situación de los contrarios por no ser el declarante testigo presencial de los hechos.

**Declaración del Sargento Primero de Infantería  
D. Santiago Hato Dominguez**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos y dice que es cierto que estuvo sitiado el referido Vivancos, en el blocao de Tikun, del que era comandante desde el 3 de octubre de 1924 hasta el 15 de enero de 1925 en que fué evacuado y que no le une ninguna relación favorable o contraria que le impida declarar.

Que le consta, por estar sitiado en una posición inmediata a la de Tikun, que el enemigo atacaba con insistencia el blocao que mandaba el sargento Sánchez Vivancos, llegando muchas veces hasta la alambrada, por cuyo motivo tuvo necesidad de defenderlo con granadas de mano, una de las cuales, al explotar le destrozó una mano, continuando no obstante, defendiendo heroicamente la posición y dando el parte diario «sin novedad» a pesar de no disponer de medios para curarse, hasta ser evacuado bastante después de su herida, acto de heroísmo, serenidad y valentía que le entusiasmó y admiró a todos, incluso al propio General Riquelme que le felicitó y le abrazó al llegar a la posición de Aulef el día de su evacuación.

Que por dichos actos, le considera acreedor a la Cruz Laurada de San Fernando, y a su juicio se halla

comprendido en el artículo 47 y caso 9 del 63 del reglamento de dicha orden.

Que el hecho fué individual por lo que respecta a la acción concreta de un acto de 'serenidad y valentía como el referido coadyuvando, no obstante, toda la guarnición del blocao a su defensa y a dejar bien puesto su honor militar y en este sentido considera el hecho colectivo; que el paraje de su ejecución es, como queda dicho, el blocao de Tikun, y que la situación del enemigo era la de sitiador del blocao del que quería apoderarse y al que atacaba con frecuencia, siendo a veces estos ataques tan intensos, que la posición de Mensah tenía que contribuir a su defensa con fuego artillero.

Que presenciaron estos hechos las posiciones de Mensah y Harcha y que guarneían también fuerzas del batallón de Chiclana, siendo el mérito contraído mandando tropa cuyo número aproximado era de ocho o diez hombres, y que la posición constituía una línea avanzada del sector de Beni-Gorfet, teniendo a sus espaldas las cabilas de Sahara y Lahara, ignorando las bajas que tuviera.

**Declaración del Intérprete D. Antonio Pintos Morejón**

Que sabe por referencia, que los hechos realizados por el sargento Vivancos, como jefe del blocao de Tikun, fueron la defensa de éste con gran entereza, llegando a realizar varias salidas la fuerza de la guarnición, durante la noche, apoderándose del ganado cabrío, burlando la vigilancia de las guardias enemigas para llevarse unas cuarenta cabras que pastaban por las inmediaciones del blocao. Que el comportamiento de Sánchez Vivancos, es digno del mayor elogio, sien-

do la admiración y el terror de los poblados indígenas de Lahara y Sua (Beni-Gorfet) sitos debajo del blocao que a diario arremetían con más ahínco el asedio a este blocao para ver si conseguían evitar las bajas que a diario les causaban, tanto en el personal como en el ganado, pues no podían alir de día ni andar por el poblado.

Que el declarante tuvo referencias del enemigo por medio de sus confidentes, dado el cargo del diciente como intérprete en aquella fecha agregado al jefe de la Oficina central de Intervenciones, con el capitán García Figueras, que tornó parte en las negociaciones para la evacuación del blocao de Tikun, por política, y el día de la evacuación salió el enemigo al encuentro de la fuerza que a toda costa quería apoderarse de los que formaron la guarnición del blocao de Tikun entabándose lucha, en cuyo trance bastante difícil, el sargento Sánchez Vivancos, demostró un valor extraordinario y firme serenidad.

Que de todas las posiciones del macizo, sólo fué blanco de los moros el blocao de Tikun que lo asediaron con todos los medios a su alcance, viendo el modo de rendirlo, lo que se comprobó en las negociaciones hechas para evacuar las posiciones por medio de política, y sólo pretendían eliminar el blocao, ya que las otras posiciones no les molestaban, por las distancias que les separaba.

Que el sargento Sánchez Vivancos realizó muchísimos hechos dignos de mención y que el declarante, por no recordarlos todos, dado el tiempo transcurrido, se limita a los que acuden a su memoria.

Que en uno de los ataques al blocao, el sargento Sánchez Vivancos, para repeler la agresión de los moros, que se acercaban hasta la alambrada, arrojó gra-

nadas de mano, explotándole una en la mano derecha, perdiendo ésta, cortándose él mismo los desgarros que le colgaban, con mucha serenidad, y ocultando la gravedad de la herida a la tropa, que siguió mandando con el mismo espíritu y energía.

Que le considera incluido en el inciso cuarto del capítulo 49 del reglamento vigente.

Que el hecho puede considerarse individual en lo referente al valor del sargento Sánchez Vivancos, si bien ocurrido mandando tropa y testigos los que guardecían el blocao.

Que el número del enemigo no puede precisarlo aunque cree que hubo noches, según noticias de los confidentes, que atacaron unos trescientos moros, cercando la pequeña posición por tres frentes, ignorando las bajas habidas en ambas partes, y el resultado de la acción, el mantenimiento de su puesto, que de no haber tenido tanto valor el sargento Sánchez Vivancos, seguramente lo hubiese perdido como se perdieron otros.

#### **Declaración del testigo presencial Soldado Alejandro Navarro Navarro**

Dice que, efectivamente, conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, y que es cierto haberse encontrado en el asedio al blocao de Tikun, desde el 3 de octubre de 1924 hasta el 15 de enero siguiente, y que no tiene con él ninguna relación favorable ni contraria que le impida declarar en el juicio a que se refiere.

Que le consta, como testigo presencial, que el referido D. Manuel Sánchez Vivancos, siendo sargento del batallón Cazadores de Chiclana, daba constantemente ánimo a la tropa que tenía a sus órdenes di-

ciéndole «que era preferible morir en el blocao que entregarse,» quedando enterado el testigo de los artículos a que se refieren las preguntas que le han sido leídas.

Que el hecho que le ocasionó la herida, fué individual, o sea que el día 9 de octubre del expresado año de 1924, tiró una bomba de mano el enemigo que cayó dentro de la posición y al recogerla para devolverla fuera de la misma, explotó ocasionándole una herida en la mano derecha, cayendo al suelo, y que al ir a prestarle auxilio el declarante y otros compañeros, dijo: «dejadme que esto no es nada; no hay que abandonar los puestos; fuego con esos salvajes.»

Que este hecho ocurrió dentro del referido blocao de Tikun y que el enemigo se encontraba en la misma alambrada de la que rompió un trozo. Estos hechos los presenciaron los soldados del batallón de Chiclana el Primera Gabriel González, Hermenegildo Garzón Esquives, Antonio Camacho, José Guerrero, Antonio Hermoso, José Bonilla y otros más cuyos nombres no recuerda.

Que el mérito se contrajo mandando las tropas dentro de la posición, en número de doce además del sargento de referencia, sostenidos dentro de la posición y cuya fuerza estaba animada del mejor espíritu, y por lo que respecta a la situación de las contrarias, era un número excesivamente crecido con relación a las nuestras que constantemente hacían fuego, llegando hasta el extremo de tirar piedras con hondas; que como resultado de esta acción y de otras más, hubo de pérdidas tres muertos, o sea un cabo y dos soldados y el enemigo tuvo bastantes bajas puesto que al caer éstos, los recogían y se los llevaban.

**Declaración del testigo presencial Soldado  
Antonio Hermoso González**

Conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, por haber servido a sus órdenes siendo entonces sargento, **el** cual en unión del declarante y de otros soldados, se encontraron en el asedio del blocao de Tikun, desde el 3 de octubre de 1924, hasta el 15 de enero siguiente, y que no tiene con el referido señor Sánchez, ninguna relación favorable o adversa que le impida declarar en el juicio abierto que se le sigue para concederle la Cruz Laureada de San Fernando.

Que sabe, como testigo presencial, que el referido señor Sánchez, sargento del batallón de Chiclana, prestó servicio en el blocao de que deja hecho mérito, mandando la fuerza destacada en Tikun, debido al heroismo del mismo, y que no obstante ser herido de gravedad al recoger una bomba, no dejó el mando ni de alentar a los soldados, pudiendo resistir dicho puesto que estaba copado por el enemigo al que hizo frente hasta tanto que dicho enemigo efectuó la retirada, obligado por el auxilio de la Artillería prestado por los compañeros de Aulef.

Que de no haber sido por el valor del sargento que animaba constantemente a sus subordinados y cariñosamente los exhortaba a no rendirse mientras hubiera vida para defender la Patria, seguramente el puesto hubiera caído en poder del enemigo.

Que el hecho, como deja dicho, fué la heroica defensa del puesto de Tikun, donde se llevó a efecto, principalmente por el señor Sánchez, al que auxiliaban los soldados a sus órdenes, tanto antes como después de perder **la** mano derecha .por la explosión de una bomba que iba a arrojar **al** enemigo, el cual se en-

contraba, inmediato al puesto y copando al mismo.

Que el mérito se contrajo mandando fuerza en número de dieciocho soldados contando ademas el sargento. Que no hacía más movimientos que los de aguada y los de salir por los víveres, cuando los echaba la Aviación, pues la situación de las tropas contrarias, era próxima y cercando el terreno inmediato al fuerte, donde estaban sin ser sostenidos por impedirlo el enemigo.

Que el resultado de la acción, fuó resistir heroicamente el bloqueo de que fueron objeto, por parte del enemigo, hasta después, de transcurrir más de tres meses que fueron rescatados.

Que en las fuerzas del fuerte, hubo tres bajas, causadas en una de las aguadas, y en las del enemigo, que el declarante puede precisar fueron cien.

#### **Declaración de, testigo presencial Soldado**

**FIntonio Sánchez Rodriguez**

Que conoce a D. Manuel Sánchez Vivancos, habiéndose encontrado en el asedio del blocao de Tikun, y que no tiene relación favorable ni contraria que le impida declarar en el juicio a que se refiere el exhorto.

Que fué testigo presencial del asedio por encontrarse en dicho blocao de Tikun, como soldado que era a las órdenes del sargento de referencia, y que cometió hechos en la defensa del expresado blocao y cree que estos hechos se encuentran comprendidos en el reglamento de la Orden de San Fernando a que se hace referencia.

Que el hecho fué individual; habiéndose efectuado en el mencionado blocao, siendo la situación del

enemigo bastante ventajosa, por su parte, por encontrarse éste en las mismas alambradas del blocao haciendo fuego; habiéndolo presenciado todos los demás soldados que se encontraban en la posición, no recordando en este momento los nombres **de** ellos.

Que cuando ocurrió el hecho, se encontraba mandando dicho sargento las fuerzas que guarneían la posición compuesta de trece soldados. Estando cada cual colocado en sitio estratégico con el fin de no dejar al enemigo asaltar la posición; no, estando sostenido, o mejor dicho, amparado por fuerza ninguna., consiguiendo que el enemigo no pudiera acercarse al blocao; habiendo durado el asedio más de tres meses y siendo, como antes se dice, la situación del enemigo bastante ventajosa por parte de éste. Resultando de la acción el conseguir que el enemigo se retirara sin llevar a cabo su objeto que era el asalto de dicho blocao. El sargento perdió la mano derecha en la lucha entabladada con el enemigo, no recordando las bajas que hubiera por parte de éste, sabiendo sólo que fueron muchas y que por parte de las fuerzas que mandaba dicho sargento, hubo tres bajas de soldados ocurridas en el mismo día que los coparon y como un mes después de empezado el asedio del tan repetido blocao, fué cuando el sargento Sánchez Vivancos, tuvo la desgracia de perder la mano derecha a consecuencia de la explosión de una bomba.

#### **Declaración del Brigada D. Juan Tous Sancho**

Dice que conoció a D. Manuel Sánchez Vivancos y que no concurre ninguna circunstancia que le impida declarar en este juicio.

Que el declarante se encontraba al mando de la posición de Harcha, situada a cuatrocientos metros de

Tikun, por cuyo motivo permaneció en constante contacto durante el citado asedio con dicho blocao. Que sabe que el asedio se inició con una agresión al servicio de aguada, en la que quedaron en el campo, tres o cuatro muertos o prisioneros, al mismo tiempo que hostilizaban el blocao, para evitar una salida.

Quince o veinte días después, fué nuevamente atacado el blocao desde unas peñas cercanas dominantes, y para la defensa, empleó granadas de mano, una de las cuales le estalló en la mano destrozándosela; sin embargo, no abandonó un momento el mando de la posición lo cual contribuyó a que no decayera la moral de la tropa, forzosamente deprimida por la escasez de agua y víveres y continuas agresiones; y le consta además, que fué un prisionero enviado para proponerle la rendición, y que el sargento no le quiso atender ni siquiera dejarle entrar en la posición.

Que no obstante las heridas sufridas, estuvo el sargento más de un mes sin medicamentos para atenderse, hasta que de la posición del declarante, se le pudieron enviar algunos medicamentos escasos, y que por los hechos relacionados y la energía y constante defensa de represión de las continuas agresiones y ataques a la posición que defendía, considera a dicho sargento comprendido en el reglamento de la Orden de San Fernando.

Que el enemigo que sostenía el asedio era muy numeroso por proceder de las cabilas de Sahara y Zahora Ambres, muy pobladas, y desde unas peñas estuvo dominando constantemente la posición; hostilizándola de continuo y quedando los defensores impedidos de hacer la salida.

Que el citado sargento mandaba el blocao con una guarnición de unos quince hombres, de los que

tuvo más de cinco bajas y que no estaban sostenidos por posición alguna, porque la -mica que podía auxiliarles en algo, era la posición del declarante, que también estaba asediada, terminando el asedio por evacuación a consecuencia de negociaciones políticas.

Lo que corno resumen de lo actuado tengo el honor de elevar a Y. E. a los efectos del artículo 43 da, vigente reglamento de la Militar Orden de San Fernando.





hos yerros de Tikun

**D**espués de leido el expediente, se nota la exacta coincidencia en todas las declaraciones del acto verdaderamente heroico de los bravos muchachos que con tanta tenacidad defendieron la posición encomendada a su custodia.

Cuando hace cerca de diez años efectuóse la liberación del blocao, se ocupó de ello la prensa de Madrid, de provincias y del extranjero de los actos heroicos de la reducida guarnición. El telégrafo llevó a las grandes urbes y a las aldeas más insignificantes la importancia de resistir unos cuantos hombres el estrecho y tenaz cerco de los moros, no entregándose aquel puñado de valientes a pesar de los terribles asaltos y, sobre todo, de la falta de víveres y agua.

Se habló de la resistencia, del valor, de la herida del sargento que se curaba con orines hervidos, cosa que es bueno saber, y se habló, en fin, de toda la odissea pasada en los ciento cinco días de asedio; pero ni el telégrafo ni la Prensa se ocupó, quizá por ignorarlo, de otros defensores tan dignos de alabanza como los soldados. De otros seres que, con menos obligaciones que los militares, fueron tan bravos como ellos. Que

soportaron resignadamente el cerco enemigo y tuvieron también desproporcionado número de bajas por prestar sus servicios a pecho descubierto y sin parapeto alguno que les librara de las balas.

Estos seres, estos héroes, digámoslo así, eran cinco perros que conocían a cristianos y a moros como pudieran conocerse ellos mismos y los distinguían, no solo por el indumento, sino por el habla y mejor todavía por el olor aunque fuese a larga distancia.

Eran del blocao más que los mismos soldados. Los perros habían nacido allí y los soldados se relevaban cada tres meses. Por ello, quizás, ni estos se iban ni aquellos intentaban extinguirlos porque, bien mirado, podía llegar un momento de necesidad para auxilio en la defensa, y su cooperación tener verdadera importancia, y, en efecto, llegó cuando menos lo esperaban.

«Tikun» y «Paloma» eran los progenitores y dueños absolutos que se hacían respetar y guardar distancias en el reparto de las escasas sobras, si las había, y «Ramona», «Chacal» y el «Tonto», que también hay tontos en los animales, aunque parezca mentira, los que cornian cuando quedaba algo.

En tales circunstancias, llegó el día del asedio que el sargento señaló en el diario de operaciones con la fecha 3 de octubre de 1924.

Mal día fué el primero de asedio. En el combate librado al hacer la aguada, perdieron la vida un cabo, dos soldados y la perra joven llamada «Rarnona». Quedaron, por tanto, 14 hombres y cuatro perros, verdaderos defensores del pequeño blocao que hizo popular el parte de «Sin novedad en la posición», seguidamente de haber perdido una mano el sargento comandante, por la explosión de una granada.

4

A raiz de este acontecimiento y cuando llevaban más de un mes de asedio, acosados por el enemigo en continuos tiroteos por el día para impedirles el reposo y de asaltos por la noche, decidieron salir tres hombres acompañados de «Paloma», la más inteligente y que mejor olfateaba a los moros, en un día de niebla cerrada y densa para proveerse, por todos los medios posibles, de algunas provisiones.

Hacía dos o tres días que no comían nada y se bebían sus propios orines. El agotamiento era tan aterrador, que el sargento les dejó salir corno último y único recurso, y la fortuna les acompañó de tal suerte que, a poco del regreso, cayó un aguacero salvador que proporcionó la alegría corno si hubiese desaparecido todo peligro.

Y como los grandes conflictos y los momentos sumamente difíciles se resuelven sólo con habilidad, astucia y constancia, hombres y perros familiarizados con el peligro, se valían de su ingenio para rechazar los asaltos en las largas y horribles noches invernales, porque ya no era un centenar de moros sino muchos los reunidos allí para el ataque. Cada vez sumaban mayor número, pero cada noche también, el valor y el entusiasmo eran mayores para la defensa de sus vidas y conservación del blocao.

Durante la noche «Paloma» y «Chacal» vigilaban junto al parapeto para avisar la proximidad del enemigo a las alambradas, y de día, «Tikun» y el «Tonto» olfateaban anunciando el movimiento de los moros entre los peñascos situados a ochenta o cien metros de distancia sobre altura y dominando la pequeña posición.

Por eso fueron las segundas víctimas. «Tikun» murió de un balazo en el corazón, y el «Tonto», mal

herido y aullando lastimeramente, expiró a la vista de los soldados que guardaron silencio impresionados y con las lágrimas en los ojos.

Más de dos meses llevaban de asedio los 1,300 defensores de Tikun. El esfuerzo de hombres y perros, era verdaderamente agotador. Una de las noches llegó el enemigo a arrancar parte de la alambrada, a pesar del enorme número de bajas, y frente a aquel sitio hubo que poner cuatro de los mejores tiradores de la guarnición.

Los soldados y el sargento, que se había acostumbrado a disparar con la mano izquierda haciendo magníficos blancos, extenuadas por el hambre y la fatiga, no se separaban, ni aun para dormir, del parapeto. Y los perros, vigilantes principalmente de noche, avisaban con sus ladridos la proximidad del enemigo, previniendo a sus compañeros de infortunio, para evitar las sorpresas que eran el preludio de una muerte cierta.

Para ellos habían pasado los terribles días de hambre. Ahora se les veía correr y saltar, gordos y lustrosos, por la abundante comida que les proporcionaban los cadáveres de los moros enterrados en las inmediaciones del blocao, de madrugada, antes que la luz de la aurora les descubriese.

De vez en cuando, aparecía «Paloma» con los despojos de un muerto y «Chacal» con algún trozo de brazo o pierna de moro cogido entre las patas delanteras para sujetarlo mejor, royéndolo tranquilamente hasta devorar la última piltrafa.

Estos macabros espectáculos, no eran del agrado

de los muchachos; pero los toleraban en desquite de las horribles noches y del odio que despierta la guerra entre los seres humanos.

La Aviación, sin órdenes de la superioridad, admirada del heroísmo de aquel puñado de jóvenes que tan caro hacían pagar sus vidas, comenzó de nuevo el abastecimiento sin positivos resultados al principio, pero con buen éxito después, satisfaciendo, por unos días, las angustias del hambre.

Los primeros aeroplanos pasaron a regular altura sin conseguir dejar ningún saco dentro de la pequeña explanada, cuya situación no permitía más espacio que el ocupado por las alambradas y en el que se ocultaba atrincherado el enemigo. Después fueron bajando el vuelo hasta que, como hacen las águilas para conseguir su presa, mientras uno volaba sobre las rocas atrincheradas arrojando bombas, otro pasaba a ras del blocao echando los sacos en las mismas alambradas.

Y he aquí la importancia y necesidad de los perros. Así como «Paloma» se encargaba por la noche de la vigilancia, gracias a su fino oído y exquisito olfato, al cuidado de «Chacal» estaba la recogida de los panes desparramados entre los alambres y caídos en las vertientes que rodeaban el blocao.

Pero, no podía durar mucho tiempo tanta felicidad. Eran los primeros días del mes de diciembre y las lluvias y nieblas cerradas de la montaña, nuevamente les dejó incomunicados y sin víveres. Sólo un día al rasgarse las nubes enviándoles un rayo de sol, espléndido y hermoso, vieron caer un saco como llovido del cielo y dentro de él atado a un pan un escrito alentador dándoles esperanzas para la liberación.

Al leer esta lacónica e interesante misiva, cambió totalmente el aspecto de aquellos decaídos soldados.

El sargento temblaba emocionado como un niño. Sus compañeros lloraban y reían gritando todos a un tiempo y los perros, contagiados de aquella especie de locura, corrían de un lado para otro atronando con sus aullidos.

Mas no duraron mucho tiempo aquellas manifestaciones de alegría. El enemigo, siempre atento para aprovechar cualquier ocasión propicia, creyó llegado el momento tan ansiado y saliendo de entre las rocas comenzó el avance sin ruido, como si anduviese sobre alfombras. Pero, Paloma», siempre «Paloma»; con su fino olfato se dió cuenta de la proximidad de los moros, y erizando el lomo corrió hacia afuera lanzando ladridos tan desesperados, que fueron la voz de mando para lanzarse cada soldado al sitio que previamente tenía señalado y comenzar la matanza de moros como tantas veces.

La niebla cerrada, pues, impedía el abastecimiento por la Aviación. Sin embargo, un día en que, como vulgarmente se dice no se veían los dedos de la mano, oyeron un leve ruido que no sabían explicarse porque miraban atónitos a los perros extrañados de que no avisaran con sus ladridos, y cautelosamente salieron dos de los soldados a reconocer las inmediaciones del blocao.

Agachados y con los fusiles en disposición de poderlos utilizar prontamente, se retiraron un poco de las alambradas, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver en vez de moros, unas cabras que tranquilamente pastaban a cincuenta metros de ellos?

No era cosa de pensarlo. Cogieron dos y las entraron; pero percatado el enemigo que siempre vigilaba en las rocas, les hizo fuego, entablándose una

lucha encarnizada con los soldados para seguir recogiendo cabras.

Como no era frecuente que de día se entablase ningún combate, pronto empezó Aulef con los cañones a disparar hacia las rocas y entre las balas de los moros y las granadas de los cristianos, que no todas iban con perfección donde apuntaban, comenzaron dos de los soldados del blocao a entrar cabras hasta que creyeron que había bastantes para varios días y aun para meses, si no hubiese sido porque, las balas y algunos casquetes de granada las habían muerto.

Por fin, al ser liberada la posición, el 15 de enero, salieron todos, hombres y perros; mas en la mitad del camino al disentir dos cábillas la posesión de los soldados que tantas bajas les habían producido en los tres meses y medio de continuos ataques sin conseguir su objeto, huyeron los perros, no por cobardía, sino porque ya que no podían los moros matar a los soldados a traición, se vengaban en los pobres animales tratando de darles muerte oscura y vulgar en las inmediaciones del sitio donde tantas victorias habían alcanzado.





*Varios de los heroicos defensores de Tíkum*



---

---

Concesión de la Cruz Laureada de flan \_Fernando

---

**D**el D. O. del Ministerio de la Guerra, de fecha de 16 de junio, copiamos la siguiente Circular:

Excmo. Sr.: Visto el expediente de juicio contradictorio instruido en la plaza de Larache, para conocer si el sargento de Infantería (hoy alférez del Cuerpo de Inválidos) D. Manuel Sánchez Vivancos, se hizo acreedor a ingresar en la Orden Militar de San Fernando por los méritos contraídos en la defensa del blocao Tikun (Zona de Larache), desde el 3 de octubre de 1924 al 15 de enero de 1925, perteneciendo al batallón de Cazadores de Chiclana núm. 17.

Resultando que el mencionado sargento se encontraba en los meses de referencia destacado y ejerciendo el mando del blocao citado. El día 3 de octubre y con ocasión de practicar el servicio de aguada, fué agredida su fuerza de protección, causando un cabo y dos soldados muertos, retirándose al blocao el resto bajo la protección de las fuerzas del mismo, y empezando el asedio por parte de un enemigo notoriamente muy superior al pequeño número de defensores del puesto.

El día 7, el enemigo intenta el asalto a la posición, llegando hasta las alambradas, siendo rechazado por el fuego de la guarnición. El día 13, en nuevo ataque, llega hasta apoderarse de unas peñas situadas

dentro de la alambrada inmediata al parapeto, y, dada su proximidad, la defensa se hace con granadas de mano, lanzadas, incluso por el sargento Sánchez Vivancos, quien al arrojar una, le hace explosión prematura, destrozándole la mano derecha y causándole diversas heridas.

Ante lo crítica de la situación y a fin de mantener la moral de su tropa, oculta la gravedad de las fisiones sufridas, haciéndose curar por un soldado y continúa al mando de su fuerza rechazando el ataque enemigo.

Dado el aislamiento en que el puesto se encuentra, llegan a un total agotamiento los víveres y elementos de curación. En tal situación, el día 3 de noviembre se presenta ante el blocao un cabo del batallón, que estaba prisionero, y que obligado por los moros que le conducen, hace proposiciones invitando a la rendición, mediante ofertas que eran rechazadas, al igual que las análogas hechas en días posteriores por un sargento prisionero. El enemigo que persiste en sus ataques, lo repite con más violencia el día 8 siendo corno otras veces batido y obligado a retirarse. El día 10, se intenta el abastecimiento de la posición por medio de la Aviación, cuyos primeros auxilios no pueden ser recogidos por caer lejos del blocao e impedir el enemigo toda salida; siendo más afortunados en días posteriores, en que se consigue recoger los víveres arrojados.

Prosiguen los ataques con el mismo resultado, hasta el 8 de enero del año siguiente en que disminuye la acometividad y el número del enemigo. El día 15 evacuó la posición en virtud de orden superior y en ejecución de la cual cumplió cuanto se le ordenaba, llegando el pequeño destacamento con un



81 Uenienle Jr. c5ánchez cUioancos después de la concesión  
de la 2aureada de Jan Fernando

guía moro designado por la Oficina de Intervenciones a Aulef, siendo posteriormente hospitalizados el sargento Sánchez Vivancos y soldados enfermos.

Durante todo el asedio realizó la esforzada conducta del comandante del blocao de Tikun y' de la reducida guarnición a sus órdenes; defendiendo y conservando el puesto en el cerco sostenido por el enemigo, sufriendo con firme constancia las penalidades y privaciones consiguientes por la falta de alimentos y todo medio de asistencia; a pesar de cuyo agotamiento y de las heridas recibidas, el sargento Sánchez Vivancos, sabe infundir en su reducida gente el ánimo necesario para soportar las fatigas de la defensa, extremando la resistencia hasta el límite de todo sufrimiento.

En su vista, de acuerdo con lo informado por el Consejo Director de las Ordenes Militares de San Fernando y San Hermenegildo, este Ministerio ha resuelto conceder al sargento de Infantería (hoy alférez del Cuerpo de Inválidos) D. Manuel Sánchez Vivancos, la cruz laureada de la Orden Militar de San Fernando por la heroica defensa del blocao Tikun (Zona de Larache), desde el 3 de octubre de 1924 al 15 de enero de 1925 mandando su destacamento, como comprendido en el caso noveno del artículo sesenta y tres del vigente reglamento de la Orden, cuya pensión anexa de 1.250 pesetas anuales, le será abonada a partir del 15 de enero de 1925, día en que tuvo término la defensa del puesto, con arreglo a lo que determinan los artículos 13, 14 y 15 del referido reglamento.

Lo comunico a V. E. para su conocimiento y cumplimiento.

Madrid 15 de junio de 1934.—*Hidalgo.*

## Epílogo

---

QUIEN quiera que seas, lector, el que con la mirada ansiosa hayas recorrido las páginas que anteceden, si eres español y late en tu pecho un corazón patriota, te habrás sentido estremecido de emoción y lágrimas candentes habrán asomado a tus ojos, mientras un sentimiento de orgullo te habrá hecho vibrar al ver el desfile heroico de las grandes acciones con que, un soldado modesto de nuestro Ejército, ha sabido inmortalizar el nombre de Sánchez Vivancos.

Fecundas en glorias han sido las campañas africanas; llenas de asombrosos hechos están las páginas de nuestra historia militar; con enaltecedora profusión se ha sembrado heroísmo por los árdidos soldados españoles en esos hostiles campos marroquies regados hasta la saturación por la sangre generosa de los nobles hijos de España; pero en la magna epopeya, digna de ser descrita por la pluma de oro de Hornero, en la lacha épica capaz de parangonarse con las legendarias de aquellos semidioses mitológicos—Hector, Príamo, Áquiles, Agamenón—se destaca a la admiración de todos la sublime hazaña del «Manco de Tikun», del heroico sargento Sánchez Vivancos—corazón de héroe en cuerpo de niño—que sencillamente,

sin halaracas estruendosas, sin relampagueos fulminantes, con valor indomable, con patriotismo y fé, puso su honor de soldado sobre las flaquezas de la vida material, y ha deslumbrado con los destellos de su acción inmortal a sus contemporáneos y servirá de ejemplo, faro y guía a las generaciones futuras.

Todo en él es grande, inmenso; todo en su hazaña conmueve y exalta; ver a una clase modesta del Ejército velar incansable—por espacio de tres meses y medio en absoluto aislamiento—por la seguridad del puñado de hombres que tiene a sus órdenes, y velar aún más ahincadamente por el honor de sus armas vinculado en el pequeño puesto que la Patria le entregó para su defensa; contemplarle sereno en medio de los mayores peligros desafiando los ataques encarnizados del feroz enemigo, y desdeñoso rechazar altivamente las sugerencias y ofertas a lo que no se presta su condición de español; mirarle rebosante de espíritu militar alentar, con sus palabras y su ejemplo, el ánimo de sus soldados a los que deprime el hambre, tortura la sed y acongoja la dureza del cerco obstinado; observar la fuerza inquebrantable de su alma esforzada que supera al dolor, a las privaciones y a las angustias del que carece de alimentos y ha de beber repugnantes líquidos para calmar la sed que da la fiebre en sus resecas fauces; rendirse de admiración ante la sublimidad heroica del parte en que, con sencillez lapidaria, dice «sin novedad en la posición» en el instante doloroso en que, con su propio acero, ha de cercenarse la mano derecha, cuyo muñón sangriento, queda envuelto en los sucios trapos del improvisado vendaje. Todo hace que su figura se agigante en términos tales, que al contemplarle con la devoción del militar y del patriota, si vernos sus plantas firmemen-

te asentadas en nuestro suelo, su frente se nos desvanezca entre los nimbos de la Gloria.

Los que presenciaron su insigne hazaña atestiguan que entre los hechos memorables de las campañas, el suyo es el del heroísmo cumbre; ha recibido los más ditirámbicos elogios de sus jefes que se sienten orgullosos de tal soldado; ostenta como timbre de honor la expresión de la admiración inmensa de esos heroicos Caballeros del Aire que son nuestros insignes aviadores,—los únicos que mantuvieron con él comunicación durante el cruento cerco—ha sabido ilustrar su apellido y ha enaltecido, honrándolo, el pueblo en que nació; quien ha sabido emular a los legendarios héroes griegos, quien ha continuado la lista de héroes españoles que llenaron el orbe con su fama; quien sin ambiciones ni mezquindades, por el sólo impulso del honor, del deber y del valor, ha sabido escalar las cumbres de la gloria ¿puede ser olvidado? ¡Jamás!

La Patria le honra como merece, con la más preciada recompensa, la Cruz Laureada de San Fernando y con los empleos que le corresponden; rindamos a su paso las flores de nuestro entusiasmo, el tributo de nuestras admiraciones que van al modesto soldado, firme como el acero, recto como la espada toledana, modesto y sencillo, como es siempre el verdadero mérito.

España, Matrona insigne, genitora de mundos, procreadora de Razas, dichosa Tú que cuentas con hijos del temple soberbio de Sánchez Vivancos, que pensando en ti, ha puesto a tu noble servicio celo, inteligencia, voluntad y corazón, dando por tu honor la sangre de sus venas, trozos sangrantes de su carne doliente, miembros vigorosos que destrozó el enemigo;

dichosa Tú que cuentas con tal hijo—como él—que al llegar al supremo sacrificio por el honor de la Madre, ha engrandecido su nombre que hoy resuena en los clarines de la Fama y se graba en las nubes de la Inmortalidad.

*Oscar Nevado de Bouza*



## INDICE

	<u>Página,</u>
Prólogo .....	9
Nuestro propósito .....	13
Operaciones de las columnas en la Zona de Larache	19
Primer mes de asedio .....	29
Segundo mes de asedio .....	41
Tercer mes de asedio .....	57
Cuarto mes de asedio .....	69
Consideraciones .....	81
Comentarios de la Prensa .....	83
El acto heroico del sargento Sánchez Vivancos visto por varios ilustres literatos .....	107
Conferencia dada por el Manco de Tikun, a los explo- radores de España en el Campamento de Espuña	139
Expediente para la Laureada .....	157
Los Perros de Tikun .....	188
Concesión de la Laureada .....	195
Epílogo .....	199

## FOTOGRABADOS

---

El sargento Sánchez Vivancos, poco tiempo después de la liberación de Tikun.

Varios de los heroicos defensores de Tikun.

Llegada del sargento Sánchez Vivancos a su pueblo natal.

Alhama de Murcia. (Dos perspectivas del pueblo).

Comisiones, civil y militar que organizaron los festejos en **su** honor.

Vista de la sierra de Espufia (Murcia).

El Teniente Sr. Sánchez Vivancos. después de la concesión de la Laureada de San Fernando.

## ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

---

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
24	4	hondadas	hondonadas
24	30	denfiitiva	definitiva
29	6	revelado	relevado
44	23	noticias, indignado	noticias, e indignado
46	15-16	constantamente	constantemente
51	4	un	<i>una</i>
65	9	Igualmente	Igualmente
163	1	Delaración	Declaración
175	25	ametrolladoras	ametralladoras
192	24	soldodos	soldados